



3:34 AM: LA APUESTA DEL AMANECER

Crisis y resurgimiento de las comunidades de pescadores artesanales de Tubul y Llico tras el 27/F

Memoria de título conducente al grado de Periodista

Autor: Gonzalo Bravo Becerra

Profesor Guía: Ximena Póo

Santiago, Chile

Abril 2011

“A mi familia, amigos, polola
y a cada una de las personas que participaron directa
e indirectamente en la realización de esta obra testimonial”

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRÓLOGO	3
CUANDO LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA SE SACUDIERON	6
Los minutos fatales.....	7
La canción más triste de Ubierno.....	12
Venecianos en la mar	17
Naufragio en la zona roja.....	22
El primer golpe	28
Una subcultura de evacuación.....	36
CUANDO TUBUL Y LLICO SE FORJARON	42
Entre reducciones y alzamientos.....	43
Montoneros en Tubul.....	51
Fiebre del oro negro	56
La pluma y el tintero	65
Oficio de balsero.....	74
De la mano del pelillo	84
Cultivando el progreso	90
CUANDO RENACER ES ORGANIZARSE	99
Lucha por la sobrevivencia	100
Desde los escombros.....	107
Vida en los cerros	116
Educación de emergencia.....	124
Subsistir en 18 m ²	134
La voz de las aldeas	145
Motores en marcha	154
Con borde y costa.....	165
EPÍLOGO	176
ANEXO	178

PRÓLOGO

“3:34 am: la apuesta del amanecer” es un reportaje periodístico de naturaleza testimonial que aborda la crisis y rehabilitación de dos pueblos costeros, Tubul y Llico, prácticamente desdibujados del mapa durante la madrugada del 27 de febrero de 2010, cuando millones de chilenos despertaron bruscamente producto de un terremoto de 8,8° en la escala de Richter.

Estas comunidades de pescadores artesanales, separadas por 16 kilómetros y ubicadas geográficamente en la región del Bío-Bío, comuna de Arauco, observaron con resignación cómo al despuntar el alba olas de hasta 20 metros asolaron sus costas y echaron por tierra logros familiares y laborales que implicaron esfuerzos labrados toda una vida.

Desde aquel momento, ambas caletas han tenido que lidiar con enormes problemas para resurgir y vivir dignamente. No tenían viviendas, alimento, trabajo ni educación para los niños. Caminar era evitar escombros y la ayuda de las autoridades llegaba, pero a cuentagotas. Esto debido al aislamiento producido por derrumbes y la caída del puente que los comunica a la ciudad de Arauco.

Obligados a replantearse sus expectativas a futuro, poco a poco los habitantes han podido “normalizar” sus formas de vida, apelando fundamentalmente a la articulación territorial de sus comunidades. El terremoto, por lo tanto, no sólo ha generado cambios a la hora de recobrar lo material. La investigación revela que los afectados han advertido que se está desarrollando un mayor sentimiento de comunidad. Ahora buscan beneficios y metas comunes, generando una interrelación que ha fortalecido el intercambio y el conocimiento entre los vecinos de las aldeas.

La gente reconoce que haber compartido esta experiencia junto a sus pares ha aminorado el sufrimiento y la incertidumbre que representó la dimensión de la catástrofe. El desafío, entonces, para ellos es doble: recuperar no sólo lo que se llevó el tsunami en lo material,

sino que reconstruirse plenamente en el aspecto moral para superar sus condiciones de pobreza a través de la organización, el trabajo comunitario y el fortalecimiento de sus redes de contacto.

Por consiguiente, la presente memoria de título persigue la necesidad de fomentar la historia local de nuestra población, el patrimonio cultural de sus habitantes y los modos de subsistencia particulares de las comunidades de pescadores artesanales del sur de Chile. Además, responde a la decisión editorial de buscar historias particulares que den cuenta de emociones humanas universales, privilegiando un estilo de periodismo narrativo.

La motivación de la investigación, en consecuencia, es generar un rescate de la memoria de estos pueblos costeros contada a través de capítulos que revelen el enorme “capital social” que ha favorecido el espíritu de resiliencia de sus habitantes, tanto en el episodio del 27/F como a lo largo de su historia.

Esta investigación se divide en tres capítulos. El primer capítulo está compuesto por seis crónicas que dan cuenta de lo ocurrido en las caletas Tubul y Llico la noche del 27 de febrero, basado en los testimonios de los habitantes de dichas comunidades. Allí se describe detalladamente cómo vivieron el megasismo, la evacuación y el posterior tsunami que, visto desde el cerro por la población, devastó ambas localidades ribereñas.

El segundo capítulo es una revisión histórica de lo que considero son los acontecimientos más importantes en la historia de las caletas desde la época prehispánica hasta el 26 de febrero de 2010. El criterio de selección de estas siete crónicas es el impacto sociocultural y económico que generaron en la zona, por ejemplo, los asentamientos *lafkenches*, la explotación de mantos carboníferos, los cultivos de algas *Gracilarias* y los modos de vida del siglo XX fundamentales para modelar un temple y una entereza especiales en estas comunidades costeras.

El tercer capítulo y final, en tanto, aborda la etapa de reconstrucción desde la mañana del 27 de febrero hasta el 27 de noviembre de 2010, es decir, 9 meses de investigación. El

objetivo de estas ocho crónicas es revelar cómo los pescadores artesanales, dirigentes, comerciantes, amas de casa, alumnos y toda la comunidad en sí, han enfrentado el *shock* inicial para tomar esta tragedia como un reto, una oportunidad para demostrar que con la unión familiar y comunitaria se pueden superar golpes de estas magnitudes.

Los damnificados, pese a las dificultades y desencuentros propias de una situación de emergencia, destacan los aspectos positivos que dejó la catástrofe en sus vidas. Entre estos resaltan una mayor unión entre vecinos que incluso previamente no se conocían y un sentimiento de fraternidad que se vio en los primeros días de sobrevivencia post-terremoto y que, con ciertos baches, ha perdurado en el tiempo.

Si miramos más allá de la tragedia, podremos ver que en el mundo hay innumerables problemas humanos que no podrían tener solución sino con la solidaridad efectiva de los miembros de la población. En este sentido, el terremoto y maremoto han sido interpretados por muchos de los entrevistados como un remezón en la vida comunitaria y una oportunidad de aprender a vivir de mejor manera apoyándose en los demás.

La emergencia de problemas comunes, el requerimiento de ayuda producto del estado de excepción y la obligación de vivir juntos en un espacio reducido han sido las principales razones, en una primera instancia, por las cuales los vecinos se han organizado luego de la catástrofe. Posteriormente, a través de la canalización de donaciones, la gestión de necesidades, la conformación de aldeas y la activación de redes con agentes tanto internos como externos, se han fortalecido las relaciones cooperativas y las organizaciones vecinales de las comunidades de Tubul y Llico.

En definitiva, colaborar al entendimiento de las prácticas y comportamientos que han ayudado a la rehabilitación de estas comunidades, no es una tarea vana y prescindible, por el contrario, es necesaria para comprender el período de reconstrucción que vive nuestro país.

PRIMERA PARTE

CUANDO LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA SE SACUDIERON

*“La tierra, el emblema mismo de la solidez,
se mueve y se agita bajo nuestros pies como si fuera
una delgada corteza que descansara sobre un fluido”*

Charles R. Darwin



Foto: Lautaro Pereira

I.

Los minutos fatales

El día sábado 27 de febrero, a las 3:34 hrs., se produce un terremoto de grado 8,8 medido en la escala de Richter, en la zona centro sur del país. En esos momentos, gran parte de Chile dormía y lo que pasó desde entonces fue una serie de hechos tan desafortunados como dramáticos, que evidenciaron la indefensión e inoperancia por parte de nuestras autoridades y, principalmente, de los organismos responsables de alertar a la población y brindarles seguridad.

Todo se vino a negro. Muchas personas creyeron que se trataba de un remezón de un minuto. Pero nada. El suelo siguió oscilando cada vez más y empezó a asomar el miedo en forma creciente. Las casas se bamboleaban con una fuerza casi indescriptible. Era un jadeo infernal que todo lo arrasaba. Una sensación similar a la que experimentan las embarcaciones atrapadas en un remolino. La gente perdía piso y se desplomaba sobre mesas, sillas y alfombras.

Los gritos fueron de espanto y desesperación. La histeria y el pánico se apoderaron de la mayor parte de la población. Sin electricidad y ante el colapso de los sistemas básicos de comunicación, todos echaron a correr. Casi como autómatas, en pleno acto de reflejo... Había que ir a ver a su gente, sus seres queridos, sus familiares, sus conocidos.

Sólo seis minutos más tarde se conocía el epicentro de la tragedia, a unos 90 kilómetros al noroeste de la ciudad de Concepción, es decir, en las aguas del Océano Pacífico. Pese a ello, el Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada de Chile (SHOA), organismo que tenía a cargo los instrumentos técnicos para determinar si existía la probabilidad de un tsunami, no sólo cometió errores en la interpretación de los datos, sino que además no siguió el protocolo existente¹ para alertar eficazmente al ente estatal encargado de la

¹ En Chile existe un protocolo llamado Accemar, que indica que cualquier movimiento sísmico mayor a 7,5° medido en la escala de Richter obliga a evacuar las zonas costeras por peligro de maremoto.

coordinación civil de la catástrofe, la Oficina Nacional de Emergencia del Ministerio del Interior (ONEMI).

El comandante en jefe de la Armada, Edmundo González, sostuvo que 17 minutos después del cataclismo, se comunicó a la ONEMI la 'alerta de tsunami en curso'. Se registra esa comunicación, y el operador de turno de dicha entidad, Osvaldo Nalfati, la consigna como recibida conforme y pide que se protocolice mediante un fax. "El SHOA acusa recibo de información (datos de campo intensidad del terremoto) y sobre la misma especifica las coordenadas y dice que el epicentro es en tierra, por lo que se descarta alerta de tsunami. Eso fue lo que se escuchó por radio en el Centro de Alerta Temprana"², señalaría Nalfati en la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados el 3 de junio.

González admitiría más tarde que fueron poco claros en la información que le dieron a la ex Presidenta Bachelet. Carmen Fernández, ex directora de la ONEMI, sostendría que la señal que recibieron fue ambigua y que en al menos tres ocasiones se les dijo que la alerta estaba cancelada.

Esta sucesión de desaciertos y contradicciones es extendida por Mariano Rojas, destituido jefe del SHOA, quien reconoció su responsabilidad en la decisión de cancelar, a las 4:56 de ese día, la alerta de maremoto que el SHOA, confusamente, había emitido una hora antes, pese a que olas gigantescas todavía azotaban la costa. "Yo tomé la decisión, yo era el jefe (...) Sin embargo, con los asesores existía esta misma percepción (de levantar la alerta), ya que los antecedentes técnicos lo indicaban"³, declararía Rojas en la Cámara el día 20 de mayo.

La ONEMI desestima la alerta de tsunami vigente por más de una hora, por considerarla imprecisa y contradictoria. Vulnerando su propio protocolo, que era informarle a la ciudadanía la evacuación del borde costero ante un sismo mayor a 7,5°, Carmen Fernández decide no declarar la alerta roja, sino esperar y reunir más información. Patricio Rosende, ex subsecretario del Interior, defiende esta tesis, porque pese a que reconoce

² Diario El Sur. Reportajes. Pág 5. Domingo 4 de julio de 2010.

³ Diario El Mercurio. Nacional. Pág 3. Viernes 21 de mayo de 2010.

que llegó un fax, “del SHOA escuché por radio que no había probabilidad de tsunami porque el epicentro estaba en tierra”⁴.

El SHOA interpreta que hay variaciones leves en el nivel del mar, que no generarían destrucción. Estimaron que el alza de más de un metro en Talcahuano y el de veinte centímetros en Juan Fernández, no eran más que unas alzas en las mareas. Una cadena de errores en las mediciones y en las informaciones a puertos y caletas. Un grave ‘error-horror’ en la interpretación de los datos.

Contraviniendo el informe del Boletín del Centro de Alerta de Tsunamis del Pacífico, con sede en Hawai, que comunicó a las 4:45 am que “las lecturas del nivel del mar indican que se ha generado un tsunami”, el SHOA baja la alerta de maremoto. A esa hora, en la ONEMI, todas las conversaciones flotaban en una atmósfera de incertezas y elucubraciones. Pasadas las 5 am, la oficina reafirma que no había riesgo de tsunami.

“Aló, aló,...sí? Aló? (se pierde la comunicación). Aló, aló, usted habla con.. Aló?”. La ex Presidenta Bachelet intentaba en vano, desde la ONEMI, comunicarse con las oficinas del SHOA. Diálogos entrecortados, la red de comunicaciones colapsada y un escenario de confusión generalizado, revela un video captado por esta entidad en las horas posteriores al desastre del 27/F. En la cinta se registran los infructuosos intentos de la ex mandataria por comunicarse con el SHOA, Carabineros y la FACH.

En Concepción, en tanto, Jaime Tohá –ex intendente de la región- visita a las 4:45 am las dependencias de Radio Bío-Bío para informar oficialmente que no hay tsunami. “El almirante me acaba de llamar para reiterar la calma por el tsunami, no sólo aquí, sino que también en la zona central, de manera que en la medida que esta radio se escuche, hay que tener mucha tranquilidad, porque vamos a salir adelante como siempre hemos salido”⁵, afirma el ex jefe regional, dando a entender que el almirante aludido es el comandante de la II Zona Naval, Roberto Macchiavello Marcellí.

⁴ Diario El Mercurio. Nacional. Pág 5. Domingo 23 de mayo de 2010.

⁵ Diario El Sur. Reportaje. Pág 4. Domingo 4 de julio de 2010.

Pero Macchiavello negaría tal información. “Jamás tuve comunicación (..). Estuve en la Base Naval hasta las 7:35 y me retiré de allí para presentarme ante el intendente Tohá. Pasando por el puente Juan Pablo II, intercepto al intendente y él me explica los severos daños que hay en los puentes. Es la primera vez que lo veo”⁶, relataría el contraalmirante, recrudesciendo el clima de desencuentros entre las autoridades.

Imperaba la consternación. A esa hora, en Tubul, las embarcaciones de cientos de pescadores artesanales chocaban brutalmente contra el puente derrumbado, generando espanto en los cerros de la caleta. El dolor y la angustia se diseminaban entre los habitantes y la información ya era, ante estos acontecimientos, vana e inoportuna.

En la ONEMI, las autoridades gubernamentales siguen desconcertadas. Bachelet pregunta por un posible tsunami en Juan Fernández, pero no hay informaciones concretas. Mientras tanto, en la Central de Comunicaciones de la Prefectura de Carabineros de Concepción (CENCO), se reúnen las autoridades regionales y el silencio y la incredulidad se empiezan a apoderar de todos. Alrededor de las 8 am, llega Macchiavello e informa que “Asmar desapareció y la Base Naval está muy destruida, lo mismo que el centro de Talcahuano”⁷.

La convicción generalizada es que la situación es mucho peor de lo que se esperaba. A esa altura, un tsunami en Dichato había destruido el 80% del pueblo. La zona costera de las regiones del Maule y Bío-Bío sufre enseguida el impacto de las olas. En algunos sectores de Concepción comienzan los saqueos y el caos generalizado. En esos instantes, con una determinación cuestionable, las autoridades reunidas en la ONEMI no tardan mucho en cerciorarse que urgía implementar un plan básico de acción.

Casi a las 9 de la mañana, la ex Presidenta declara que “cuando hay un terremoto de la magnitud que hubo en Chile, hay riesgo de tsunami, pero ya no lo hubo”⁸. En el transcurso de esa mañana, cientos de familias en Tubul y Llico miraban desconsoladas desde los

⁶ Diario El Sur. Nacional. Pág 10-11. Domingo 2 de mayo de 2010.

⁷ Diario El Sur. Reportajes. Pág 32. Domingo 18 de abril de 2010.

⁸ Diario El Sur. Reportajes. Pág 32. Domingo 18 de abril de 2010.

cerros cómo las viviendas erigidas con tanto esfuerzo nadaban en medio de las vegas entre árboles y postes caídos. Un triste espectáculo que ninguna autoridad supo prevenir, cuando cada minuto que pasaba podía ser fatal. El lenguaje del poder sencillamente era 'otro', y a la hora de la hora, quien tuvo que hacer todo fue la gente, movilizada por sus instintos y por los conocimientos aprendidos al interior de sus comunidades de pescadores artesanales.

II.

La canción más triste de Ubiergo

José Luis Fernández se instaló, cerca de las 10 de la noche, en el living de su hogar en el sector playa de Tubul junto a sus hijas para ver la penúltima noche del Festival de Viña del Mar. Fanáticos de la televisión y de la música, la familia se preparó como si asistieran a un evento casi imperdible. Esa noche actuaban el grupo nacional La Noche y el artista guatemalteco Ricardo Arjona, ídolos predilectos de su hija mayor, de 14 años.

Rodeados en torno a la pantalla y cómodamente sentados en sus sofás, sólo extrañaban la presencia de Tuznelda, esposa de José Luis y madre de las niñas, quien se encontraba hospitalizada en Arauco debido a una rebelde diabetes. A pesar de su ausencia, la familia rió y disfrutó hasta el término de la transmisión televisiva, cerca de las 3 de la mañana.

Una vez que retiraron las cosas del living, las niñas se despidieron de su padre y se fueron a dormir a sus piezas. José Luis también enfiló rumbo a su habitación con la felicidad de haber compartido una “maravillosa velada” de día viernes con sus hijas. Recostado en su cama, agotado, nunca imaginó que aquella noche en calma se transformaría, minutos más tarde, en la peor pesadilla de su vida.

“Estaba durmiendo y de repente empezó el movimiento. Primero fue despacito y de repente sentí como un cuncuneo. Después comenzó la sonajera de cosas que caían en la cocina. En el living cayó la tele y los cuadros con fotos de las paredes. Ahí ya no había nada más que esperar”, recuerda con nostalgia.

Cuando el sacudón bajó un poco sus niveles de intensidad, lo primero que hizo fue abrir las puertas para que no se apretaran. Vestido únicamente con calzoncillos y todavía en estado de conmoción, José Luis escuchó desde la otra habitación a su hija mayor que le hablaba. Pero en ese instante las palabras eran zumbidos que se mezclaban con la

estridencia y el griterío de la gente. Intentó responderles, pero no hubo caso. Nadie se escuchaba.

Decidió caminar eludiendo los obstáculos que impedían su paso. Su objetivo era decirles a las niñas que se vistieran rápido para abandonar inmediatamente la casa. Grande fue su sorpresa cuando al ingresar a la habitación, su hija mayor ya tenía arropada a su hermanita y estaban listas para salir. Quisieron echar más ropa en las mochilas, pero no encontraron nada en medio de la oscuridad total. Así que estaban listos para partir.

Salieron los tres de la mano, con la hija chica al medio. La intención estaba clara: arrancar lo más rápido posible para el cerro. Y siguieron a la gente que evacuaba en dirección a la entrada del pueblo. Fueron momentos de extrema tensión. Inmersos en esa vorágine, se olvidaron de su casa. Sólo tenían como propósito escapar: sabían que un temblor así era el presagio de grandes olas.

Cuando llevaban alrededor de 150 metros recorridos, su hija mayor le comentó algo que generó en él una extraña mezcla de sentimientos de pena y resignación. Dijo, con la ingenuidad de sus cortos años, 'papá, se nos olvidó echarle llave a la casa'. José Luis apretó fuerte su mano, la miró y con dolor recordó que las ventanas ya estaban en el piso, dejando el pasadizo abierto. La casa ya estaba a merced de los designios de la furiosa tierra.

Conforme las personas iban saliendo, oían las súplicas y llantos de vecinos que aún estupefactos buscaban consuelo. Por la calle principal de Tubul, más que el tránsito de vehículos lo que allí se veía era una masa de gente evacuando la caleta. Ordenados, pero aún en estado de *shock*. Un trance momentáneo en que todo lo veían en blanco y negro, como si los colores tan característicos del entorno hubieran huido por el efecto del sobresalto y el polvo en suspensión.

En esos minutos fatales, y a sólo metros de distancia, Bartolo Brenet ya se estaba disponiendo a sacar su vehículo para escapar. El asistente bibliotecario de la Escuela G-745 Brisas del Mar se debatía entre la decisión de escapar o seguir cuidando su casa.

Estaba desorientado. Y, vestido solamente con ropa interior, observaba cómo la multitud se retiraba con determinación hacia los cerros.

Pero él aún no se convencía, casi como esperando un estímulo que lo movilizara. Y esa señal llegó en segundos, de la mano de un joven que buscaba a su hermano en la casa de al frente. “Él lloraba buscándolo y yo le dije que ya se había ido. Me mira y me dice ‘¡Oiga! Y usted no piensa salir. Hágalo por sus hijas. Salga, mire que se va a salir la mar’. Cuando se retira, a mi hija le viene como una histeria y me dice ‘papá, viene la ola, viene la ola’. Gritaba desesperada. Ahí decidimos sacar el auto, cosas de abrigo y partir”.

Bartolo no podía asimilar la inmensidad de la tragedia. Hacía menos de 12 horas que había estado en la ciudad de Arauco, donde retiró su sueldo y compró víveres. Era una noche especial. Junto con su mujer y sus dos hijas habían decidido comprar completos para vivir una entretenida jornada de Festival.

Sus hijas bailaron e improvisaron un *show*. Como telón de fondo, el grupo La Noche interpretaba sus contagiosos éxitos. Todo era alegría y diversión, como hace tiempo no sucedía en la casa de Bartolo. Ya bien entrada la madrugada, las mujeres se fueron a sus piezas mientras que el dueño de casa, aún risueño por las anécdotas de esa noche imborrable, esperaba deseoso una melodía que desde joven le llega a lo más profundo de su corazón.

Porque Bartolo ha sido admirador de Fernando Ubierno desde pequeño. Y en esta fiesta de la canción, iban a interpretar *El tiempo en las bastillas*, una joya de la música nacional que en la Competencia Internacional postulaba para ser la mejor canción de la historia de los festivales.

Esperaba ansioso que esta composición llegara al final del certamen, pero para su decepción, esto no fue así. Un tanto desilusionado, apagó el televisor y se fue a acostar. No había pasado ni siquiera una hora, cuando sintió que su mujer lo zamarreaba para despertarlo. Ahí se dio cuenta de que el movimiento era terrible. Impactado, vio que su esposa claramente fuera de sí le decía ‘Tolo, Tolo, está temblando’.

“Intento ponerme de pie y caigo al suelo porque no me sostenía. El segundo piso de mi casa se movía como un canasto. Me vuelvo a caer, pero esta vez sobre el colchón y en brazos abiertos. Me encomendé a Dios y esperaba el golpe, porque en ese instante pensé que iba a morir aplastado, apretado por la casa”, relata Bartolo, como si aquellas imágenes hubieran quedado grabadas a fuego en su cabeza.

No sentía miedo sino una profunda resignación y la tristeza de pensar en los suyos. De pronto, supo que “Dios estaba allí” con él y le decía: “Ahora busca los medios para sobrevivir”.

En esos minutos de consternación, su mujer ya había tomado la iniciativa. Se había levantado para ir al primer piso a abrir la puerta. No alcanzó a bajar la mitad de la escalera cuando trastabilló a causa de la oscilación. Él, casi entregado y prácticamente esperando morir, tuvo un pensamiento relámpago de que esto era ‘acabado de mundo’.

Estaba en eso cuando escuchó la voz de sus hijas desde las piezas. Gritaban porque los roperos se habían ido a las puertas. Sin saber cómo, se puso de pie y retomó fuerzas para rescatarlas. Empujó la puerta, forzó las manillas y pudo introducir el brazo para sacar los roperos. Al bajar, sintió que pisaba vidrios, copas y botellas de las vitrinas del living.

Con las pulsaciones latiendo a tope, salió tomado de sus hijas y miró que su vecina metía a su familia a la camioneta. Toda la gente pasaba, como en un orden sonámbulo. En eso ve a su mujer con una vela y le dice ‘Tolo, vístete que andas desnudo’.

A esa altura de la noche, el impacto todavía no se superaba. Cuando llegó la alerta del joven, las respuestas se despejaron. Salieron a la boca calle tranquilamente en su auto, tomaron el camino principal y se fueron al sector del puente Tubul. En ese lugar se concentraba una gran cantidad de gente. Muchos de ellos iniciaban la escalada para internarse en los cerros.

Allí se encontraba José Luis Fernández junto a sus hijas. Entre pasto y tierras sedimentosas, pensaba apesadumbrado en las consecuencias inevitables de una salida de mar. Eso lo tenía mal. Porque recordaba cuánto había luchado para construir su casa y

darle una vida digna y cómoda a su mujer y sus niñas. Se acordaba del año 2009, y de los sacrificios que hizo para el porvenir de los suyos. Esos recuerdos estaban vivos. Y lo conmovían.

Porque José Luis había tenido que emigrar al sur para concretar sus sueños. Estuvo en Melinka, pueblo austral, en la Región de Aysén. Allí se instaló para cumplir con su anhelo de resurgir como buzo mariscador. En Tubul la *pega* estaba mala y no aguantaba más esa situación de estancamiento.

Así que se fue, y la partida no estuvo exenta de sufrimiento porque implicaba alejarse de los afectos. Trabajaba 25 días y llegaba cinco a su casa, de los cuales dos los gastaba viajando. Esfuerzos que tenían un propósito: construir una “casa grande, bonita”, porque sus hijas estaban creciendo y querían algo más digno. Que no se avergonzaran de que las visitaran sus compañeras.

Así que se dedicó siete meses a trabajar para poder construir. Se fue en marzo, llegó en septiembre y al mes siguiente la casa nueva ya era una realidad. Todos la admiraban porque había sido levantada con sacrificio. Con llanto y con pena, por tantas jornadas de sudor en las frías aguas del Archipiélago de las Guaitecas.

“Dicen que los hombres no lloran, pero eso es falso. Porque cuando nadie nos ve, yo creo que todos los hombres hemos llorado. Y yo a veces me pegaba mis lagrimazos. Cuesta asumir el día que tienes que tomar tu bolso, despedirte y dejar a tu familia. Pensaba en que tenía que viajar toda la noche, para después en la tarde cruzar en una embarcación para llegar a Melinka. Salir de la casa me dolía mucho”, recuerda José Luis visiblemente emocionado.

Después de vivir cuatro meses en esa casa ahora se encontraba en los cerros, confundido y abrumado. Los minutos pasaban y la expectación crecía. Era como una cuenta regresiva, una tragedia anunciada. Porque en las horas siguientes, nada de lo que había levantado en ese terreno quedaría en pie. Todo era oscuridad. Y desde los cerros, las estrofas de Ubierno cobraban fuerza para describir ‘aquello que la historia nunca presintió’.

III.

Venecianos en la mar

Si existen recuerdos que perduran en la memoria de aquellos que visitan en verano la ciudad de Valdivia, probablemente más de alguno relate con emoción la noche que a fines de febrero ornamenta las corrientes fluviales del Calle-Calle.

Cientos de turistas de todo el país e incluso del extranjero, se acercan a la costanera de la ciudad para ser testigos privilegiados de un desfile de embarcaciones que se disponen a participar en el Corso Fluvial. Engalanadas con motivos de escenas de películas, figuras mitológicas y maravillas arquitectónicas del mundo, las naves recorren una distancia de diez cuabras para recibir los aplausos y la admiración de los asistentes.

Tras esto, dos cascadas de fuegos artificiales marcan el inicio de un espectáculo de juegos pirotécnicos que iluminan durante 25 minutos el cielo y las aguas de una de las ciudades más hermosas del país. A esta exhibición llena de magia y encanto se le denomina Noche Veneciana, y a ella iban a asistir alrededor de 40 tubulanos aquella madrugada del 27 de febrero de 2010.

Una de esas personas era Patricia Salazar, dueña de casa y propietaria de un almacén en el sector céntrico de Tubul. Ese viernes en la noche concurrió a la iglesia evangélica y segundos después de haber finalizado el culto, aproximadamente a las 10 de la noche, pasó por fuera de la casa de su hermana Marta quien alertó su presencia. Al observarla, le dijo 'Paty, me quedan dos pasajes para ir a Valdivia, ¡vamos!'. Patricia titubeó un instante, pero no tardó mucho en dejarse seducir por la propuesta. 'Ya –le dijo- me convenciste'.

Como esa noche era una más de un fin de semana de verano, no había preparado nada para el viaje. Se fue para su casa, coció unas presas de pollo, arroz e hizo unos huevos duros que posteriormente introdujo en su lonchera. Echó también bebidas y vasos. Cerca de las dos de la madrugada, se vistió junto a su hijo Cristian, de 7 años, quien la acompañaría en este improvisado paseo.

Y partieron a esperar el bus afuera, bajo la calidez de una noche estrellada y sin viento. Estaban citados a las tres de la mañana, y al llegar al punto de reunión, pudo percatarse que gran parte de los pasajeros se hallaban ahí con sus equipajes esperando el arribo de la locomoción.

Cuando llegó dicho colectivo, las personas se ubicaron en sus respectivos asientos y no pasó mucho tiempo para que sus caras de ilusión fueran retocadas por el empaño de la impaciencia. Citados a la hora acordada y prestos a iniciar la travesía, se dieron cuenta que al interior aún faltaban dos matrimonios y una mujer sola. Patricia estaba indignada, y el resto de los viajeros también.

“La gente regañaba ‘cómo tan irresponsables que no llegan a la hora. Vámonos nomás’, decían. Estaban desesperados por irse. Incluso a algunos los fueron a buscar a sus casas para que se apuraran”, recuerda con claridad, reconociendo que ese episodio sería clave en el destino de todos quienes se encontraban en el autobús.

Uno de los supuestamente ‘atrasados’ era Juan Ramírez Aravena, aunque niega rotundamente haber sido responsable de una demora en el viaje. A él la organizadora le confesó que el bus inicialmente iba a partir a las 4 de la mañana, argumentando que en Tubul la gente siempre se atrasaba y que por eso los citarían a todos a las 3 en punto.

Así es como Juan se encontraba plácidamente en su casa, junto a su mujer y la hija que iría con ellos. Pero la tranquilidad sufrió un quiebre cuando comenzaron los llamados telefónicos del resto de los pasajeros. “Me llamó un sobrino mío y me dijo ‘*ya po*’ Ramírez, ¿*vai* a ir o no?’, ‘Sí, le decía, si el bus sale a las 4’. ‘Qué si ya estamos arriba del bus’, me contestó. Y ahí vino el marido de la Marta (Salazar) a buscarnos al sector de las Malvinas donde vivíamos. Nos tomó el bolsón apurado y nosotros haciendo tiempo, de lo más tranquilos”, describe con gracia.

Cuando llegaron al bus, la gente estaba “toda enojada”. Subieron, metieron los bolsos en el portaequipaje y se sentaron. Los Ramírez-Vilo se lo tomaban con sentido del humor. Eran alrededor de las 3:20 y ya con rostros de alivio, la gente se estableció en su lugar. A

Lorena, esposa de Juan, le tenían que poner una inyección por un padecimiento a la columna, así que le pidieron a Juan Alberto Leal, chofer del bus, que por favor se fuera despacito.

En el momento en que se encontraban a la salida de la última población de la caleta, el bus empezó a balancearse de una forma muy extraña. Juan Ramírez pensó que su amigo 'Pachanga', el chofer, les estaba gastando una broma. Pero esa sospecha simpática dio paso instantáneamente al desconcierto. El bus comenzó a azotarse para arriba y para abajo, de un lado al otro, creciendo bruscamente en potencia y energía.

Todos se levantaron y quisieron salir. Pero cualquier pretensión de fuga era infructuosa. "Como el bus se movía tanto, nadie podía salir. Nos apretábamos y nos íbamos encima de los asientos. Yo quedé con piernas y brazos morados. A un cuñado el movimiento lo llevó para la puerta y por eso no podían abrirla. Yo lo único que decía era 'chiquillas, recemos el Padre Nuestro'. Fue terrible", cuenta Patricia, quien se encontraba en los primeros puestos del microbús.

Juan también quedó perturbado en esos dos minutos de incesante pavor. "El bus se empezó a volver loco. Parecía que se iba a dar vuelta. Para allá y para acá. Una cuestión que a cualquiera no se la doy. Un miedo grande. Yo tomé a Lived, mi hija menor, y el bus no se tranquilizaba. En eso se detuvo un poco el movimiento, y aproveché de sacar a mi hija inmediatamente para abajo".

La sensación fue generalizada. Era como si la máquina hubiese sido capturada por el núcleo de un furioso tornado. Producto de la agitación, las ruedas delanteras del vehículo cedieron y se enterraron en el alcantarillado. El bus se ancló y quedó levemente desnivelado, generando el tenue ingreso de las aguas residuales. La gente sintió que la micro 'se había sentado en el cemento'.

En esos críticos momentos, el chofer pudo abrir la puerta a tiempo para que los pasajeros evacuaran. Cuando Ramírez, Lorena y su hija Lived bajaron, aún seguían temblando de la impresión. Sentían que la tierra se movía de manera ondulada, como un oleaje. Juan miró

los postes de la luz y quedó impactado, porque parecían como unas varillas de mimbre. Por el movimiento serpenteante del piso, daba la sensación que llegaban a media altura y se devolvían.

Patricia, en tanto, sintió que el suelo se iba a partir. ‘Dios mío este es el fin del mundo. Las tierras se van a abrir y nos van a tragar’, pensaba parada en la calle mientras las primeras personas ya huían de sus casas. Unos corriendo casi desprovistos de ropa y otros con la cabeza rota. Y seguía temblando. Juan le dijo a los suyos que partieran rápidamente al cerro entretanto él iba a buscar a su nuera. Cuando se enteró que ya la habían sacado de la casa, se topó con un anciano a quien le preguntó si este terremoto había sido más tremendo que el del ‘60’. ‘Fue el doble de fuerte’, le dijo el veterano.

Tanto Patricia como Juan supieron que esa era la hora de las decisiones. La primera no dudó en buscar una solución: coger la camioneta y partir junto con su marido y sus hijos a la casa de sus suegros que viven en el campo. En el trayecto, Patricia se fue en el *pick-up* y desde allí veía como los cables de la luz se cortaban. Sintió que el asfalto se abría y que el vehículo saltaba y le hacía el quite a las cosas. Cuando llegó al cruce, observó que el puente se venía abajo, como un gran dominó de concreto.

Por su parte, el chofer del malogrado bus ya marchaba a paso firme con destino a Arauco. Caminó en dirección al puente que comunica a la caleta con la capital comunal, y sin atemorizarse por el derrumbe dijo ‘por aquí paso nomás’. La urgencia de saber cómo estaba su familia superaba el resquemor. Al alzar las manos para sujetarse a un bloque de piedra, sintió un ruido que lo insegurizó e hizo cambiar de opinión. Entendió que no eran momentos para actos temerarios.

Camino a Llico, se encontró con una familia de veraneantes provenientes de Osorno que arrancaba en un automóvil. Le preguntaron cómo salir de ahí y él les dijo que los guiaba, pero con la condición de que lo dejaran manejar. Los dejó en un cruce, se despidieron y después de un largo peregrinar entre idas ‘a dedo’ y caminatas en penumbras, como a las 4:45 ya estaba en Arauco rastreando el paradero de su mujer y sus retoños, quienes buscando protección se habían adentrado en el cerro La Virgen.

A esa hora el bus estaba inclinado, mojado y con los maleteros abiertos. Ramírez sacó su bolsón y un colchón amarrado con frazadas y abrigos. Patricia, en cambio, sólo alcanzó a rescatar una casaca y la cartera que llevaba consigo. De las grandes bolsas de plástico que contenían frazadas, un colchón inflable y hasta una carpa, nunca más supo. “Lo perdí todo. Pero no me lamento tanto. Porque al menos la gente que se quedó en los campamentos en los cerros pudo utilizar todo esos abrigos que habían en el bus”, relata con generosidad.

Y su opinión es compartida por Juan. “Un sobrino mío llevaba carpa y ahí nos ayudó harto para que se cubrieran los cabros chicos en el cerro. Algunos andaban así nomás porque no sacaron ni su casaca del bus. Y los víveres le ayudaron mucho a la gente. Llevábamos carne, de todo para el paseo. A otros les dio tiempo incluso para ir a sus casas a rescatar algo”.

Unos camino a la ciudad, algunos escapando al campo y otros encumbrándose en los cerros, lo cierto es que pese a que las decisiones fueron dispares, lo vivido en ese bus fue una experiencia única e inolvidable. Para bien o para mal. Porque finalmente fluyeron desde allí inesperadas expresiones de heroísmo.

Muchos se preguntaron ¿qué habría sucedido si los ‘atrasados’ no hubieran retardado el viaje y el sismo los hubiera atrapado en el puente? O también, ¿cómo hubieran resistido las frías noches en los cerros sin el cobijo brindado por las carpas, colchones, frazadas y abrigos que rescataron del maletero del bus?

Fue la noche en que los que dilataron el tiempo posiblemente también prolongaron la esperanza de vida de 40 viajeros. Los insultados devinieron en salvadores. Y el equipaje olvidado de una noche veneciana, cubrió los afligidos corazones de un pueblo que contempló desde las colinas un triste espectáculo de navíos resquebrajados. Otro tipo de manifestación fluvial, nada muy parecido a Venecia.

IV.

Nafragio en la zona roja

Corría el año 1987 y José Cisterna Estrada comenzaba a planificar los pasos previos para retornar definitivamente a la caleta Llico, ciudad de sus amores. Después de un largo peregrinar por numerosas localidades a lo largo y ancho de Chile, buscaba establecerse en aquel pueblo que tuvo que dejar por motivos de salud a la temprana edad de tres meses.

En aquella época, ya jubilado, seguía desempeñando funciones administrativas para la ENAMI en la ciudad de Iquique. Sabiendo que su vida laboral estaba culminando, se propuso iniciar la construcción de una casa amplia y cómoda en el borde costero de la caleta. Para ello, dedicaba completamente su mes de vacaciones en enero con el fin de edificar el esperado regreso.

Trajo maestros procedentes de Santiago e Iquique y se puso manos a la obra. Todos los veranos era lo mismo: un mes martillando y ultimando los detalles de su nuevo hogar en el litoral. Hasta que ese sueño se materializó. La casa de piso y medio con una docena de confortables habitaciones, relucía los destellos estivales del sol para darle la bienvenida definitiva a don José.

Viudo, pero emparejado con una nueva compañera, este contador auditor vivía a sus 83 años una vida feliz y apacible. Sus cuatro hijos profesionales y sus nietos regalones visitaban frecuentemente a este hombre bonachón, que nunca ejerció su profesión porque repudiaba la 'vida de oficina'. Viviendo así, en forma activa e inquieta, tenía todo lo que quería. Esto hasta que su idílica existencia se viera truncada a las 3:34 del trágico sábado 27.

Esa noche estaba solo. El terremoto lo despertó bruscamente y a tientas pudo encontrar algo de ropa para vestirse. Minutos más tarde sintió que golpeaban la puerta principal. Era su vecino Miguel, quien muy asustado le dijo 'vamos, vamos, tenemos que irnos al cerro'.

Don José dudó, pero más preocupado por el estado de su amigo que por su propia condición, sacó su camioneta, le echó dos colchones y salieron juntos a la calle.

A metros de él, José Sánchez Avilés, pescador artesanal, caminaba de la mano con su señora también rumbo al cerro. En el cruce del paradero, vio a don José que en su camioneta roja doble cabina les dijo que había espacio atrás para que se subieran. Accedieron, y todos los vecinos se fueron escapando para arriba aún con el estupor y la adrenalina corriendo por las venas.

Llico en esos momentos era una procesión caminando hacia los cerros. Todos en fila emergiendo de las poblaciones y convergiendo en el pasaje principal del pueblo. De pronto, el ambiente se nubló. El aire se llenó de polvo y hubo un calor intenso e irrespirable. Fueron momentos de verdadera angustia en los que el instinto de sobrevivencia y el saber popular los movilizó a buscar una salida.

Mientras subían, lo hacían con la incertidumbre de dejar todo abandonado. Al arbitrio de la nada. Y esa sensación generaba largos escalofríos en Celina Melita, dueña de casa y conocida comerciante del poblado. Cuando vino el 'remezón grande', le echó llave a la casa con la idea de que 'íbamos a volver'.

Estaba orgullosa porque su casita con subsidio estatal, donde llevaba viviendo apenas cuatro meses, había resistido los embates del sismo. Y bien llevada a sus ideas, no la quería dejar botada. "Nosotros no nos queríamos ir. Y nuestro hijo nos empezó a sacar diciéndonos 'arranquen, arranquen que la mar se está recogiendo para adentro'. Ahí ya me dio un poco de susto. Porque como vivíamos a la orilla la mar iba a llegar altiro. Yo estaba en mi casita nueva y mi hijo vivía en la otra al fondo. Y a él se le trancaron completamente las puertas. Se apretaron. Yo estaba en mi pieza y mi marido en la suya. Mi pieza estaba con pestillo y no podía abrir la puerta tampoco. Fueron momentos desesperantes", relata la señora 'Chela'.

En el mismo sector playa, los vecinos Juan Salas y Ramón Carrillo también estaban reticentes a desocupar sus viviendas. Muy aferrado a lo suyo, Juan esperó bastante antes

de tomar la decisión de escapar, pese a que durante la sacudida gran parte de sus enseres se le vinieron encima. La loza cayó directo en su rostro y, en medio del tumulto, logró abrir la puerta que estaba obstruida.

Salió y fue a ver a Manuel Ruiz, un veraneante de Concepción a quien le cuidaba la casa. Le advirtió ‘oiga *tata*, arranque que se va a salir el mar’, y él salió con su mujer para el cerro. “Después me fui de la casa y tenía un poco de dudas si en verdad se salía el mar o no. Tomé mi radio, me puse los mismos zapatos que ando trayendo y salí al callejón. La gente me decía ‘arranque, arranque’, pero yo no me iba hasta que viera mi casa. Me volví, le planté llave y me fui”.

Ramón, en tanto, caminaba de un lado a otro. Recién se había fugado angustiosamente de su casa, a oscuras y entre mesas y sillas desparramadas por el suelo. Le propinó una patada a la puerta y salió a la orilla de la playa. “Ahí vi que la mar estaba sequita ya. Así que salí arrancando para arriba. Pasé a ver a mi mamita de 85 años que vive en otra población, y al enterarme que la había sacado un hermano en camioneta, me fui al igual que todos a los pies del cerro”, relata.

Pasadas las 4 de la mañana, inexplicablemente aún había una minoría que dudaba en dejar sus casas. Para convencerla, fue fundamental la ayuda de vecinos que, decididos a colaborar con la evacuación, antepusieron la asistencia social a los intereses particulares. Hugo Sáez, propietario del Restaurant de Turismo, fue el llicano más comprometido con esta misión.

Cuando el 8,8° estremeció los suelos de la caleta, *El Castizo*, como le apodan cariñosamente en la zona, recién se estaba acostando después de una ajetreada jornada laboral de día viernes. Se cortó la luz y fue a despertar inmediatamente a su hijo. “Le dije: ‘hijo, es terremoto, tranquilo nomás’. Y me pregunta ‘*tata*, qué vamos a hacer’. ‘Vamos a tirar gente, porque el mar seguro que va a salir’, le respondí”.

Pero Hugo no podía encontrar las llaves del camión y la camioneta. Cuando las localizó, le dijo a su hijo que fuera en la camioneta a buscar a su abuela y a un hermano. Al cerrar la

puerta de la casa, se percató que su camión blanco marca Yuejin, que todas las noches deja afuera con freno de mano y enganchado en primera, con el movimiento había ido a parar al sector de El Ciprés.

Allí en el exterior, lo que más le llamó la atención fue la cantidad de señoras llorando. Fiel a su estilo extrovertido y locuaz, Hugo las garabateaba a grito limpio para que subieran rápido hacia lo más alto. Y empezó a acarrear gente.

“Mi hijo tiró como tres viajes para arriba. Yo hice como 14 corridas de gente, con cuatro o cinco personas cada uno. Y retando a los *cabros* chicos y a las mujeres que no se querían subir. Cada vuelta en que iba a dejar gente, pasaba a la playa. Yo quería ver el maremoto. Así, en las dos o tres primeras vueltas vi a hartas personas en la parte baja de Llico. Pero después no vimos más. La gente arrancó toda. Ya estaba la mayoría en los cerros”, asegura.

Manejando su vehículo, *El Castizo* iba escuchando atentamente la Radio Bío-Bío. Cuando llegaba al cerro, la gente le preguntaba qué decían y qué estaba pasando abajo, con el mar. En eso escuchó a un profesor del liceo de Llico incitando a que la gente bajara porque en la radio habían informado que la alerta de tsunami se había retirado. Pero Hugo, que había visto la enorme recogida de mar, lo increpó. “Yo le dije a la gente ‘qué le andan haciendo caso a este *‘hueon’*, cómo vai a bajar a la gente’. Y él seguía con que no había tsunami y que la gente se volviera a sus casas”, señala todavía con molestia.

A través de la radio, el por entonces intendente de la Región del Bío-Bío, Jaime Tohá, dando como fuente a la Armada llamaba a la calma. El diputado y bombero Jorge Ulloa hacía lo mismo. Una a una, las autoridades, con una pizca de información, descartan la alarma de tsunami en las costas chilenas, razón por la que insisten a la población que debe estar tranquila.

“La Armada de Chile ha descartado riesgo de maremoto (...) para que haya absoluta tranquilidad”⁹, informa la tensa voz de Piero Mosciatti, en vivo la noche del 27/F, mientras

⁹ Diario El Sur. Reportajes. Pág. 4. Domingo 4 de julio de 2010.

en el estudio le acompañan Tohá –quien le entregó los datos- y Jacqueline Van Rysselberghe (en ese tiempo alcaldesa de Concepción), entre otras autoridades.

Pendrives, radios portátiles y transistores de automóviles le servían a los llicanos para informarse. Atento al minuto a minuto, Isidoro Mendoza no se despegaba de su radio a pilas, de esas antiguas, de cuero. En la tranquilidad de su casa, probablemente escuchó cuando la ONEMI, alrededor de las 5:22, declaraba que no había riesgo de tsunami a lo largo del país.

Las versiones son contradictorias. Mientras unos aseguran que a don *Tololo* lo sacaron unos veraneantes de su casa y que a poco andar se devolvió, otros señalan que nunca quiso dejar su domicilio ubicado a metros del muelle. ‘El viejo lobo de mar’, como le llamaban en la caleta a este ex marino mercante, a su avanzada edad era ‘muy llevado a sus ideas’, dice Hugo Sáez.

Isidoro era una persona entendida en el mar. Socio del sindicato de pescadores de Llico, había viajado por todo el mundo en sus años de marino. Bordeaba los 80 años y andaba siempre con un bastón. Esa noche, cuenta Hugo, él lo fue a buscar dos veces a su casa, pero no quiso salir.

“La primera vez estaba con su radio a pila escuchando la Bío-Bío cuando habló la Presidenta y el SHOA. Fui como a las 6 y ya había hecho fuego. Después lo volvimos a buscar y no quiso salir. Como no había electricidad, estaba preparado. Con linterna, su radio a pila y fuego. Dijo que el mar no salía. Y se confió”, recuerda con lucidez.

Isidoro vivía solo. La mayoría de los integrantes de su familia residía en Talcahuano, pero él se sentía muy a gusto en Llico, lugar donde había sido criado por sus padres que tenían terrenos en el sector playa. La señora *Chela* vivía muy cerca de *Tololo*, y recuerda con emoción una de sus tantas conversaciones. “Él tenía su casa en Talcahuano, y yo le decía ‘por qué no se va a su casita y está allá un par de días’. ‘No hija –me decía-, yo fui marino, recorrí todo el mundo en los barcos, en la mar trabajé y en la mar tengo que morir’”.

Y allí se quedó, solo, mientras todo el pueblo desde los cerros, aguardaba impaciente el dictamen de la tierra. Arriba, con frío, mirando el cielo en compañía y totalmente desinformado, el octogenario José Cisterna esperaba el desenlace de esta trágica historia. Abajo, al calor de la leña, seguramente mirando el piso a solas y con toda la información a mano, el también octogenario Isidoro Mendoza respiraba otra realidad. Ambos, sin embargo, con el pasar de las horas vivirían un naufragio que marcaría para siempre sus respectivas historias.

V.

El primer golpe

A las 5:30 de la madrugada del sábado 27 de febrero gran parte de la población de 3 mil habitantes de Tubul se encontraba atrincherada en la cima de los cerros. Allí imperaba el silencio nervioso y la incredulidad. Desde las alturas observaban la panorámica de un desastre que aún estaba lejos de exhibir sus episodios más espeluznantes.

En la orilla del camino, a pocos pasos del puente Tubul, se encontraba Bartolo Brenet junto a sus seres queridos. En ese instante apareció un tío, quien sobresaltado por el comportamiento del mar se acercó a su yerno para advertirle lo que ya era una realidad apremiante.

- Gilberto, ¿aseguraste tu bote? –, preguntó.
- No, ¿por qué? –, replicó el yerno.
- Es que están moviéndose y se van a golpear en el puente, porque ya viene la mar hacia arriba –, contestó el tío en forma alarmante.

En esos minutos el río Tubul estaba casi seco y el mar ‘chupaba y chupaba’. De pronto, venía una ‘rellena’, que inundaba los buses y las vegas de agua. Pero el océano se encargaba de absorber nuevamente y cada vez con más fuerza el caudal del afluente. En la costa el mar ya se había adentrado un buen centenar de metros hacia el horizonte. Algunos vecinos, exaltados por la segura salida de las aguas, intentaban rescatar apresuradamente algo de lo que había quedado en buenas condiciones luego del cataclismo. Otros pocos, contraviniendo sus instintos de subsistencia, desafiaban al mar para ir a ensogar sus navíos.

Bajo el manto de una noche negra y silente, donde sólo los destellos de la luna llena y unas cuantas fogatas irradiaban algo de resplandor, Paula Catrileo buscaba con urgencia a

su pareja y a su madre. Había escapado rápidamente de la casa en el sector de Tubul Viejo, junto a su hijo de 2 años y dos sobrinos chicos. Los niños, en paños menores y tapados únicamente con frazadas, corrían por las calles de la caleta bien aferrados a Paula, quien se aguantaba el llanto para demostrarles seguridad.

“Recuerdo que habían unas murallas y una caballero me grita ‘señora, sálgase de las panderetas que se le pueden caer encima’. Así que corrí al otro lado y en eso se me cae uno de mis sobrinos a un hoyo, porque la tierra estaba agrietada. Les decía que fueran fuertes y que no miraran para atrás, que siguieran corriendo. Se paraban y se caían. Hasta que llegamos al cerro los cuatro solitos”, cuenta esta profesora de Apoyo Pedagógico de la escuela Brisas del Mar, aún afectada y con un rostro de melancolía que contagia.

En lo alto, y rompiendo el clima de recogimiento que vivían los individuos, Paula y otras personas se comunicaban a gritos para reunirse con sus familias. En medio del frío que arreciaba, un sobrino no tuvo otra alternativa que cubrirse con una sábana. No tenían qué ponerse y mientras se conseguía algunas tapas, Paula pudo reencontrarse con sus parientes que habían dedicado ese tiempo para llevar abrigo y salvar algo desde sus hogares.

“Esa noche un bus iba de paseo a Valdivia. Y esa gente llevó carpas y sacos de dormir y nos ayudaron. Todos se ayudaban. Nosotros ahí nos refugiamos en carpa. Hicieron fogatas y así pasamos esos momentos. Claro que con la adrenalina yo no sentía mucho frío. Tenía un tajo en el pie muy grande, y tampoco lo sentía”, dice Paula, recapitulando aquellos momentos previos a una de las expresiones más furibundas que el mar ha desatado en toda nuestra historia.

Porque el hambre, el frío, el miedo y la desesperación, cubrieron los rincones del villorrio en el momento que la primera ola asoló la costa a eso de las 5:45 de la mañana, según recuerdan los pobladores. Luego vinieron dos más, con 45 minutos de diferencia. Los vecinos escuchaban a lo lejos cómo su apacible vida en el verde sur era machacada por el salvaje despliegue de las aguas. Embarcaciones, casas, árboles y uno que otro vehículo sonaban como una batidora endemoniada.

Muchos no vieron el agua venir, porque levantó una mezcla de bruma y polvo. Pero otros, ubicados en un sector de cara a la ciudad, fueron testigos protagónicos de las olas que arrasaron por completo las construcciones de la primera línea frente al mar. Fue como un cohete aterrizando en el corazón del pueblo.

Juan Ramírez, aperado con sus bolsos del frustrado viaje al sur, estaba ahí en el cerro calladito y sintiendo los ruidos ‘como de camión’ que generaban los temblores. Entre las 3:52 y las 5:25, media docena de réplicas sobre los 6 grados Richter habían remecido la tierra¹⁰, produciendo la sensación de una masa que se abría y se juntaba. Cuando escuchó la primera ola quedó impactado.

“Sentíamos ruido, que se rompían botes de la barra. Escuchábamos una sonajera. Como que los botes de fibra chocaban con los de madera. Y eran las casas. La primera ola fue la más fuerte porque aunque no la vimos, la sentimos y cortó casas. Yo vi una casa enterita de dos pisos en la vega. Y sacó algo de la fábrica de abajo. Ya cuando vino la segunda ola como a las 6:20 de la mañana, que vino desde Arauco, era como un rollo de estas máquinas trilladoras que van cortando. Esa sí que la vimos clarito y nos dio miedo. Fue la ola que remató la anterior”, relata aún impregnado con la tensión vivida en esa cruda madrugada.

Esa segunda marejada impactó de lleno en una parte del cerro que los lugareños llaman ‘la piedra del lobo’, y que horas más tarde, midiendo su dimensión con unas matitas verdes apostadas allí, calcularían de unos 7 u 8 metros de altura. Los botes, situados en la ribera del río, fueron arrastrados a gran velocidad por las olas hacia el puente derrumbado y allí se despedazaron en mil partes, como barquitos de juguete. La violencia del mar generaba un efecto licuadora entre las naves y el puente, escenas que estrujaban las vísceras de cientos de pescadores artesanales que con impotencia miraban el espantoso panorama.

¹⁰ Diario El Sur. Crónica. Pág. 14. Domingo 7 de marzo de 2010.

Con una osadía casi imprudente, algunos se tiraban amarrados para enganchar las embarcaciones que todavía resistían las arremetidas del mar. Sabían que el riesgo de una tercera ola podría ocasionar consecuencias fatales, y por eso lo hacían raudamente. Otros pescadores, cabizbajos, no se resignaban a la idea de tener que empezar todo de nuevo. No lo podían creer. Pero no había vuelta atrás.

Porque cerca de las 7 de la mañana llegó la tercera ola y ante eso no había fuerza humana capaz de combatirla. A una altura menor que las anteriores, ingresó con fuerza y repasó la costanera y zonas específicas del interior. Algunas casas se montaron sobre otras, y las lanchas se incrustaban en lo que antes eran patios y jardines. En los cerros algunos jóvenes grababan impresionados desde sus celulares aquellas funestas imágenes.

La casa de José Luis Fernández, ésa que tanto trabajo le costó construir, navegaba en medio de las aguas saladas. La de Juan Ramírez, en tanto, era un cúmulo de palos y escombros desparramados por las calles. Todo estaba perdido. La mar -en femenino, como la llaman los pescadores-, esa que tantas alegrías les había dado en miles de incursiones de pesca, hoy les arrebatava de un bofetón todo lo trabajado en años. Era el amanecer más furioso de un océano enloquecido.

A esa hora, y a 16 kilómetros de distancia por la costa, la población de la caleta hermana de Llico aún no había recibido la visita de este mar insolente. Parapetados en distintos sectores del cerro comenzaron a organizarse y a buscar un refugio que reuniera mejores condiciones principalmente para niños y adultos mayores. Así, algunos llegaron a los terrenos de la empresa Bosques Arauco con el propósito de ocupar momentáneamente la espaciosa casa del guardabosque.

La gente estaba muy asustada y desprotegida. Por eso ingresaron a esta construcción aprovechando que las ventanas estaban rotas. Allí, en el living se establecieron menores de edad y viejos, quienes fueron agasajados por tres mujeres encargadas de darles un café o algo caliente y de prepararles una ración de comida. Pasadas las 6:30 de la mañana eran pocos los valientes que seguían merodeando la parte baja de la ensenada.

Y uno de ellos era Hugo Sáez, quien estaba empeinado a la idea de ver el maremoto. Ya había transportado a una gran cantidad de gente en su camión, y esperaba con cierta impaciencia y obsesión la inevitable salida del mar. Seguía tocando la bocina, preguntando quién faltaba. A esa altura, tímidos oleajes habían removido sillas y destruido vidrios de las cocinerías ubicadas a metros del muelle de desembarque. Muchos pensaron que sería todo y miraban desde los pies del cerro la llegada del alba desconociendo que lo peor estaba por presentarse ante sus ojos.

Porque pasadas las 7 de la mañana, los escasos llicanos que habitaban la planicie de la bahía vieron cómo una sombra negra y alta marcaba el horizonte y avanzaba inexorablemente hacia ellos, en dirección este-oeste. Cuando esa lejana silueta llegó al sector denominado 'la punta del litre', a kilómetro y medio del caserío, pudieron dimensionar que lo que venía acercándose era una gran masa en forma de ola.

Pero no era una ola común, como las que todos conocemos reventando en la playa. Esto era un rollo de mar, de unos tres metros de altura y que abarcaba todo a lo ancho. Y venía por la costa trepidando a gran velocidad. Cuando llegó al sector de una antigua casona de más de 100 años, que es prácticamente un monumento en la caleta y que se ubica a unos 500 metros del atracadero, desmanteló tejas y maderas generando el pánico en los hombres que allí se encontraban.

El rollo de mar pasó por la orilla con gran fuerza, derribando restaurantes y botes de pesca, como un cachetazo de derecha a izquierda. No alcanzó a dañar las viviendas costeras, sin embargo, la poderosa arremetida fue a reventar al cerro, directamente a un muro de piedras conocido popularmente como 'el pizarrón'. Al azotarse contra ese gran murallón, la ola cobró nueva vida, y se levantó fácilmente a unos 20 metros de elevación.

El ruido del choque fue estruendoso. Y pese a que desde los cerros la espesa niebla no dejaba ver con claridad lo que sucedía, nadie quedó indiferente a ese impacto desproporcionado. En ese momento la ola tomó un impulso adicional y, realizando un efecto *boomerang*, volvió con mayor opulencia para desolar casi por completo los cimientos del litoral.

El Castizo era uno de los pocos que estaba ahí junto a su hermano y unos *cabros* chicos que filmaban. A 50 metros de la playa vio que venía la ola y corrió presuroso al camión. “Recuerdo que andaba un abogado ahí, un viejo Peña. Cuando lo veo le digo ‘¡sube *po*’ viejo tal por cual!’, porque el mar venía encima de nosotros ya. Salimos en el camión y justo pasa el mar con las casas. Altiro. Como en 5 segundos. Corrimos como 40 metros en el vehículo. Nunca había andado tan fuerte en mi vida. El mar llegó, echó la salida nomás y volvió. No fueron más de 3 minutos”, relata a viva voz y todavía con la adrenalina de esos segundos de extremo peligro.

Ahí vino la destrucción total. La gente sentía una quebrazón de vidrio y madera que penetraba en los oídos como la aguda sirena de una alarma. “Cuando la ola pescó las casas era una balacera. Nosotros estábamos en los cerros y escuchábamos la sonajera, la llantería, la bramería de los animales. Era una cosa tremenda”, reseña la señora *Chela*, que minutos antes había sido informada por su hijo que su casa ‘estaba paradita’.

“Cuando venía la ola grande –cuenta Ramón Carrillo- como que se empezó a oscurecer y salió niebla. Sentimos cuando pegó en las rocas el ‘guascazo’ y se devolvió. No se veía casi nada porque se tapó en neblina. Se sentía el ruido y la sonajera de casas. Así que todos nos vinimos a los pies del cerro. Las casas que estaban en la orilla de playa se fueron. El mar sacó todo para arriba. Hasta a las vegas vino a dejar nuestras casitas”, recuerda con tristeza.

Y Llico se desarmó completo, en un santiamén. Fue como un brochazo que despintó aquella hermosa postal de angosta y semicircular bahía, con alrededor de dos kilómetros de arenas blancas. Las casas de veraneantes, jóvenes matrimonios y sacrificadas familias de pescadores artesanales, ahora se habían desfigurado y no eran más que ristras de desperdicios. Los esqueletos de vigas y listones nadaban entre las vegas, y los animales –emitiendo rabiosos bramidos- corrían despavoridos hacia el río.

El sector norte del restaurant de Hugo Sáez, que no sufrió daños estructurales, fue uno de los depósitos donde se estacionaron numerosas viviendas pulverizadas. Algunos postes de luz estaban en el suelo, acompañados de árboles y restos de basura. Sobre los faroles del

tendido eléctrico que resistieron la embestida, había pelillo y otras algas, claras huellas que retrataron la enorme ascensión de la ola.

Algunos vecinos bajaron de los cerros para ver con sus propios ojos la magnitud de la catástrofe. Pero no tardaron en regresar a las lomas. Más que planchas de zinc, paneles de madera o algunos muebles a maltraer, no podrían recuperar. Fueron instantes en que las personas se acercaban no para intentar encontrar soluciones, sino sólo para obtener algo de consuelo, llorar y aliviar el dolor.

Porque todas las casas del sector playa se desmantelaron, excepto la de José Cisterna. Desde el cerro, y escuchando los lamentos de las personas que lo rodeaban, imploraba porque su construcción de piso y medio no hubiera sufrido los avatares del resto de la gente. Cuando descendió al amanecer, se pudo percatar que aquella fortaleza hecha a pulso en duras jornadas de verano, estaba totalmente de pie.

“El camino del paradero estaba cortado de casas. Una encima de otra. Como pude pasé las barreras de escombros y llegué a la mía. Y mi casa estaba llena de casas. Tenía dos en el patio y afuera había un montón de madera. Estaba lleno de palos. Acá adentro estaba el descalabro. No se podía entrar. Así que pasé por la ventana. Gracias a dios, estructuralmente a mi casa no le pasó nada”, recuerda.

Su hogar era un oasis en medio de la absoluta calamidad. Y estaba orgulloso de aquello. Pero, lamentablemente, su calvario sería distinto al del resto de las personas. Más adelante, por medidas de seguridad y pese a que su vivienda no tiene deterioros estructurales, no podrá seguir en ese sector a 100 metros del mar. Don José vivirá su propio naufragio, su más íntimo vía crucis. Una erradicación nefasta para su edad, tan fatal como todo lo que aconteció cuando despuntaba el día en la zona roja.

Esa misma noche, en ese mismo sector y con la llegada de la aurora, Isidoro Mendoza también viviría su martirio, pero con un desenlace más fatídico. En un ambiente de generalizada perplejidad, la información era, quizás, el bien más escaso, y don *Tololo*

contaba con ella gracias a su radio a pila. Las emisoras comunicaban que se había bajado la alerta de tsunami, y él se quedó en su casa, calentito con la chimenea prendida.

Lamentablemente, sería la última noche que encendería los leños de su estufa. Porque el rebote de aquel devastador rollo de mar, apagaría la última llama de su existencia. El 'viejo lobo de mar', obstinado y con las botas puestas hasta el final de sus días, languideció en los brazos de un mar desatado, ese que tantas satisfacciones le regaló en sus expediciones como navegante.

Lejos, entre las vegas, encontraron su radio a pila y su cuerpo sin vida. Fue el único habitante de ambas caletas que falleció, y se pudo haber salvado. Unos dicen que murió de 'porfiado', otros apuntan a la negligencia de las autoridades que irresponsablemente decretaron el retiro de la alerta de tsunami.

Lo cierto es que pese a las opiniones contrapuestas, hay una verdad que quedó de manifiesto. Y es que las caletas de Tubul y Llico nunca serán las mismas después de este frío encuentro con la devastación. Las inmensas olas que desdibujaron estos dos pueblos que con tanto esfuerzo habían sido construidos, serían sólo el principio de una seguidilla de intensos problemas sociales.

VI.

Una subcultura de evacuación

Cuando el sismo de 8,8° se dejó sentir en las costas chilenas, el tiempo pareció alargarse indefinidamente. Porque durante aquellos dos minutos y medio de incertidumbre, las personas sintieron que el suelo se deformaba bajo su peso como si estuvieran sobre una delgada capa de hielo, débil e inestable. Una vez que el movimiento disminuyó sus revoluciones, los habitantes de Tubul y Llico comprendieron que era el momento de tomar las riendas de la situación y escapar de allí.

Fuera de toda lógica, el fuerte terremoto no destruyó de inmediato sus asociaciones más antiguas ni la búsqueda de soluciones. Al contrario, sabían que había que alejarse, a lo alto, buscando un lugar que les diera seguridad. Una especie de conocimiento previo que los facultaba para superar el desconcierto reinante en esos trágicos minutos.

Sorprendentemente, y pese a la magnitud de la catástrofe, a la ausencia de una alerta oficial temprana por parte de las autoridades, y a las fallas en los sistemas de comunicación de redes telefónicas y radiales, sólo un habitante de ambas caletas –de un total que supera las 4 mil personas- falleció producto de las bestiales salidas de mar.

Estos números sugieren la idea de la existencia de ciertas capacidades de respuesta en las comunidades de pescadores artesanales de Tubul y Llico, para reaccionar a tiempo frente a la emergencia e impredecibilidad de un desastre natural como el ocurrido aquel 27/F. Una disposición particular ante el riesgo, que identifica y representa a estos pobladores, y los engloba dentro de una subcultura de evacuación que actuó con eficiencia frente a la inminencia de un tsunami.

Los sobrevivientes estimaron como fundamental la activación de sus propios recursos socioculturales, que forman parte de esta subcultura y que ellos han cultivado generación tras generación. Entre estos factores se encuentra la experiencia de sucesos similares por parte de los miembros más ancianos de la comunidad, la alerta entre vecinos y

principalmente –debido a su oficio de pescadores- el conocimiento cabal acerca del comportamiento de las mareas.

Luis Becerra Lemunao, buzo mariscador de Tubul, reconoce este saber como ‘un conocimiento adquirido’, el que los moviliza casi por inercia cuando viene un remezón grande. “Sin previo aviso uno tiene que arrancar. Casi por instinto. Como estamos al nivel del mar, no necesitamos alerta de nadie. La salida de mar la asumimos y todos sabemos que hay que subir al cerro para salvar la vida”.

Esta visión es compartida por su colega José Luis Fernández, quien agradece a Dios no haber sufrido pérdidas humanas en la caleta y cree que una de las razones que explican la rápida evacuación fue la sapiencia propia del pescador. “Apenas fue el terremoto nosotros pensamos que esto daba para maremoto. Porque hubo unos avisos de temblores grado V antes. Entonces nosotros siempre nos levantábamos para mirar la mar. Esa noche no había que preguntar nada ni preocuparse por la casa. Sólo arrancar lo más lejos posible”, relata este buzo tubulano.

El primer síntoma que los alertó e hizo pensar que vendría algo malo, fue la magnitud del sismo. Gran parte de la población nunca había vivido una sacudida de piso de tales dimensiones, por lo que una vez que se reincorporaron de las caídas, pensaron en el mar. Bien sabido es en los pueblos costeros el dicho aquel que reza ‘si un temblor es tan fuerte que te impide mantenerte de pie y caminar, hay que correr a los cerros’.

Aquella sabiduría popular arraigada en estas caletas de pescadores sirvió para ponerse en guardia e imaginar posibles consecuencias ligadas directamente a la conducta de las mareas. Así, algunos vecinos fueron a comprobar ese segundo indicio que despejaría las dudas respecto de un probable tsunami: la recogida de mar. Si las aguas se pierden gran cantidad de metros hacia el confín, es porque tiene que volver a su normalidad, y con una gran fuerza de arrastre.

Algunas personas optaron, en forma paralela, por salir de sus casas y contemplar, a metros de distancia, lo que sucedía en el cauce del río Tubul. Eso fue lo que hizo Mónica

Ramírez, dueña de casa y esposa de pescador. “Al momento del remezón altiro pensamos en escapar. Cuando terminó el movimiento, sabíamos que había que irse. Como nosotros vivimos a la orilla del río, nos dimos cuenta que se empezó a secar. Entonces la mar como iba para adentro fue chupándose y chupándose, porque el río es brazo de mar. Ahí dijimos ‘esto es salida de mar’”.

Esa noche, ante la oscuridad total producto de la caída de la electricidad, la presencia de una gran luna llena fue un factor que facilitó, en forma fortuita, la observación de las personas que fueron a constatar si el mar se había adentrado o si el río se había secado. Y es que el brillo fulgurante de la luna no sólo les permitió apreciar que las aguas ya estaban muy alejadas de la orilla, sino que también fue de gran ayuda para que la evacuación de ambas caletas resultara algo más expedita.

Porque sería imprudente asegurar que la retirada de las personas fue totalmente ordenada. En un momento tal de desesperación, ni el más sabio de los mortales habría sido capaz de mantener la calma absoluta. En esos instantes, hasta el más tranquilo se contagió con el fervor que había en la población y se dejó guiar por una masa decidida a abandonar la planicie costera.

En términos generales, lo que allí se apreció fue una emergencia que pudo ser manejada satisfactoriamente por las personas, gracias a los factores socioculturales descritos anteriormente. Técnicamente, se podría describir como un ‘desorden controlado’. Una exaltación que, ante un evidente vacío administrativo, tuvo que ser disipada y encauzada por la propia comunidad y sus líderes.

“Cuando salimos –cuenta el pescador artesanal de Llico, José Sánchez Avilés- vi a los vecinos que venían tras nosotros y nos fuimos todos prácticamente en fila. Ninguno se pasó a llevar. Nadie se estorbó. Fue una salida muy ordenada. Era como si nos estuvieran llamando del cerro. Así que cada uno agarró lo que pudo y partió en forma organizada”.

Para Bartolo Brenet, la evacuación también fue todo un éxito en Tubul y reflejó un tipo de cultura distinta en las comunidades de pescadores. “A pesar de que muchas veces al

pescador se le mira en menos por su falta de cultura en conocimiento, yo creo que tiene otro tipo de cultura para anticiparse a algunas cosas. Sin esa cultura, probablemente en Tubul y Llico hubiesen muerto muchas personas. La gente sabía que la mar se iba a salir, porque acá ante cualquier movimiento fuerte, los vecinos intuyen y van de inmediato a mirar la costa. Si se recoge la mar, se sabe que hay que evacuar”, señala el ‘Tolo’, quien agradece a sus padres y abuelos por la enseñanza que les han entregado mediante historias del pasado.

Esta observación de las señales de la naturaleza, que es una respuesta espontánea y contingente, se suma al conocimiento previo, por años alimentado y oralmente transmitido por las personas mayores de las caletas. En reuniones familiares y conversaciones informales generadas en un día normal de trabajo, los mayores han traspasado sus experiencias ante los riesgos naturales como, por ejemplo, frente al maremoto de 1960.

Aquella vez, tanto en Llico como en Tubul, las aguas causaron estragos rompiendo casas y todo tipo de construcciones. “Para el terremoto del 60’ yo era cabro chico y también lo viví. Cuando salió el mar acá en Llico dejó mucha destrucción. Así que es sabido que si viene un temblor fuerte hay que salirse de la orilla y escapar al cerro”, relata José Sánchez.

“Los antiguos –narra José Luis Fernández- ya nos habían conversado de que si se seca el mar, es porque viene de vuelta pero con ‘tutti’. Pasaron otros terremotos antes y nosotros como familia ya habíamos tenido conversaciones acerca de lo que había que hacer en caso de que ocurriera uno grande”.

El pescador Juan Ramírez suscribe a estas observaciones de sus colegas de gremio. “Los más viejos nos habían contado que en el terremoto del 60’ arrancaron. Así que nosotros ya sabíamos. Cuando fue el terremoto yo supe que era maremoto. Y eso es gracias a la experiencia de los más antiguos. Eso se transmite. Porque a nosotros nunca nos hicieron simulacros como en otras partes. Y nos salió todo bien. A nadie le pasó nada grave de salud aquí en Tubul”, concluye.

Esta plenitud de conciencia generó que la población enfrentara con inteligencia aquellos dramáticos episodios vividos esa madrugada, incluso ante la inexistencia de señaléticas y de simulacros de evacuación. A diferencia de Dichato y de Iloca, donde sí se habían implementado ensayos de evacuación, aquí las medidas de protección civil fueron generadas desde adentro de la población, como una respuesta natural ante el fenómeno.

“A mí me lo enseñaron de chica acá en la escuela de Tubul. Es parte de tu cultura, porque el peligro siempre está. Había cierto control, todos corrían en una dirección, relativamente tranquilos pese a la magnitud de la situación. Yo sabía que si venía un movimiento fuerte se arranca al cerro. Y eso también se lo transmití a mis sobrinos”, comenta Paula Catrileo, reafirmando la tesis de esta subcultura.

Hugo Sáez, de Llico, agrega otra variable que influyó en menor medida en la escapada de esa noche: el poder de los medios de comunicación. “Acá en la caleta toda la gente sabe que si hay terremoto se va a salir el mar. Para qué esperar al gobierno que hace puras tonteras. Todos arrancaron. Por el conocimiento que les dan los papás, por lo que sale en las noticias. Lo que pasa en el mundo en general también ayuda para saber que si hay terremoto fuerte, seguro que el mar sale en las partes bajas”, apunta “El Castizo”.

La experiencia ocurrida en Indonesia, el año 2004, es un caso paradigmático para aprender todo lo que no se debe hacer ante una catástrofe natural. Aquella vez, las regiones afectadas estaban poco preparadas e incluso sus pobladores no supieron reconocer las señales de advenimiento del tsunami. El saldo fue desesperanzador: alrededor de 250 mil víctimas fatales y otros tantos miles de heridos.

Estos aprendizajes, sugieren la existencia de una subcultura de desastres naturales que fue capaz de suplantar la ineficiencia de las políticas públicas preventivas provenientes de las autoridades municipales y gubernamentales. Estas respuestas socioculturales, son extrapolables a otras caletas del país, ya que quienes están detrás del mayor número de víctimas fatales del maremoto son mayoritariamente turistas y visitantes del interior que tuvieron respuestas inadecuadas, desinformadas y riesgosas.

A diferencia de antiguas épocas, hoy la población es capaz de aprender de sus propios errores para mejorar como sociedad. Futuros tsunamis seguirán arruinando nuestras costas y para mejorar los sistemas de prevención, será fundamental considerar el capital social y cultural de las comunidades de pescadores artesanales. Sus sólidas capacidades de respuesta ante catástrofes impredecibles, nos hablan de la riqueza de sus habitantes, aquella que ha sido forjada por los antiguos ciudadanos de las caletas, y difundidas provechosamente a través de las generaciones desde tiempos inmemoriales.

SEGUNDA PARTE

CUANDO TUBUL Y LLICO SE FORJARON

*“Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos”*

Jorge Luis Borges



Foto: Familia Puga-Wilson

I.

Entre reducciones y alzamientos

Para indagar en la historia de las caletas Tubul y Llico, necesariamente debemos remontarnos a los relatos que los cronistas españoles dejaron como legado durante la época de nuestra conquista y colonia. Sin esta 'mirada blanca' de los acontecimientos, sólo el trabajo de los arqueólogos nos podría aportar siquiera una leve reseña de lo que hasta entonces habitaba la costa del golfo de Arauco.

Porque antes de la llegada de los españoles a suelos araucanos, hubo pequeños asentamientos humanos que se dedicaban a labores de pesca y agricultura. En Tubul, el complejo arqueológico que se ubica en el sector ha registrado presencia humana que bordea entre los 2 mil a 6 mil años. "(...) el Complejo Tubul, estudiado por la Universidad de Concepción, es el más reconocido por los arqueólogos del país. En él se han encontrado grandes conchales, cementerios y restos cerámicos de gran valor"¹¹.

Tubul y Llico, de acuerdo a la división geográfica mapuche de la zona de Arauco, pertenecieron al *Mapu* o provincia denominada *Lavquen-Mapu*, es decir, a los indios de la costa. Esta comprendía una línea costera paralela e imaginaria entre los ríos Bio-Bio y Toltén, dentro de la cual Tubul (*Tuben* para los aborígenes) era *Levo* o subdelegación del *Aillarehue*¹² llamado *Marihueñu*.

Los suelos de este extenso territorio eran de baja productividad agrícola, pero el complemento insustituible del *lafkenche*¹³ o costino, describe el historiador Carlos Aldunate, "son los productos de la recolección marina, a la cual es gran aficionado. La gran abundancia de peces, mariscos y algas provocó un intenso poblamiento de esta región, del

¹¹ Torres Aillón, Luis. *Tradiciones de los lafkenches de Locobe*. Pp. 27.

¹² Pequeña agrupación de clanes familiares indígenas que dominan y conforman una provincia.

¹³ Mapuche de la costa.

que dan testimonio los numerosos y espesos conchales que se encuentran a lo largo del litoral”¹⁴.

Las investigaciones arqueológicas hechas en estos depósitos de conchas, nos entregan información sobre las costumbres alimentarias de los antiguos cazadores, recolectores y pescadores de nuestro golfo. Anuelos hechos de concha, pesas de red elaboradas en piedra, vértebras de pescado y abundantes restos de moluscos han sido encontrados en Coronel, Morguilla, Chome, Talcahuano, Bellavista y Tubul¹⁵.

Los recursos marinos ocupaban un lugar central en la economía de subsistencia de los mapuches. Para pescar utilizaban redes fabricadas con intestinos de lobo marino, hebras de chagual o tendones de guanaco. Para la lienza utilizaban ñocha, mientras que los anzuelos eran construidos con espinas, dientes de pez o madera dura. Con la ayuda de un instrumento hoy llamado ‘chuzo mariscador’, los lafkenches del golfo recolectaban los mariscos pegados a las rocas¹⁶.

Este era el modo de vida de los indígenas costeros cuando llegaron los conquistadores españoles. Porque durante el siglo XVI, esta región alberga sangrientas confrontaciones entre ibéricos y aborígenes de la zona. En 1544, los conquistadores al mando del navegante genovés Juan Bautista Pastene se adentran por primera vez hacia el interior del golfo, siendo hostilmente recibidos, en junio de 1550, por los aborígenes de la localidad de Quiapo, quienes en la bahía de Carnero le matan 7 hombres.

En 1551, el conquistador Pedro de Valdivia funda el fuerte de Arauco, ubicado a 12 kilómetros de la actual ciudad, el cual sería el centro crítico de las revueltas indígenas. En los siguientes años, las tropas de los mapuches Caupolicán, Alcatipay y Colo-Colo se levantan y en defensa de sus tierras obligan a reedificar la construcción una y otra vez, hasta que en 1596, el gobernador Martín García Oñez de Loyola, lo traslada definitivamente a los pies del cerro con el nombre de San Felipe de Arauco.

¹⁴ Aldunate del Solar, Carlos. *Cultura Mapuche*. Pp. 21

¹⁵ Museo de Historia Natural de Concepción.

http://www.dibam.cl/sdm_mr_concepcion/noticias.asp?id=2155

¹⁶ *Ibíd.*

El siglo XVI fue de guerra y destrucción sin clemencia. La batalla de Millarapue de 1557, donde se enfrentaron las huestes del toqui Caupolicán y del gobernador García Hurtado de Mendoza, es una de las más importantes y salvajes librada en esta zona, con un saldo de más de setecientos indígenas muertos. De Llico y Tubul existen pocas menciones, pero no sería aventurado conjeturar que los lafkenches de ambos sectores hayan acudido a los levantamientos para impedir el establecimiento invasivo de los conquistadores.

En enero de 1599 comienza una nueva acometida mapuche que obliga al capitán Miguel de Silva retirarse de la ciudad de San Felipe de Arauco y replegarse al fuerte, el que será destruido por un ataque de más de tres mil mapuches. La guarnición sufre un nuevo desastre el 11 de febrero de aquel año, pero luego recibe por mar un auxilio muy oportuno, pues los indios renovaban su ataque.

Debido a que el desarrollo de la rebelión es cada vez más destructivo, el militar español Alonso de Ribera llega a San Felipe de Arauco en 1600, apropiándose de los sembrados mapuches para abastecer a sus hombres y luego reconstruir el fuerte¹⁷. Cerca de la desembocadura del río Tubul, en los arrecifes de Curaquilla, encalla una de las barcas enviadas por el gobernador Quiñones en ayuda de los habitantes de Arauco. “La barca pudo zafarse difícilmente y dirigirse a la isla Santa María, donde otra embarcación, que también se había enviado a ese pueblo, se perdió con casi toda su tripulación”¹⁸.

Ya en el siglo XVII, con el afán de evangelización de la misión jesuita liderada por el padre Luis de Valdivia, Tubul adquiere un rótulo más significativo. Dado que la importancia de Arauco era enorme, tanto por ser un sitio fortificado como por permitir un lugar de encuentro y comunicación entre españoles y mapuches, los misioneros jesuitas hacen su primera instalación en nuestro país en Arauco el año 1608.

Los sacerdotes seculares Horacio Vecchi y Martín de Aranda pretenden evangelizar a los pueblos de “indios amigos”, que en la zona de Arauco comprendía catorce divisiones: Penquerehue, Arauco, Lonconaval, Carampangue, Petaco, Millarapue, Quidico, Quiapo,

¹⁷ Valderrama, Juan A. *Diccionario Histórico-Geográfico de la Araucanía*. Pp. 42.

¹⁸ *Ibidem*. Pp. 227.

Yapié, Tubul, Taupén, Internaulún, Rumena y Lebu¹⁹. Esta concentración de indios en reducciones, buscaba establecer poblados organizados, estables y accesibles, para mantener en orden la vigilancia y permitir el dominio mediante el cristianismo.

Los “indios amigos” fueron definidos, en una primera etapa, como aquellos que prestaron colaboración a los hispanos en la guerra contra los que se negaban a someterse. Eran, según un cronista, “... los indios de paz, que sirven como soldados en la guerra”²⁰. Los contemporáneos, asignaron gran importancia a los indios que así servían. En 1603, el gobernador Alonso de Ribera decía que “para lo que es hacer daño vale uno más que dos españoles, porque entran en las quebradas, montes y ríos sin escrúpulos, con grande agilidad y se matan unos a otros”²¹.

Ya en 1612, con los acuerdos enmarcados dentro de la llamada Guerra Defensiva, por primera vez la política española respecto de los amigos alcanza el grado de realidad jurídica permanente, con privilegios y obligaciones. En el parlamento celebrado ese año en Arauco, con la presencia del gobernador Ribera, del padre Valdivia y de los caciques de las nueve reguas de Arauco, se estipula que:

“... todos los indios de las provincias que están al abrigo de los fuertes por ambas partes del río de Biobío que vinieren de la tierra de guerra a dar la paz... quedáis por vasallos de Su Magestad y puestos en su Real Corona, asegurándoos en su Real Nombre que no seréis enajenados de ella para ser encomendados a otra alguna persona ni se obligará a sacar oro...”²².

Desde ese momento, los amigos, colaboradores de los españoles en las acometidas bélicas, ostentaron una condición especial, diferente a la del resto de los indígenas. No eran encomendables, no debían tributo a nadie –ni en servicio personal ni en especies– sólo fidelidad al Rey. Hacia 1622, entonces, el trabajo amigo en las cosas de “Su Magestad” estaba claramente diferenciado en dos tipos. Se distinguía la guerra de las

¹⁹ Torres Aillón, Luis. *Diccionario Histórico-Geográfico de la comuna de Arauco*. Pp. 152.

²⁰ Tesillo, Santiago de. *Las guerras de Chile, causa de su duración y medios para su fin*. Pp. 16.

²¹ Carta de Alonso de Ribera a su Magestad. Concepción, 29 de abril de 1603. Archivo Nacional, vol. 1, f. 219.

²² Relación del Parlamento de Arauco. 20 de noviembre de 1612. Archivo Nacional, vol. 2, f. 12.

otras labores, como la mantención de los fuertes, aserrar maderas para barcos o el llevar cartas, trabajos que eran recompensados con reales, cosechas de trigo, exención de tributos, etc.

A medio camino entre agravios y agasajos, los “indios amigos” -entre los cuales se contaba la reducción de Tubul- eran unos de los sectores más inestables de la frontera²³. Los capitanes de amigos eran los encargados de mantener las buenas relaciones con esos indios, que en muchas ocasiones abusaban de la situación de privilegio y poder que tenían sobre ellos. Según el cronista González de Nájera, estos funcionarios, por ser “mestizos y gente de poca satisfacción (...) ponen toda su felicidad en hacerse temer de ellos, como si fuesen señores absolutos, y así apalean caciques e indios principales y les usurpan los caballos, y finalmente en todo quitan, ponen y hacen lo que quieren entre ellos, seguros en que no se han de osar quejas los pobres indios...”²⁴.

No debe extrañar, por lo tanto, que los indios que en estas circunstancias habían dado la paz, se sublevaran apenas hubiera una ocasión apropiada para ello. El alzamiento del mestizo Alejo, en la plaza de Arauco el año 1655, provocó que la misión jesuita dirigida por Gerónimo de la Barra fuera abandonada. Posteriormente, en 1664, la misión fue reconstituida gracias al violento empeño del gobernador Francisco de Meneses.

Las dificultades de la evangelización en esta época, han quedado plasmadas en las crónicas del padre Diego de Rosales, quien describe que “... los de Arauco y San Cristóbal, aunque eran amigos antiguos, y muchos de ellos bautizados, aprendían de tan mala gana las oraciones, y pegábaseles tan poco la doctrina, que no se hallaba uno que las supiese bien de memoria y que repitiese el catecismo”²⁵.

Evangelizar estaba íntimamente ligado con el tema de la civilización y con el de las reducciones, pero los indios no aceptaban con facilidad dejar sus tierras y cristianizarse. El sistema de reducciones fronterizas asentadas y pacíficas siempre fue frágil, porque

²³ Ruiz-Esquide, Andrea. *Los indios amigos en la frontera araucana*. Pp. 31

²⁴ González de Nájera, Alonso. *Desengaño y reparo de las guerras de Chile*. Pp. 143

²⁵ Torres Aillón. *Ibidem*. Pp. 153.

implicaba, según el gobernador Garro, "... reducirlos a pueblos, o sacarlos de su naturaleza y ponerlos adonde puedan ser instruidos en el Santo Evangelio..."²⁶.

En general, los indios amigos estuvieron muy lejos de ser cristianizados. No abandonaron sus costumbres y fueron muy reticentes a adoptar el estilo de vida que los hispanocriollos les proponían. El matrimonio con múltiples mujeres, las llamadas 'borracheras', los entierros en los montes, el papel de 'los brujos' y la aplicación de la justicia por la propia mano, eran algunas de ellas.

El testigo Santiago de Tesillo narra que "las costumbres de los indios amigos que viven poblados y reducidos a la paz en nuestras fronteras y que sirven en ellas como soldados son casi las mismas que las de los enemigos; disimúlenseles por obrar mayores inconvenientes, y esto se reduce a una moral política bien importante, y procúraseles dar doctrina y educación con aquella suavidad que conviene para no desabrirlos"²⁷.

Durante el siglo XVIII, la misión de Arauco sigue en pie. En 1757 en la Plaza de Arauco había tres padres y "con el mismo celo se trabaja con los indios en las diez capillas"²⁸. Sin embargo, la orden expedida por el Rey de España, de expulsar a los jesuitas de América, hace que el gobernador Guill y Gonzaga abandone todas sus misiones en el reino y dé paso a la congregación franciscana. Siete años más tarde, el gobernador inicia una nueva obra reduccionista.

Así, aprovechando el Parlamento de Nacimiento de 1764, Guill y Gonzaga le expresa al Rey de España que "aprovechándome de esta ocasión les propuse por primer artículo el de reunirse a pueblos en el paraje que quisiesen y en el número de familias que tuviesen por conveniente para cada uno, esforzándoles razones de utilidad que les resultarían de vivir como racionales con seguridad de sus casas, familias, haciendas y muebles, libres de las guerras con que unos a otros se destruían"²⁹.

²⁶ Carta de José de Garro a Su Magestad. Concepción. 7 de enero de 1684. Archivo Nacional, vol. 3, f. 149.

²⁷ Tesillo. *Ibidem*. Pp. 23-24

²⁸ Torres Aillón. *Ibidem*. Pp 155.

²⁹ Casanova, Holdenis. *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. Pp. 55.

El 15 de octubre de 1765, el Maestre de Campo Santiago Cabrito convoca a todas las parcialidades desde Angol y la zona costera, para comunicarles la creación de los nuevos pueblos de indios. En la zona de Arauco, “el cacique de Angol, Juan Lebulabquén con fecha 13 de enero de 1766 solicita al Maestre de Campo para crear nueve pueblos de indios en la zona de la costa; se pedía además, la entrega de hachas, bueyes, novillos, entre otras cosas”³⁰.

En respuesta a esta solicitud, Cabrito autoriza la construcción de los nueve poblados en los sectores denominados Ranco, Meseta, Albarrada, Melillupu, Llico, Quirico, Quiapo, Deunco y Lebu, suministrándole al cacique 16 hachas, 16 yuntas de bueyes y 16 novillos para la realización de las obras.

Se funda oficialmente, de esta manera, la villa de San Blas de Llico. Para verificar la constitución del poblado, se nombra la presencia del capitán de amigos Lorenzo Medina, quien no pudo ocupar su cargo debido a la rebelión de 1766 encabezada por el toqui Calicura. Los indígenas de Angol, quienes se oponen a la mejora y construcción de fuertes españoles y a los malos tratos, se alzan e intentan ajustar por su cuenta estas humillaciones.

En los primeros días de enero de 1770, “todos los lafkenches de los ‘Estados’ de Tucapel y Arauco se reunieron y nombraron como su toqui a Calicura”³¹. Los indios costeros atacan la plaza de Arauco y el fuerte con una tropa que sobrepasa los dos mil hombres, incendiando cuánto había en el territorio. La rebelión termina con un nuevo parlamento en Negrete, en 1771, donde se documentan los beneficios y quejas de ambos bandos, con el fin de evitar los abusos cometidos por las autoridades españolas.

Desde la perspectiva mapuche el Estado de Arauco está dividido, a fines del siglo XVIII, en los siguientes *Aillarehues*: Morcún, Coraleufu, Raghco, Millatun, Curaquilla, Melirupo, Llico, Yani, Raqui, Quidico, Locove, Quiapo, Ranquil y Cupaño. Muchos de los habitantes

³⁰ Torres Aillón, Luis. *Arauco es Historia*. Pp. 119.

³¹ Torres Aillón. *Ibidem*. Pp 128.

son mestizos e hijos de cautivas, conformando una población de 22.354 personas entre el río Laraquete y el río Imperial.

Pese a que la nueva reducción gubernamental reproduce injusticias y genera el mayor alzamiento indígena del siglo, la iniciativa fundacional de Guill y Gonzaga permite la instauración del villorio de Llico, emplazado en ese lugar hasta nuestros días.

II.

Montoneros en Tubul

Ya en el primer decenio del siglo XIX, el reino de Chile estaba dividido en dos Intendencias, la de Santiago y la de Concepción. Con el apresamiento del Rey Fernando VII en España a manos de Napoleón y la consiguiente formación de la primera junta de Santiago, el cabildo abierto de Concepción determina sumarse a esta iniciativa, generando que el foco de atención de los españoles hacia los mapuches de la zona disminuya para centrarse en la inminente guerra contra los patriotas criollos.

Pero no sería hasta 1819 que la localidad de Tubul adquiriría relevancia. Por ese entonces, los patriotas intentaban asegurar la independencia en la región de Concepción, combatiendo contra grupos de bandoleros e indios en los sucesos enmarcados dentro de la Guerra a Muerte. El montonero de mayor peligrosidad era Vicente Benavides, alistado como sargento bajo las insignias patriotas y quien luego de traicionar sus colores, se fuga y alista en las fuerzas realistas, generando el caos en la zona de Arauco.

Terminada la batalla de Curalí, el intendente de Concepción y general Ramón Freire da inicio a la persecución de las fuerzas de Benavides, las que logrando escapar con pocos secuaces se repliegan en la plaza fuerte de Arauco. “Las tropas patriotas cruzan el río Carampangue el 16 de mayo de 1819 obligando el repliegue de los diezmados enemigos, que huyen por la playa hacia la localidad de Tubul”³².

La retaguardia en Tubul, es potenciada por la negativa de Freire de ampliar el frente de combate por la costa hasta Lebu y por el apoyo de los indígenas del sector, como el cacique Neculmán de Llico³³. A pesar de que Freire, en carta escrita a Bernardo O’Higgins el 18 de mayo de 1819, piensa “marchar sobre Tubul y hacer venir a sus casas muchas

³² Vicuña Mackenna, Benjamín. *La Guerra a Muerte*. Pp. 43.

³³ I. Municipalidad de Arauco. *Rescate lugares históricos comuna de Arauco*. Pp. 19.

familias que hay en aquel punto”³⁴, se devuelve a Concepción y el bandolero queda a sus anchas en Arauco.

Desde la cima del cerro Colo-Colo, en la plaza fuerte de Arauco, armado de cañones y protegido por un elevado muro y un foso, Benavides podía contemplar un vasto panorama del golfo de Arauco para apercebirse en caso de ataque o, lo que era más frecuente, huir y guarecerse en los espesos bosques de las riberas del río Tubul.

Esta localidad ya estaba acondicionada para brindar refugio y soluciones a sus cuadrillas. De hecho, el marino italiano Mateo Mayneri, acompañante de Benavides, “había establecido cerca de la desembocadura de ese río un rudimentario astillero en el que construyó algunas embarcaciones menores, que facilitaban la fuga de los montoneros, en el caso de que la persecución patriota se prolongara, sirviendo en otras ocasiones de pequeña escuadra para la navegación del golfo hasta la isla mencionada (Santa María)”³⁵.

La larga estadía de Benavides en Arauco, fue socorrida por innumerables ayudas provenientes de las fuerzas realistas. En agosto de 1819, el gobernador de Valdivia, Manuel Montoya, envía víveres en un navío guiado por el sanguinario cura realista José Antonio Ferrebú. A mediados de junio de 1820, el español Juan Manuel Picó, luego de una incursión en Perú, logra obtener recursos en un buque ballenero fletado por el virrey, el que desembarca en Arauco provocando el júbilo de los numerosos realistas que se habían agrupado en torno a la siniestra figura de Benavides³⁶.

Después de un frustrado armisticio con Freire en Concepción, las tropas de Benavides arrasan con Nacimiento, Purén, Los Angeles, Santa Bárbara y Tucapel Nuevo³⁷. En febrero de 1821, el montonero se vuelve a parapetar en Arauco con doscientos hombres, época en la que cometerá las mayores atrocidades y crueldades con sus prisioneros y ganará fama de pirata en sus exitosos asaltos marítimos.

³⁴ Vicuña Mackenna. *Ibidem*. Pp. 42.

³⁵ Aguirre Mercado, Luis. *Datos para una historia de Arauco*. Pp. 19.

³⁶ Encina, Francisco. *Historia de Chile*. Pp. 224.

³⁷ Torres Aillón, Luis. *Arauco es Historia*. Pp. 153.

En el otoño de 1821, desde su observatorio del cerro Colo-Colo que se alza a 103 metros, pudo divisar en las lejanías del norte un gran bajel que hacía rumbo hacia la isla Santa María y fondeaba sus costas. “Inmediatamente el renegado chileno acuerda, apoderarse de la nave, enviando desde Tubul sus lanchas llenas de guerrilleros y, amparados por las sombras de la noche, obtienen pleno éxito en su acto de piratería”³⁸.

Se trataba de la fragata inglesa *Perseverance*, que venía a renovar a su tripulación después de un largo crucero. Benavides afina detalles con Picó, y “metiéndose en cuatro botes con cincuenta hombres de fusil y lanza (...) mató por su propia mano al centinela y enseguida, amarró al capitán, llamado Guillermo Clarck, al piloto lleson y, a los treinta y cinco marineros que componían su tripulación. En seguida, forzó esta misma a conducir el buque hasta la plaza de Tubul donde lo vararon por torpeza en la maniobra o, lo que es más probable, para despojarlo con más comodidad”³⁹.

Enarbolando el pendón real, las cuadrillas de bandidos se abastecieron en abundancia de víveres, bebidas alcohólicas, vestuarios, buen armamento, municiones, cueros para monturas y mil dólares en dinero efectivo. Después de satisfacer por tres días sus ansias de embriaguez, por largo tiempo reprimidas, dio rienda suelta a su ferocidad encomendándole a un guerrillero llamado Sánchez el asesinato del capitán Clarck, su piloto y tres marineros⁴⁰.

Con una gruesa partida de montoneros, ahora bien equipados, Benavides urdiría sucesivas maquinaciones vandálicas. A la captura del *Perseverance*, se sumarían los bergantines norteamericanos *Hercelia*, *Hero* y *Ocean*. Contrario a lo que se podría creer, estas capturas prácticamente no proporcionaron dinero ni monedas de oro, sólo telas, licores, armas y otros materiales.

En vista de esta situación insatisfactoria, el 13 de junio de 1821 la *Hercelia* deja su fondeadero de Tubul rumbo a Perú, llegando a su destino un mes más tarde combatiendo

³⁸ Aguirre Mercado. *Ibidem*. Pp. 19.

³⁹ Vicuña Mackenna. *Ibidem*. Pp. 470.

⁴⁰ *Ibidem*. Pp. 471.

la recia estación y las precauciones que exigía el absoluto control marítimo de los patriotas. “El 17 de agosto anclaba de regreso en Arauco el bergantín corsario *Hercelia* (...) con su oportuno contingente de auxiliares. Estos recursos sucesivos e inesperados cambiaron completamente el aspecto del desolado Arauco y su comarca”⁴¹.

Cuando aún estaba latente el regocijo de Benavides por sus saqueos y auxilios, el 10 de septiembre de 1821 los realistas enviados por el general Ordoñez desembarcan en Tubul para formar nuevas montoneras. Sin embargo, “el capitán de los independientes, Agustín López, los derrotó allí mismo, después de haberse acercado a Arauco los montoneros mandados por Benavides. Volvieron luego a rehacerse, pero otra vez fueron rechazados con grandes pérdidas por el mismo oficial. Los chilenos perdieron once hombres”⁴².

En el mes de octubre de 1821 las tropas del coronel Joaquín Prieto se internan en la zona de Arauco, obligando a los realistas a escapar a lo alto del peñón del Colo-Colo, no sin antes prender fuego a los ranchos y barcos (*Hercelia* y *Perseverance*) atracados en la bahía. La suerte de Benavides estaba sellada: es capturado en Colchagua y ajusticiado en la plaza pública de Santiago el 22 de febrero de 1822, poniendo fin a un largo derrotero de fechorías y atrocidades.

Sin embargo, la muerte de Benavides no detuvo en nuestra zona el desenfreno de los montoneros. Esto porque Juan Antonio Ferrebú revitalizaría la Guerra a Muerte con sus crueles acciones, plasmando en ellas un odio tenaz hacia los patriotas y una fidelidad irrestricta hacia el Rey de España.

Las huestes del cura español logran reagruparse en los sectores aledaños a las serranías de Tubul y Llico, dando pie al último sitio de Arauco en el mes de octubre de 1822⁴³. Al mando de 800 soldados ataca las plazas de Arauco, Colcura y San Pedro y, después de días de ocupación en la plaza fuerte, las fuerzas patriotas del coronel Ramón Picarte logran

⁴¹ Torres Aillón. *Ibíd.* Pp. 160.

⁴² Valderrama, Juan A. *Diccionario histórico-geográfico de la Araucanía*. Pp. 227-228.

⁴³ I. Municipalidad de Arauco. *Ibíd.* Pp. 22.

levantar el estado de sitio a contar del 18 de octubre, no sin antes librar fuertes combates en el llano de Chivilingo y en el paso de Carampangue⁴⁴.

Después de sendas derrotas en Tucape, Albarrada, Colcura y Laraquete, las andanzas de Ferrebú culminarían con la traición de uno de sus lugartenientes llamado Clemente González, quien lo embosca con fuerzas patriotas y ajusticia por orden del intendente Rivera el 2 de septiembre de 1824. Con la muerte del cura, quedaría pacificada la Baja Frontera y se daría término a la Guerra a Muerte que había assolado la zona por casi cinco años⁴⁵, y en la que Tubul tuvo un papel geopolítico trascendental debido a las características de una costa que admitía el atraque de buques de mediano porte.

⁴⁴ Vicuña Mackenna. *Ibidem*. Pp. 726.

⁴⁵ Torres Aillón. *Ibidem*. Pp. 165

III.

Fiebre del oro negro

A mediados del siglo XIX, la zona de Arauco aún no obtenía un título administrativo de importancia al interior del Biobío. El país, por ese entonces, se dividía territorial y administrativamente en ocho provincias repartidas entre Coquimbo y Chiloé, y no sería hasta el 2 julio de 1852, cuando a través de un decreto supremo, el Presidente Manuel Montt agrega a ellas la provincia de Arauco, que comprenderá en su demarcación los territorios indígenas situados al sur del río Biobío y al norte de la provincia de Valdivia⁴⁶.

La provincia de Arauco, que años más tarde principiará su límite norte desde el río Laraquete, se distribuirá en dos subdivisiones departamentales: Nacimiento y Arauco. Por consiguiente, el actual territorio que contiene a la comuna de Arauco, quedó circunscrito al llamado Departamento de Arauco, con sus respectivas subdelegaciones y distritos entre los cuales se encontraban los caseríos de Llico y Tubul.

En esta época, la zona de Arauco veía con cierto recelo cómo en la Provincia de Concepción, más específicamente en Lota y Coronel, comenzaban a explotarse los primeros yacimientos de carbón, conformando grandes poblaciones de trabajadores mineros y de inversionistas extranjeros que iniciaron una desesperada carrera por encontrar mantos carboníferos explotables⁴⁷.

La necesidad de las industrias por contar con este combustible, que movilizaba el cada vez más frecuente tráfico de buques a vapor, genera una gran expectativa de las autoridades del Departamento de Arauco por iniciar su búsqueda. De esta manera, a principios del año 1857, el gobernador envía un informe al intendente de la provincia comunicándole la existencia de minas de carbón en la zona:

⁴⁶ Donoso, R y Velasco, F. *El origen de la propiedad Austral*.

⁴⁷ Ibacache, Juan Carlos. *Historia de la comuna de Arauco de la mano del carbón*. Pp. 31

“... Las minas enunciadas son en la Isla Santa María, en cuyos puntos se han solicitado diez i siete posesiones; en el potrero de Millogue, siete; en la caleta o punto de Yani, una; i en el puerto de Llico, una”⁴⁸.

Nacen así, en menos de una década, numerosos establecimientos mineros como Maquehua, Quilachanquín, Peumo, Colico, Llico, Rumena, Yani, Huenapidén, Aguapié, Caripilún, Trana, Trauco, y otros menores⁴⁹. Hasta entonces, muy poco se sabía de estos rincones casi inexplorados, que se dedicaban en su mayoría a la pesca y a la agricultura.

Sólo la marina nacional realizaba algunas excursiones dejando breves descripciones de aquellos lugares. Precisamente, en 1862, se indicaba que “en la costa de ‘Yanes’ había solo una goleta perteneciente al único habitante que vivía allí, el cual la utilizaba para transportar tablas y cáscara de lingue a Coronel. De Llico se señalaba que era frecuentado por algunas ‘chalupas’ de balleneros nacionales que tenían allí dos establecimientos, además del próspero porvenir carbonífero que le esperaba”⁵⁰.

Era recurrente en estos tiempos que los llicanos se beneficiaran de aquello que el mar les arrojaba, fueran estos peces, palos labrados, sacos de harina e incluso ballenas, las que eran reducidas a aceite y vendidas a muy buen precio a Lota. En una nota de 1878, por ejemplo, el semanario “El Arauco” informa que en lugar de una, dos fueron las ballenas que vararon en la costa, de las que “han podido beneficiarse 1440 galones de aceite, sin contar con los estraídos por la compañía de *llauqueteros* que no bajan de 500. De modo, pues, que vendiendo el galon a cincuenta cts., que es el precio que pagan en Lota, arrojaría una cantidad nada despreciable”⁵¹.

Hasta antes del descubrimiento carbonífero en Llico, solo dos lugares generaban algún tipo de movimiento en la franja costera: Tubul y Quiapo. El primero, como se ha mencionado, contaba con una extensa playa que admitía buques de mediano tamaño. Al adentrarse en el río que lleva su nombre, los tripulantes podían servirse de productos

⁴⁸ Carta de Arauco. *El Mercurio, Valparaíso*. 15/10/1862.

⁴⁹ Ibacache. *Ibidem*. Pp 92.

⁵⁰ *Ibidem*. Pp. 114

⁵¹ El Arauco. N° 7. Julio 21 de 1878. Pp. 2

alimenticios y otras especies, pero lamentablemente, producto del terremoto de 1835, su rada se modificó cerrando el paso a embarcaciones de considerable envergadura⁵².

Con el anuncio del gobernador de Arauco al intendente, en 1857, esta realidad comenzaría a cambiar, principalmente para los pobladores del villorio de Llico. Porque este sector, junto a Rumena, serían los primeros considerados establecimientos mineros dentro del departamento. Ya en 1858, un señor llamado Antonio Plummer figura como rematante de una mina de carbón de piedra en Llico⁵³, pero debido a la lejanía respecto a las ciudades de Arauco y Lebu, este pedimento no genera mayor interés para los inversionistas carboníferos.

Las antiguas minas ubicadas alrededor del caserío tomaron real importancia a partir de la conformación en 1872 de la “Sociedad de Minas de Carbón de Arauco”, instituida con un capital de 550 mil pesos de la época y que tuvo entre sus accionistas a los británicos Heyer y Co., G. Rosemberg, Teodoro Krook, Schuchard y Co., entre otros prestigiosos hombres del ámbito comercial⁵⁴.

La infraestructura y capacidad de inversión de esta organización comenzó paulatinamente a intensificarse con el pasar de los años. Así, en 1875, la empresa poseía una maestranza con tres fraguas, dos máquinas a vapor de 10 caballos de fuerza y el ferrocarril de Rumena con todo su equipo completo⁵⁵. Llico, en tanto, seguía considerándose un establecimiento de relevancia y la sociedad centró aquí sus mayores capitales para activar los trabajos.

Una red ferroviaria, por ejemplo, conectaba gran parte de las minas –entre las que descollaba la de Aguapié– con el puerto en la costa de Llico donde se había cimentado un muelle para el embarque. Según un informe del gobernador de Arauco, en 1873, en este lugar existían bocas minas de entre 30 y 73 metros de largo, un pique con una máquina a vapor de 40 metros de profundidad y tres socavones de 64, 65 y 67 metros de largo.

⁵² Ibacache. *Ibidem*. Pp. 115.

⁵³ Mazzei, Leonardo. *Orígenes del establecimiento británico en la región de Concepción*.

⁵⁴ Ibacache. *Ibidem*. Pp. 35.

⁵⁵ *Ibidem*. Pp. 36.

“Había en ese año almacenado en cancha 2.000 toneladas de carbón que habían sido extraídas por 150 mineros. Estos trabajadores y sus familias comenzaron a conformar la localidad de Llico”⁵⁶.

A partir de entonces, la aldea comienza a poblarse más establemente. A los escasos agricultores y grupos de *lafkenches*, se sumaron primero los exploradores carboníferos (*cateadores*), luego los inversionistas y administrativos que controlaban el movimiento comercial, y finalmente, los mineros y encargados del embarque del mineral (*estibadores*).

Este *boom* del llamado ‘oro negro’, activó también otros sectores complementarios como el comercio, la ganadería y la agricultura. De esta manera, más personas llegaron a los campos a emplearse generando un crecimiento demográfico que en el Departamento de Arauco, según consta en el censo de 1885, registró un incremento de población de un 82% respecto a la medición hecha diez años atrás⁵⁷.

Para constatar el impacto que generó este crecimiento en Llico, basta con observar que ni siquiera figuraba en los sondeos para el censo de población de 1875, privilegio que sí poseía la 4ª subdelegación de Tubul con una población de 1.955 personas. No obstante, y debido a su expansión y cualidad portuaria, la 7ª subdelegación de Llico, que agrupaba los distritos de Llico y Raimenco, sí aparece en el censo de 1885 con una cantidad de habitantes que llega a los 2.624, la más alta de las subdelegaciones del sector oeste del departamento⁵⁸.

Bien vale puntualizar, sin embargo, que esta población neta es engañosa, ya que registra un territorio amplio que considera yacimientos alejados del caserío de Llico, como los de Aguapié (distante a unos 10 kilómetros), donde posiblemente los mineros se instalaron junto a las faenas. Así, la aldea de Llico, según una publicación de “El Arauco” en enero de 1886, registraba sólo 130 habitantes⁵⁹.

⁵⁶ Ibacache. *Ibidem*. Pp. 38.

⁵⁷ *Ibidem*. Pp. 94.

⁵⁸ Torres Aillón, Luis. *Arauco es Historia*. Pp. 192.

⁵⁹ El Arauco. N° 390. Enero 17 de 1886. Pp. 3.

Eran los tiempos de esplendor y progreso en esta subdelegación. Pero, pese a ello, hubo periodos en que afloraba la inestabilidad en el rubro del mineral negro. La paralización de los trabajos obedecía a varios factores, entre los que primaba la competencia con los rivales comerciales extranjeros y la falta de inversión. El establecimiento de Rumena, por ejemplo, fue el primero en cesar sus labores. Llico, en tanto, seguía siendo considerado como una veta de importancia, por lo que continuó sus faenas durante la última década.

Cuando asomaban las temporadas de recesión, los habitantes del departamento buscaban otras alternativas para generar entradas económicas. “El Arauco”, por ejemplo, informa que durante una crisis en 1880, la comercialización de la cáscara del árbol lingue acaparaba las actividades. “Desde hace tiempo se nota la escasez de carbon i leña en la poblacion porque los especuladores de estos artículos lo han abandonado para concretarse únicamente al del lingue, que ha entrado i entra actualmente en gran cantidad”⁶⁰.

Pero Llico seguía en pie y el afán de los empresarios por llevarse una tajada de la riqueza de estos yacimientos estaba lejos de detenerse. En 1883, el señor Jorge A. Halle se presenta en la zona pidiendo permiso para construir y explotar un ferrocarril a vapor que conduzca el carbón de piedra al puerto de Llico, “de las importantes minas que se han descubierto en el fundo de los señores Fuente-Alba”⁶¹. Con esta nueva línea férrea, serían tres las que cruzarían el departamento, pero no existe certeza si realmente fue construida.

A tanto llegaba el interés de los lugareños por encontrar vetas carboníferas explotables, que en las cercanías de Tubul también surgieron interesados en formar propiedad minera. Fue el caso del señor Celedonio del Río⁶², quien en junio de 1893 registra y publica ante el Juez Letrado Muñoz Fuente-Alba, los yacimientos ‘Raque’ y ‘Comisario’ circunscritos al fundo Raque de su propiedad. Uno de los pozos donde se halla el carbón lleva el nombre

⁶⁰ El Arauco. N° 88. Febrero 22 de 1880. Pp. 2.

⁶¹ El Arauco. N° 268. Agosto 26 de 1883. Pp. 2-3.

⁶² Celedonio del Río era el máximo contribuyente de la subdelegación de Llico. Su propiedad rural ubicada en Raqui y Pino estaba avaluada en \$300.000 de la época.

de 'Isla de Tubul', muy próximo a la confluencia de los ríos Raque y Tubul⁶³, éste último muy hondo y de marea y márgenes hermosas, "con buenos terrenos ribereños que contienen fundos de su propio nombre y á inmediaciones de su boca, mantos de hornaguera"⁶⁴.

Por otro lado, y a causa de su emergente posición, la bahía de Llico recibe la visita de embarcaciones de la Armada Nacional y durante la estadía, una grata sorpresa aumentaría la plusvalía de su rada. Esto porque mientras la escampavía *Cóndor* realiza labores de sondaje, las goletas *Magdalena* y *Felicinda* aprovechan de llenar sus calderas con carbón de piedra extraído en las nuevas minas de Aguapié y, después de unas horas de navegación, el resultado es espléndido tanto para sus dueños como para la industria en general del país.

"Segun opinion de los ingenieros (de los buques) este combustible es mui superior al de Lota –que es el que consumían a bordo- sino a varios de los extranjeros por muchas ventajosas cualidades para vapores, entre otras la de desarrollar mas calórico, no produce escoria i por único residuo no deja sino poquísima ceniza que, comparado con el de Lota, le aventaja en un diez por ciento de economía en el consumo i asegura la mayor duracion de las parrillas"⁶⁵.

De esta manera, el puerto de Llico volvía a renacer por su excelente playa para estación balnearia y magnífico fondeadero para buques. Este crecimiento minero acarrearía muchas luces para otras áreas del quehacer llicano y movilizaría a sus habitantes a organizarse y reclamar por el desarrollo de su localidad. Ya en 1889, y debido a su condición poblacional, se había creado una escuela de educación primaria en Llico (ver subcapítulo IV: *La pluma y el tintero*).

En julio de 1893, y a petición del gobernador Juan Antonio Soissa, el ministro del Interior autoriza la apertura del primer cementerio municipal en Llico. El mismo año, y producto

⁶³ El Arauco. N° 777. Julio 25 de 1893. Pp. 3-4.

⁶⁴ Astaburuaga Cienfuegos, Francisco. *Diccionario Geográfico de la República de Chile*. Pp. 846.

⁶⁵ El Arauco. N° 863. Abril 7 de 1895. Pp. 2.

del excesivo bandolerismo en los campos, se establecen comisiones en las subdelegaciones para aumentar el personal de la policía rural. En Llico, ésta es compuesta por el subdelegado Manuel Gaete, y los vecinos Ernesto Andreas, Santiago Gaete, Miguel Ríos, Nicolás Rojas, Agustín Peña y Primitivo Rocha.

Con el tiempo, las donaciones de los vecinos de esta subdelegación son las más generosas del departamento y se publican frecuentemente en el periódico local. Como consecuencia, en junio de este año, llega a la ciudad de Arauco un piquete de granaderos a caballo compuesto por siete soldados y un cabo, que el señor intendente de la provincia, a instancias del gobernador Soissa, ha mandado destacar en este lugar para combatir los saqueos.

En 1895, el gobernador Gaspar Fernández estima indispensable la creación de una nueva oficina de registro civil con asiento en Llico, con el fin de “facilitar las inscripciones que en muchas parte no acuden a las oficinas en ejercicio, sobre todo el invierno que mas les aleja de cumplir estas obligaciones por las pésimas vías de comunicación que tienen”⁶⁶.

A raíz de esta demanda, los vecinos de Llico nuevamente se organizan para hacer sentir su opinión a las autoridades respectivas. En carta dirigida a la gobernación, señalan que – atendiendo al comercio, el mal estado de los caminos y la importancia adquirida por esta localidad- “se ha hecho indispensable establecer en este puerto una Oficina del Rejistro Civil para atender a los diversos centros de poblacion situados a sus inmediaciones”⁶⁷.

En beneficio de estas solicitudes, se crea en 1898 la oficina de registro civil de Llico correspondiente a la 3ª circunscripción del departamento (las otras dos estaban en Arauco y Villa Carampangue)⁶⁸. En su primer año de funcionamiento, notifica 130 nacimientos, 27 muertos y 56 matrimonios⁶⁹.

⁶⁶ El Arauco. N° 862. Marzo 31 de 1895. Pp. 1.

⁶⁷ El Arauco. N° 865. Abril 22 de 1895. Pp. 2.

⁶⁸ Ibacache. *Ibidem*. Pp. 116.

⁶⁹ El Arauco. N° 1070. Julio 16 de 1899. Pp. 3.

En la última década, la división administrativa del departamento también sufre modificaciones. Debido a su expansión, Villa Carampangue se transforma en comuna al igual que Arauco⁷⁰. Llico, al agregarse nuevas subdelegaciones, pasa de la 7ª a la 9ª, albergando cuatro distritos, entre los cuales se encuentra Tubul⁷¹.

En 1899, un habitante de Rumena envía correspondencia a “El Arauco” detallando la geografía y el estilo de vida de los 160 habitantes que poblaban la caleta Llico. En ella, señala que a excepción de pocos hacendados que viven entregados a las labores agrícolas, la aldea era esencialmente una población de pescadores. Estos hacen su negocio en Lota, que es donde realizan la venta de sus artículos, los que posteriormente son conducidos al mercado de Concepción:

“La plaza suele verse en algunas partes cubierta de caviar, este delicado i nutritivo alimento, sin que haya quien lo recoja o haga caso de él, excepto los perros i los cerdos que pululan a toda hora (...) Estrecha la poblacion por el lado izquierdo los empinados cerros de Trauco cortados casi a pico a orillas del mar, no dejando en las bajas mareas sino una angosta playa, sembrada de peñascos por donde apenas puede traficar la jente de a pié. Esta playa, para el que la visita por primera vez, presenta mucho que sorprende i agrada a la vista. Grutas naturales, trabajadas por el esfuerzo constante i paulatino de las olas del mar, se encuentran de trecho en trecho como si fueran viviendas recién abandonadas por sus moradores.

Sobre el suelo arenoso hai en reducidas estensiones un piso de piedra lisa, perfectamente plana, que semeja pavimento de mosaíco. La rompiente se estrella espumosa sobre la dura roca, abierta en grietas parecidas a canales, por donde se desliza presuroso el flujo i reflujo de las aguas. El mar es tranquilo i está resguardado del sur, que es el viento reinante, por una ancha i elevada cadena de cerros. Unas cuantas embarcaciones de

⁷⁰ La comuna de Arauco se componía de las subdelegaciones 1ª, 2ª, 7ª, 8ª, 9ª, 10ª, 11ª; mientras que la comuna de Villa Carampangue contenía la 3ª, 4ª, 5ª y 12ª.

⁷¹ La 9ª subdelegación limitaba al Norte y O. con el mar; al Sur con el cordón de la cordillera que nace del puente Caripilún y concluye en el mar; y al Este, el río Raquí hasta el vado de las Piedras y la cordillera que va de Este a Oeste. El Arauco. N° 913. Marzo 22 de 1896. Pp. 2.

menor calado, en su mayor parte botes, se ven ancladas o amarradas a la orilla o surcan ufanamente por la mansa i apacible bahía”⁷².

La mayor parte de las casas carecen de veredas y su calle principal es la que corre de la playa, compuesta por un suelo arenoso y pesado para el tráfico. Además, el muelle de embarque, que se había construido inicialmente para la exportación del mineral, servía para comercializar otros productos que fomentaban más plazas de trabajo para sus habitantes. Así, en Llico, “los barcos podían abastecerse de carne de excelente calidad, papas, peces y mariscos en abundancia”⁷³.

La aldea vivía una época de bonanza en lo económico y social. Pero, lastimosamente, esta riqueza se estancaría en el epílogo del siglo XIX. Casi la mayoría de los establecimientos carboníferos ubicados en la zona cesan sus labores, principalmente, porque ya no era rentable explotarlos. La inversión se detiene y con ello, el desarrollo y la prosperidad económica se desaceleran.

En la última década de este siglo, “los habitantes del departamento empleados en las labores agrícolas superaban en número a los trabajadores del sector minero”⁷⁴. Los puertos, como en el caso de Llico, también sucumben ante el cierre definitivo de las minas. Pero éstos, a diferencia de los campamentos mineros, dejan en el lugar semillas de poblamiento.

El aislamiento respecto al resto de los pueblos del departamento relegaría a la aldea de Llico a la categoría de caserío o fundo. Sin embargo, la agricultura, el comercio y la cada vez más floreciente pesca artesanal, mantendrían ocupados a los casi 200 llicanos que, fieles testigos de una etapa llena de gloria, comenzarían a forjarse cada vez con más fuerza como caleta.

⁷² El Arauco. N° 1048. Febrero 12 de 1899. Pp. 2-3.

⁷³ *Anuario Hidrográfico de Chile*. Pp. 293.

⁷⁴ Ibacache. *Ibidem*. Pp. 93.

IV.

La pluma y el tintero

Con el fervor generado por la industria carbonífera, la localidad de Llico gana notoriedad entre los pueblos del Departamento de Arauco. Sus fértiles terrenos, óptimos para la minería y la agricultura, generan expectación y entusiasmo no sólo entre inversionistas y trabajadores del rubro minero, sino también en las autoridades del departamento que comienzan a proyectar iniciativas para asegurar el progreso de Llico.

Una de las principales carencias de la zona de Arauco, en el último cuarto del siglo XIX, era la cantidad de escuelas públicas en funcionamiento. En 1878, con una población de 18 mil habitantes, el departamento contabilizaba sólo tres: la N°1 de Niñas, la N°1 de Hombres y la N°2 Alternada. En el sector privado, en tanto, existían también tres escuelas: el Colegio Araucano, una en la 2ª Subdelegación de Carampangue y otra alternada en Maquehua⁷⁵.

Advirtiendo que la proporción entre la población existente y el número de establecimientos de instrucción primaria no era satisfactoria, el semanario “El Arauco” - autodescrito como “el ácre aguijón en la inercia”- inicia una áspera campaña con el fin de emplazar a las autoridades locales. Así, en la década siguiente, numerosas editoriales describen con detalle la desprotección educacional del departamento, exigiendo tanto al visitador provincial de escuelas como al gobernador de turno que tomen cartas en el asunto.

En 1886, bajo la administración del gobernador Ricardo Gormas la presión del periódico se intensifica. A juicio del diario, en el sector urbano concurren a las aulas menos de la mitad de los niños en edad de recibir instrucción, no por voluntad de los padres sino porque los preceptores se hallan en la obligación de rechazarlos a causa de que los salones no dan abasto. La situación es precaria y por primera vez se involucra a las poblaciones rurales – entre ellas Llico- en dichas solicitudes:

⁷⁵ El Arauco. N° 20. Octubre 20 de 1878. Pp. 3.

“Desde luego, a nuestro juicio, deben pedirse dos escuelas mas de ámbos sexos para Arauco, si es que no se llevara a efecto la modelo, i una mista para Laraquete, Maquehua, Colico i Llico; lugares todos importantes i de numerosa poblacion i que en breve adquirirán mas desarrollo i movimiento con la afluencia de jente que naturalmente les traerán la construccion del ferrocarril de Curanilahue a Concepcion, cuyos trabajos están ya iniciados, i el laboreo de las mismas minas de carbon...”⁷⁶.

En febrero de 1889 visita el departamento el diputado Ismael Pérez Montt y la oportunidad de exponer estas demandas no se desaprovechan. El semanario vuelve a acusar la insuficiencia de escuelas públicas recalcando que en Llico, Maquehua y San José de Colico no existen, “a pesar de ser centros de poblacion importantes i cada uno de los cuales puede contar con ochenta o mas alumnos. Esos niños deben ser educados i tienen derecho a serlo”⁷⁷, concluye con vehemencia.

Dos meses más tarde este empeño logra sus frutos. Se informa que las importantes poblaciones descritas anteriormente tendrán escuelas mixtas, para lo cual el gobernador Federico Quilodrán ha hecho buscar locales donde establecerse y ha puesto en conocimiento del gobierno que ya los hay. Fundamental en este logro ha sido la intermediación del diputado Pérez Montt y en el semanario lo saben perfectamente:

“¡Lo que vale que los representantes en el Congreso conozcan personalmente las necesidades de los pueblos que lo elijen! Nos anticipamos en dar esta importante noticia a aquellas localidades, felicitándolas al mismo tiempo”⁷⁸.

Nace oficialmente, por decreto del 6 de septiembre de 1889, la primera escuela pública de instrucción primaria en la aldea de Llico. Su puesta en marcha, sin embargo, no se concretaría hasta el año siguiente, porque pese a contar con los servicios de una preceptora hubo dificultades para encontrar una propiedad medianamente adecuada para tal objeto.

⁷⁶ El Arauco. N° 434. Noviembre 21 de 1886. Pp. 2.

⁷⁷ El Arauco. N° 548. Febrero 17 de 1889. Pp. 3.

⁷⁸ El Arauco. N° 557. Abril 21 de 1889. Pp. 2.

Para asegurar la instalación de las nuevas escuelas, el Supremo Gobierno presidido por José Manuel Balmaceda concede la suma de novecientos pesos de la época, con cuya cantidad el gobernador Rodríguez piensa adquirir el correspondiente mobiliario “de lo mas completo i moderno que se pueda”⁷⁹. De esta forma, y con la adquisición de un local arrendado a particulares, comienza sus clases la escuela mixta N°5 de Llico.

En 1891, la escuela es regentada por la preceptora Teófila Millán y cuenta con 33 escolares (18 niños y 15 niñas) repartidos en tres secciones de preparatoria. En los exámenes finales de aquel año se rinden pruebas en los ramos de Lectura, Caligrafía, Aritmética, Catecismo, Gramática Castellana, Historia de Chile, Historia Sagrada y Labores de Mano, siendo los alumnos más distinguidos Carolina Rojas (primer lugar en Caligrafía 1ª sección y Labores de Mano) y Gregorio Iglesias (líder en Caligrafía 3ª sección y Aritmética)⁸⁰.

Por ese entonces, las ocho escuelas elementales del departamento carecen de locales propios, pues los que ocupan pertenecen a privados a los cuales paga el fisco, por cada uno, 240 pesos de canon anual⁸¹. En 1899, la escuela mixta de Llico tiene una asistencia que no baja de los 40 alumnos, pero las dependencias de las escuelas siguen siendo un grave problema, tal como lo expresa el gobernador Domingo Orrego en su memoria anual.

“Encarezco a US. –Sr. Intendente- pedir al Supremo Gobierno la autorizacion correspondiente para que el infrascrito pueda proceder a pedir propuestas para la construccion de un nuevo salon en cada escuela, atendiendo a las dificultades que se presentan (...) A pesar de haber alumnos perfectamente preparados, no pueden pasar el año inmediatamente superior, porque no hai salon donde celebren las clases”⁸².

El asunto de los recintos estudiantiles sería un obstáculo constante durante el siglo XX. Así, en las primeras décadas de esa centuria tanto las casas de Honorato Mendoza y

⁷⁹ El Arauco. N° 608. Abril 29 de 1890. Pp. 2.

⁸⁰ El Arauco. N° 695. Enero 3 de 1892. Pp. 2.

⁸¹ El Arauco. N° 759. Marzo 23 de 1893. Pp. 3.

⁸² El Arauco. N° 1070. Julio 16 de 1899. Pp. 2.

Daniel Valdebenito como la de la familia Cisterna darían cobijo a los alumnos que contrariados debían trasladarse de pieza en pieza.

En 1924, Luis Risopatron señala en una semblanza de Llico que este lugarejo era “de corto caserío, cuenta con registro civil y escuelas públicas”⁸³, por lo que ya a esa altura la escuela N°5 de Llico estaba subdividida en una escuela de niños y una de niñas. Rosa Mendoza, quien allí se educó, describe sus instalaciones en la época en que se educó.

“Había una escuela donde actualmente vive don José Cisterna (80 metros del muelle aproximadamente), esa era la de mujeres, una escuela muy vieja. Y de la cocinería para arriba, había otra de hombres. La de mujeres era grande, pero vieja, se caían hasta las puertas. Y la de hombres era chica. Yo ahí me eduqué. Estuve hasta 3° de preparatoria y luego mis padres me sacaron para trabajar”, sostiene.

En esas antiguas escuelas, recordadas fueron las clases de las profesoras Estrada y Sarita Iglesias, y en la de hombres la labor de los profesores Froilán Carvallo, Juan Osorio, Félix Duprat y Ricardo Sepúlveda. Lamentablemente, ambos establecimientos se vinieron abajo con el terremoto y posterior maremoto de 1960.

El 9 de mayo de 1963, el terrateniente Filidor Gaete dona 2.500 hectáreas del fundo Llico a la Universidad de Concepción, con la convicción de que aquellos terrenos fueran destinados a la construcción de una Escuela Granja para los habitantes de la caleta. En 1968, esta idea se concreta ya que la casa de estudios entrega en comodato al Ministerio de Educación 5 hectáreas para su edificación, con capacidad para 100 alumnos aproximadamente.

En 1995, la escuela es devastada por un voraz incendio. Un par de años más tarde, se reconstruye en el mismo sitio una escuela con internado, la que desde el año 2001 pasa a ser Liceo Pesquero con el nombre de Filidor Gaete Monsalve.

⁸³ Risopatron, Luis. *Diccionario Jeográfico de Chile*. Pp. 492.

Por otra parte, al despuntar el siglo XX y a pocos kilómetros de distancia, cruzando montes sinuosos y frondosos bosques, las pocas familias que habitaban Tubul como podían se las arreglaban para educar a los niños del caserío. Sin el patrimonio hornaguero ni la atención departamental que disfrutaba Llico, los lugareños vivían su propio aislamiento sembrando las tierras y echando la red en las frías aguas de la ensenada.

Por entonces, había cinco familias reconocidas en Tubul, la mayoría con lazos de parentesco. “Cuando mi papá llegó –cuenta Juana Benítez- habían pocas casitas, pocas familias. Estaban las casas de Gilberto Sáez, Humberto Sáez, Primitivo Medina, la familia Fuentes y los Alarcón. Antes las casas eran de ‘bude’, una paja que sale, y el que tenía casa de teja era el ‘Don’”, recuerda esta tubulana de 82 años.

Distantes a 18 kilómetros de Arauco y con un trayecto que involucraba cruzar ríos en balsas, estas personas veían como a sus hijos se les limitaba la posibilidad de acceder a la educación. Allá por el año 1923, Primitivo Medina, quien realizaba labores de balsero y ocupaba el cargo de alcalde de mar en la caleta, se anima a promocionarles a sus hijos la preparación primaria logrando contratar por sus propios medios los servicios de Ismael Barraza, profesor de Arauco. Para alojarlo durante la semana habilita una casa que él poseía en el villorio y que en algunas ocasiones utilizaba para recibir y atender a los rotarios de Arauco.

De esta forma, los primeros compañeros de su hijo de siete años, José Primitivo Medina, fueron su hermana María del Tránsito, su primo hermano Felidor Fuentes y Ninfa Urra, futura esposa de José⁸⁴. Aunque debido a la sacrificada labor los profesores fueron dimitiendo en el cargo, siempre hubo uno dispuesto a continuar las clases. Así, después de Barraza, se sucedieron las maestras Elvira Alvial y Lila Galloso y el profesor particular Segundo Díaz, quien fuera el último en ejercer este tipo de educación financiada por apoderados.

⁸⁴ Museo Histórico de Arauco. *Revista de Historia*. N° 2. Pp. 47.

Ya en el año 1952 el panorama educacional de la caleta Tubul mejoraría. La profesora María González Arévalo, motivada por la experiencia de una colega que trabajaba en un fundo en la localidad de Quiapo, tramita la facilitación de un recinto en un terreno de Tubul propiedad de la señora Juanita del Río Velozo para iniciar así el sueño de la primera escuela particular subvencionada.

En medio de un campo triguero, la docente consigue un bodegón que reunía todas las condiciones para habilitar una sala de clases: espacioso, piso casi parejo y paredes sin ranuras debido a que ahí tiraban el trigo a granel. La señora María invierte en mobiliarios y se pone en contacto con la directora departamental de educación, Edelmira Vergara, la que sugiere realizar un censo de población escolar en la caleta.

Acompañada de Juanita del Río, la maestra González recorre a caballo las veinte o treinta casas existentes encontrando alrededor de cuarenta alumnos en edad escolar. Una vez realizado el censo la profesora adjunta la documentación requerida a la señora Vergara con el fin de tramitar el reconocimiento de la escuela y obtener así la primera subvención de carácter anual.

La población local toma con mucho agrado la llegada de su primera escuela formal. De este modo, en marzo de 1952, comienza “el primer curso de primera preparatoria, con treinta de ellos, alumnos cuyas edades fluctuaban entre los seis a los dieciséis años de edad (...) Al año subsiguiente, comienza a funcionar el segundo curso, llegando en los años siguientes a cuarto año de preparatoria, formando cursos combinados”⁸⁵.

A fines de 1957, la profesora María González obtiene un nombramiento en la ciudad de Curanilahue, por lo que la escuela de Tubul nuevamente queda a la deriva. Sin establecimiento ni profesor, la escuela particular subvencionada pasa por un pequeño estancamiento. La jefa educacional Edelmira Vergara, después de entrevistarse con varios docentes, decide que el novel profesor normalista Orosman Navarrete se haga cargo de la

⁸⁵ Museo Histórico de Arauco. *Revista de Historia*. N° 2. Pp. 48.

nueva escuela de Tubul, la que pasaba a ser de particular a pública. La única condición era que debía conseguirse un lugar donde establecerla.

Después de una serie de gestiones, al señor Navarrete le confían un local cedido por una mujer tubulana que no era más que una pieza donde guardaban la pescada seca durante el verano. El lugar era grande y cabían perfectamente quince o veinte alumnos. Para conseguir el mobiliario, era otro problema. Trajeron algunos enseres de la desaparecida escuela de Los Ñancos y el resto corría en gran parte por cuenta propia. Así lo recuerda Orosman:

“Antes el mobiliario era el banco y el asiento juntos, todo unido, para dos alumnos. Había dos agujeritos en el escritorio y ahí se colocaba el tintero. El lapicero se encajaba en la pluma y así se escribía. Hasta con pluma de jote escribíamos. Los materiales los conseguíamos por nuestra cuenta y a veces nos mandaban del departamento resmas de papel que eran de color café y cartulinas. La pizarra era de madera, bien ensamblada y trabajaba con tiza”.

Cuando comenzaron las clases, en 1958, el profesor Navarrete era director, profesor y hasta auxiliar de la pequeña escuelita N° 19 de Tubul. Prácticamente las hacía todas. Trabajaba con cursos combinados: tercero y cuarto por la mañana; y primero y segundo por la tarde. En total tres horas diarias por segmento. Un día se impartía matemáticas, al otro castellano, al siguiente ciencias naturales y así hasta completar todas las asignaturas exigidas menos idiomas.

“Cuando terminamos con el cuarto año en 1958 -cuenta el profesor- llegó marzo y comenzaron las matrículas de nuevo. Fueron todos promovidos y los alumnos y apoderados me pidieron que siguiera haciendo 5to año. Y acepté. Hasta que terminé trabajando con seis cursos porque al año siguiente pasó lo mismo. Así que desde el año 60' la escuela de Tubul ya tenía hasta sexto básico”, recuerda lo que para entonces era un gran avance en la educación rural. Generalmente, en las zonas más alejadas, se llegaba sólo hasta cuarto de preparatoria, teniendo los niños que trasladarse a los pueblos –en especial a Arauco- para proseguir sus estudios.

Pese a los avances en educación, tener un lugar donde establecerse siempre fue un problema. Las clases se hacían gracias a los favores de los lugareños, quienes cedían por un tiempo alguna pieza desocupada o una bodega con el fin de que sus niños no quedaran sin enseñanza. Era, sencillamente, una instrucción itinerante. Rústica y con muchas precariedades.

Orosman Navarrete recuerda al menos cuatro habitaciones donde tuvo que enseñar durante los once años que estuvo ejerciendo en la caleta. Una de ellas fue su sala y también dormitorio ya que años antes allí pagaba pensión. Otra sala era tan pequeña que tenía que desplazarse de costado entre el pizarrón y los pupitres para no molestar a los alumnos. El sacrificio y la vocación eran, sin dudas, pilares de este tipo de educación campestre.

A mediados de la década del sesenta el señor Navarrete deja de trabajar solo en la escuela de Tubul. Llega primero la profesora Ana Nuñez y luego Víctor Marín, con quienes se reparte los seis cursos existentes. Junto con ello, en 1967, entre quince y veinte estudiantes de la Universidad de Concepción construyen la llamada Escuela Vieja de Tubul, una instalación prefabricada que constaba de dos salas de clases. Al fin, después de tantos años de traslados, educadores y alumnos tenían un sitio permanente donde interactuar.

Posteriormente, la escuela prefabricada daría paso a la Escuela G-745 Brisas del Mar de Tubul, un establecimiento más remozado y con mayor capacidad. Orosman Navarrete, sin embargo, no viviría esos años de esplendor educacional y pesquero en la caleta. Cuando en 1969 deja la escuela para desempeñarse en Arauco, Tubul tenía una matrícula de 87 alumnos. Hoy, sobrepasa los 300.

Actualmente, ya jubilado y sentado en su sofá, recuerda aquella valiosa experiencia como profesor. Esos años de esfuerzo y dedicación donde debía viajar a caballo para movilizarse entre Arauco y Tubul con el propósito de depositar la imponderable semilla del saber y del bien. Disfruta y recuerda nítidamente esas verdaderas travesías cruzando el río Raqui sobre balsas rectangulares, cargadas de carretas y campesinos con dos remeros a los

costados que hacían palanca con enormes palos de eucaliptus. Él, en tanto, sobre su caballo y equilibrándose a tientas, saboreaba el goce de un nuevo amanecer ejerciendo la bella misión de educar.

V.

Oficio de balseiro

El incremento poblacional y el desarrollo económico propiciado por las actividades carboníferas atrajo a muchos extranjeros que se acercaron al Departamento de Arauco para hacer fortuna, incorporando nuevas formas de trabajo que dinamizaron el comercio y el emprendimiento en la zona. En esta camada de inmigrantes sobresalieron los viajeros de ascendencia francesa, entre los que figuraban Carlos Fargeot, Juan Bautista Ortau, Antonio Lamarins, Joaquín Garayar y Martín Pucheu, entre otros.

Uno de ellos, el señor Armando Fouqué, arriba a nuestras tierras en 1908 y tiene una destacada participación ya que se adjudica una concesión para renovar los bancos de choros en Tubul. Conjuntamente, implementa allí un secadero para sus productos procedentes de Talcahuano y San Vicente, lugares donde anteriormente se dedicaba a la explotación del bacalao⁸⁶.

El galo adquiere gran reputación en el departamento haciéndose de terrenos y fundos con una gran cantidad de inquilinos a su cargo. Uno de ellos era el por entonces imberbe tubulano Alejandro Carrillo, quien a temprana edad se puso a disposición del patrón debido a la condición de pobreza de su familia. “Yo no supe lo que era travesear cuando chico –relata don ‘Cano’-. No había lugar. Yo tenía un patrón que era ‘gringo francés’, el que me crió con harta dureza pero se lo agradezco. Me tenía dos caballos ensillados e iba para Arauco. Me enseñó donde ir a comprar el pan francés, el correo y yo pese a que era chico no me olvidaba”, recuerda a sus 97 años.

Pero ir a hacer trámites a Arauco no era una vía despejada como hoy día. Antiguamente, los lugareños debían cruzar en balsa el río Tubul para luego iniciar un viaje por el borde de la playa hasta llegar a la ciudad. A veces eran horas, si se viajaba en carreta, y alrededor de cuarenta minutos galopando a caballo. Esto si la marea estaba baja, porque de lo

⁸⁶ Torres Aillón, Luis. *Arauco es historia*. Pp. 228.

contrario, había que esperar. De puentes y rutas pavimentadas por los cerros, como los que existen hoy, no se sabría hasta bien entrado el siglo.

Los ríos Tubul y Raqui eran balseaderos pagados por vialidad y en uno de ellos Alejandro Carrillo trabajaba desde pequeño como mozo de balsero, es decir, desanclando las enormes 'lanchas planas' que transportaban pasajeros y encomiendas. Allí, observando y recibiendo los consejos de los mayores, asimilaría el oficio que tantas satisfacciones y dolores le provocaría.

En los años 40 y después de haber trabajado aproximadamente dieciséis años en las balsas del fundo Raqui, don 'Cano' ingresa a laborar como balsero del fisco en el río Tubul. "El gobernador nos conocía mucho a nosotros. Una vez se salieron dos balseros por un percance que tuvieron. Y dijo que yo era el hombre para la pega del fisco. Tenía la mala nota de un 'rico' nomás cuando era balsero en Raqui y eso me perjudicaba. El trabajo era interesante y había hartos postulantes. Y quedé yo", señala.

Así entró para desempeñarse en esas viejas balsas de madera con reducidos bordes que tenían capacidad para embarcar dos yuntas de bueyes y dos carretas a media carga. Un par de remeros, palanqueando con gruesas varas de siete metros de eucaliptus, recorrían una distancia de 200 metros desde el chorrillo del río, ida y vuelta todos los días a partir de las siete de la mañana.

La pega era extenuante y, por lo mismo, los trabajadores lograron acortar la jornada laboral de doce a diez horas. Durante el trajín de la faena numerosas anécdotas se sucedían, tal como recuerda Carrillo. "Había muchos reclamos. A mí una vez me interrogaron por un problema con un 'rico'. Había cuatro hombres pobres que habían llegado antes pero me dijo que los dejara nomás y que lo pasara a él primero. Yo le dije 'jefe, si hay cuatro hombres pobres que llegaron antes que usted pasan ellos. Vaya y denuncie lo que quiera. Yo veo. Y los hombres que trabajan conmigo también ven quién llegó primero'. Ahí me dejaron de jefe encargado de las dos balsas propiedad del fisco", acota con orgullo.

Sin saber leer, Alejandro Carrillo tenía nueve hombres bajo su mando. En esos años de la década del 50, y en especial los fines de semana, Tubul era muy visitado por personas del interior y de los campos que acudían a degustar mariscos al sector denominado 'El pozón'. En medio de los roqueríos los aldeanos buceaban y sacaban choritos y cholgas para venderles a sus clientes.

Capitaneando a los remeros, don 'Cano' tenía que trasladar a muchos de esos forasteros, entre ellos a terratenientes que con prepotencia los 'mandoneaban'. "Ahí llegaba *Pedro, Juan y Diego*. Uno trataba con todo tipo de gente. En las balsas pasaban 'ricos', curados, sanos y buenos, qué no nos decían. Había que tolerar todo para no ser mal nombrado. Un hermano mío estuvo una semana de balsero. Agarró a un gallo de 100 kilos y lo tiró al agua porque no aguantaba. Pasábamos gente todo el día. De Llico, de Rumena, de Tropen, de Yani, de todas partes", puntualiza.

Una de esas personas era el inquilino Juan de la Cruz Martínez, quien vivía por los campos a un par de kilómetros de Llico y recurrentemente se topaba con don 'Cano' cuando debía ir a Arauco a realizar diligencias. Trabajaba desde los 12 años para Filidor Gaete, dueño de los fundos Llico, Tropen y La Cal, invertidos principalmente en agricultura, ganadería y sector forestal. Así como él, alrededor de sesenta campesinos más mantenían los terrenos sembrando y criando ganado y, de vez en cuando, Juan debía ir a Arauco a moler trigo para hacer pan, comprar mercadería o vender cuero de animal.

Para llegar a Tubul tenía que ser con marea baja porque si no era imposible. El mar llegaba y azotaba y, mientras tanto, los viajeros aguardaban en las rocas algún 'descansito' para pasar a la siguiente piedra y así llegar a destino. Filidor Gaete, 'el rico' como le llamaban los lugareños, tenía accesos a mejores caminos por el interior pero no dejaba pasar a cualquiera. Cuando llegaban los intrusos cuadraba inquilinos a caballo en sus trancas para atajar a la gente.

En los días que Juan de la Cruz bajaba de las montañas para ir a Arauco prefería hacerlo muy temprano, cerca de las 2 de la mañana para no toparse con Filidor. El motivo era que el latifundista se levantaba de madrugada a hacer sus ejercicios matutinos en la orilla de la

playa y cuando divisaba movimiento se podía quedar conversando largas horas retrasando los trámites de sus inquilinos.

“Él era un caballero corpulento, con barba, medio agringado. Si usted lo veía qué iba a creer que era una persona rica. Andaba peor que uno. Con unas ojotitas de chalas, con trajes de mezclillas. Salía a correr tempranito por la playa cerca del cementerio. Ya a las 4 de la mañana venía de vuelta. A oscuras. Él cuando lo veía a uno lo hacía demorar harto. Así que yo me venía temprano para que él no me mandara. Si cuando andaba con la idea no se le podía llevar la contra. Pero cuando andaba con la buena uno se aburría conversando”, recuerda.

Por aquellos años de la década del 50, todavía siendo adolescente, viajaba solo y tenía que enfrentarse a un mar en ocasiones muy peligroso. Iba prácticamente con lo puesto hasta en los días de lluvia y temporal, provisto únicamente con un sombrero, mantita de hilo, pantalón de mezclilla y descalzo. Las piernas casi ni las sentía cuando cabalgaba entre diluvios. Al llegar a Tubul cruzaba en balsa y salía al sector de Las Peñas, desde donde iniciaba rumbo a la ciudad de Arauco.

“Llegaba a las balsas cerca de las 8 y era largo para allá. Cualquier cosa que faltaba mi papá me mandaba e iba temprano para volver en el día. Estaría una hora o dos horas en Arauco y regresaba. Salía oscuro y llegaba oscuro. Iba a calle Prat a unas bodegas de un caballero Sáez, ahí me mandaban siempre con un papel. A comprar azúcar y demás cosas”, detalla.

Ante la necesidad de insumos los llicanos se veían obligados a desplazarse al pueblo, específicamente a las casas comerciales de Juan Sáez, Mario Baldi, Luis Yuri, los Gazale, entre otros. En la aldea eran muy pocos los almacenes que existían y éstos se dedicaban en su mayoría a vender géneros, jarros de loza, lavatorios, etc. Había un retén de carabineros -con tres o cuatro efectivos-, un registro civil, dos escuelas públicas, un correo y una planta de secado de pescado.

La oficina de correos de Chile se había implementado en los años 40 y estaba ubicada en el sector playa junto al retén y el registro civil. Sus oficinas, construidas de madera, se encontraban en la casa de la profesora Margarita Cisterna de Osorio, quien fuera en esos años una de las funcionarias de este servicio. Junto con ella trabajaba el valijero Gregorio Iglesias, quien vivía en el sector denominado 'El Cuco', cerca de Santa Clara, y dos veces a la semana trasladaba correspondencia y encomiendas a caballo desde Llico a Arauco, y viceversa.

“El día martes nos juntábamos todos a esperar el correo. Había un tipo que iba a caballo (don Gregorio) que era la persona de más buena voluntad que he conocido en mi vida. El día anterior él iba a Arauco para traer la correspondencia. Y mucha gente le encargaba sacos de harina, bolsas de azúcar, aceite, le pasaban encargos, paquetes, zapatos para arreglar. Y el tipo recibía todo y lo ponía en unos caballitos chicos que tenía. Se iba cargadito y de vuelta era lo mismo. Un hombre de voluntad de oro”, recuerda Mario Pucheu, quien acababa de arribar a Llico con fines comerciales.

En 1948 y enviado por su padre desde Arauco para afinar detalles de la construcción de la planta de bacalao, Mario llega por primera vez a este caserío. Después de subir casi costaleándose a caballo el camino de tosca denominado 'La Triana', atraviesa unas cuantas rocas y se encuentra cara a cara con la soledad más grande que ha sentido en su vida.

“Llego a Llico, un domingo recuerdo, y en toda la esquina de la caleta había una tiendecita donde había tres o cuatro cabros. No había nadie más. Fue una soledad pero espantosa. Nunca he vuelto a sentir una soledad tan grande. Se me acerca uno de los *cabros* y me dice 'usted es don Mario Pucheu', 'Sí', le digo, 'mire yo soy el maestro que está construyendo la fábrica de bacalao de don *Lucho Contreras*', me contestó. No se me olvida jamás”, dice.

Por entonces en Llico no vivían más de doscientas personas. El callejón principal de la caleta estaba como a metro y medio bajo el nivel de construcción de las casas. En el

extremo de la playa había un montículo de arena que lo separaba del mar, pero cuando subía la marea el agua ingresaba por la calle formando verdaderos pozones.

Cerca de la costa, camino a Punta Lavapié, se empezó a construir la planta de secado de pescado de propiedad de los señores Luis Contreras y Martín Pucheu. Y a eso llegó Mario, a administrarla. Alrededor de la planta se ubicaba un riachuelo que aún permanece sobre el que construyeron un puente de cemento para cruzar y descargar el pescado. Para el abastecimiento de agua los maestros fabricaron unos estanques de cemento. Así recuerda las faenas Mario Pucheu:

“Teníamos arrendada una carreta a bueyes y trasladábamos el pescado. Era casi lo único que daba trabajo ahí. Las mujeres charqueaban el toyo y el pejegallo. Era un proceso bien simple pero bastante largo. Porque se charqueaba, se lavaba y se ponía en sal. Al día siguiente se dejaba estar y se corría en los estanques. Les ponían sal, una corrida de pejegallos, sal, otra corrida de pejegallos, de nuevo sal y hasta que se llegaba arriba. Por capas. Eso lo hacía casi siempre la mujer. Como no había electricidad se secaba al sol y al aire durante 30 días. Entonces había unas enormes corridas de paños y se vendían muy bien. Los ponían en cajones y enviaban a Santiago para comercializarlo. En esa parte entraba mi papá y don *Lucho* Contreras para mandar varias toneladas, a veces más de setenta”.

Por ese tiempo en Llico mucha gente vivía de la pesca pero también había otros que se valían exclusivamente de la tierra, cosechando papas, porotos, arvejas y trigo. “Teníamos tierra donde vivir y la trabajábamos bien –recuerda Rosa Mendoza-, pero nunca tuvieron plata para educarnos. A ninguna de las tres hermanas. Lo único que les importaba era que fuéramos macizas, forzudas. Andábamos con las estacas al hombro cercando. Ayudando a sembrar arvejas, cavando papas, cosechando porotos. En eso nos pasábamos. Trabajábamos como hombres y nos levantábamos tempranito. Había que sembrar de todo por ahí por diciembre para cosechar en abril”.

El negocio de la arveja, dada en excepcionales condiciones de calidad y rendimiento, era por entonces muy lucrativo. El proceso de cultivo era bastante rudimentario y comenzaba

en primavera con el rompimiento de la tierra realizado con una yunta de bueyes. Después de dejar secar se pasaba la rastra -que era un trozo de madera con clavos que rompe los terrones de tierra- y finalmente se sembraban las semillas, las que después de cuatro meses estaban listas para extraer de las chacras.

Para comercializar el producto llevaban grandes cantidades de sacos a Arauco en carretas y lanchas a motor. En la playa de dicha ciudad los esperaban los compradores, entre los que destacaba la familia Pelén -quienes tenían bodegas de arvejas- y la firma nacional Hermosilla, De Groote y Cía Ltda. que exportaba la legumbre a mercados externos.

“En Arauco era muy mala la playa porque las olas eran fuertes. Ahí llegábamos a vender. La chata no llegaba bien a tierra así que estábamos con el agua hasta arriba sacando los sacos de arvejas. Había que mojarse y plantarse al hombro los sacos nomás. Todos íbamos a eso. Y los Pelén los iban a buscar en camioneta a la playa”, recuerda Rosa aquellas duras jornadas.

La vida en Llico era con sacrificio y esfuerzo. Y no siempre bien recompensada, lo que se podía apreciar en las vestimentas y construcciones de la época. La pobreza, era un mal de casi todos los pueblerinos. La mayoría de los campesinos y pescadores andaban a ‘patita pelada’ y sus viviendas no eran más que pequeñas chocitas de totora, de paja o matorrales, con piso de tierra.

No había electricidad, por lo que vivían a vela, linternas y parafina. No llegaban diarios y muy pocos manejaban información gracias a sus radios a pilas. Tampoco tenían agua potable. Para conseguirla recorrían largos trechos entre las quebradas para recolectar baldes de agua dulce. A cien metros, por la playa en dirección al cerro, estaba ‘el agua de las niñas’, una vertiente donde las mujeres casi siempre después de almuerzo iban con sus jarras para abastecer a sus familias.

Sólo gracias a la gestión de Galvarino Jerez, quien fuera alcalde del municipio, regidor y líder de la comunidad de Llico, años más tarde se concretarían las obras de instalación de agua potable, abonadas por más de tres décadas de continuos petitorios. Una bella

excepción, ya que las carencias eran muchas y las soluciones no siempre llegaban con la prontitud esperada. Quizás si el anhelo más deseado por entonces era el mejoramiento de los caminos y la instalación de un puente sobre el río Tubul, el que acortaría enormemente las horas de viaje de cientos de habitantes de ambas localidades.

Ya en 1893 dos ingenieros de la dirección de Obras Públicas habían visitado Tubul levantando planos y presupuestos del puente que sobre el río de igual nombre se llevaría a cabo en breve⁸⁷. En 1942, y en una encendida crónica, el insigne ensayista araucano Luis Aguirre Mercado reclamaba la instauración de un puente carretero sobre el mencionado afluente, señalando que “el término vital (...) en ninguna ocasión podrá aplicarse con más propiedad que al puente de Tubul con respecto a la vasta y poblada región de Llico, que queda en mala estación, bloqueada prácticamente por los elementos y, por consiguiente, aislada del mundo”⁸⁸.

Sin viaductos, a los lugareños no les quedaba otra que pasar en balsas, esas en las que ‘Cano’ Carrillo vio de todo. Lo que pasó para el terremoto del 60’, por ejemplo, dice que no lo cuenta dos veces. Porque en la tarde de aquel sábado 21 de mayo, después de haber pasado una noche en los cerros producto del sismo, Eleodoro Ulloa, ‘Goyo’ Hernández, ‘Cano’ Carrillo y un muchacho llamado Óscar, iban arriba de una de las balsas que cruzaba el río Tubul, cuando los sorprendió un nuevo remezón que incluyó fuertes marejadas. “Nos arrastró en la balsa por los ríos para arriba. Nos llevó como quien larga un pájaro. Fue un milagro no haber muerto. Siendo que si yo largo la balsa de punta se clava de cabeza. Al final largué la balsa de costado y como el borde era alto se afirmó y dio vuelta y los que picaban la sacaron de ahí con los remos. Viera usted por la que pasamos”, cuenta el ex balsero.

Afortunadamente el mar no rebosó por los caminos. La tierra se partió y se formaron grandes hoyos en la arena de la playa. Las viviendas de totora y paja se ‘despelucaron’, pero no se destruyeron. Las personas vieron todo desde los cerros y alojaron una noche

⁸⁷ El Arauco. N° 786. Setiembre 24 de 1893. Pp. 2.

⁸⁸ Aguirre Mercado, Luis. *Datos para una historia de Arauco*. Pp. 26.

allí. En la mañana del domingo y cuando el mar ya se había normalizado, los tubulanos bajaron a habitar sus casas.

Estas vicisitudes a bordo de su 'lancha plana', sumado al constante ir y venir bogando con auténticos barrotes de eucaliptus, ya tenían con el cuerpo a maltraer a 'Cano' Carrillo. No estaba rindiendo con el vigor de los tiempos de juventud y los dolores en su columna y piernas le estaban pasando la cuenta. Una vez un señor de Temuco se presentó ante él para llevárselo a trabajar a unas barcazas de la zona y al ver su rutina diaria quedó impactado.

"Le mostré cual era mi trabajo y me dijo 'No, no. Amiguito querido. ¿Cómo puede hacer este salvajismo usted? Allá hay balseaderos pero son tirados por cables'. Acá era a puro pulso nomás. Era lo más salvaje. Más valía un buen perro que un hombre. Era dar y dar como unos animales. Yo parece que me destrabé ya. Los huesos de las piernas los tengo muy malos", cuenta abatido.

A sus 62 años, la hora del adiós ya se había presentado ante él. Un doctor le dio un año de licencia por exceso de trabajo y cuando Alejandro se asomaba en la ribera del río para ver a sus colegas en las 'lanchas planas' se le recogía todo el cuerpo. Había llegado el momento de retirarse. Y así fue. Por invalidez dejó el oficio que lo acompañó toda su abnegada vida y que le alcanzó para criar a una numerosa familia con trece hijos.

"Me salí porque no me la pude más. No me podía ni el hacha para cortar leña. Yo hubiera sido más pero no sabía leer. Si no, me hubiesen llevado para Arauco a trabajar. Porque yo tenía nueve hombres a mi cargo sin saber leer. Pero ahora me doy cuenta que el que no sabe leer no sabe nada. Me querían llevar de caminero a Colico, cerca de Curanilahue. ¡Para adónde no me querían llevar a cargo de gente! Pero para qué iba a cometer errores. No era capaz de hacer otra pega", señala con honestidad y muy emocionado.

Cuando llegó el *boom* del pelillo, hace treinta años, 'Cano' le pasaba el bote a sus hijos y le daba rabia verlos casi ahogándose y él sin siquiera poder cruzar la calle por el dolor de rodillas. Quería cooperar pero no podía. Desde su humilde casa no le quedaba otra que

escuchar los relatos de su familia y cercanos, esos que hablaban de una caleta renaciente gracias al auge del 'nuevo oro negro' de la zona: el pelillo.

VI.

De la mano del pelillo

Durante muchos años la explotación del mar se visualizaba como una actividad netamente extractiva, similar a la minería del carbón que tanto rédito generó en la zona. Las faenas de pesca, extracción de mariscos y algas se consideraban para los efectos de explotación como si los recursos marinos fueran no renovables: el mar, para los pescadores artesanales, era considerado un medio inagotable de productos alimenticios.

Así transcurrieron las décadas en Llico, sacando y sacando, como si la naturaleza ofertara sus productos sin rótulo de vencimiento. En los 50, la sierra, el toyo, el pejegallo, el piure el loco y el erizo eran las especies más abundantes. Las cerca de diez lanchas con motores de camión y auto, *Buick* y *Chrysler*, salían a la zona de Punta Lavapié para extraer cantidades descomunales de erizos del porte de la mano.

Cuando había mansedumbre, los buzos -que utilizaban pesados equipos *Hookah* o de buceo escafandra- podían volver en una buena jornada con 9 mil o 10 mil erizos, los que vaciaban en las rocas a orillas de la caleta y posteriormente comercializaban por cuotas en el puerto de San Vicente con el fin de que no cayera el precio del producto.

En el último trimestre del año comenzaba el ciclo de producción de la sierra que entraba al golfo de Arauco entre Llico y la isla Santa María. Al mando del primer bote con motor fuera de borda de la caleta, de siete metros de eslora y bautizado como "Alondra", Mario Pucheu se adentraba entre océano y cerro para capturar el preciado botín.

"Usted va a creer que estoy exagerando, pero en un rato sacábamos 300 o 400 sierras y las íbamos a vender a Lota. En Llico estaba de alcalde de mar Ramón Sanhueza, casi todos andaban a vela y pescaban con mallitas cortas de 8 o 3 paños. Nosotros sacábamos más porque el motor parece que les llamaba la atención a las sierras y llegaban cardúmenes. Llenábamos el bote. Andaban 40 o 50 botes de la 'Punta' pero sacábamos igual en gran

cantidad. Yo trabajaba con cuatro *cabros* jóvenes y lo hacíamos más como deporte, pero después nos empezó a gustar porque llegábamos de los primeros a vender y nos iba bien”, recuerda.

En Tubul, a principios de los 50 el fuerte era la merluza, la corvina, la sardina y en cuanto a mariscos la cholga, el chorito y el piure. Los cerca de treinta habitantes que poblaban la caleta tenían muy pocos materiales de pesca, pero viendo que el mar era benéfico con ellos no les quedaba otra que ingeniárselas para pescar.

José Eliano López era uno de esos pescadores. Había llegado a la edad de 14 años a Tubul cuando aún no tenía formalidad de caleta. Sus padres que lo criaron como hijo adoptivo se murieron y quedó solo, en malograda situación. Por lo mismo evitó emparejarse por un tiempo ya que no tenía los recursos para formar y mantener un hogar.

“Era difícil en esos años. Había personas de más edad que ya tenían sus materiales pero el resto no tenía nada. No había equipos de buceo y nosotros trabajábamos con redes de cáñamo y revoleadoras ‘al pinche’. Mariscos había hartos como cholgas y piures. También la sierra y corvina que salía una cuadra fuera de la ola. Había una abundancia de pescado”, recuerda quien fuera por catorce años alcalde de mar.

Habiendo pocos habitantes, los terrenos y las praderas eran limpios. La gente muchas veces tendía la pescada en el suelo, luego la colgaba en alambres y finalmente niños y mujeres la machacaban para guardarla en bodegas. Se contaban merluzas por miles, las que eran secadas durante la temporada de verano para luego comercializarlas y/o abastecerse durante el invierno.

“Las playas quedaban así tan altas de pescados, merluzas y sardinas –recuerda Alejandro Carrillo-. Era como hacer una murallita. Yo recuerdo en un tiempo haber sacado cerca de veinte mil pescadas con mi señora y unos niños que nos ayudaban, antes de ser balsero. La pescada era muy limpia y sana. Una vez me compraron de un viaje diez mil y tuve que ir a dejarlas a Lota en lancha. En Santa Juana y Lota compraban muy bien, a buen precio. Como a 30 pesos el ciento”.

La cholga también era muy abundante en Tubul y gracias a ello la caleta agarró fama de ‘pueblo cholguero’. En los bajos de Fraile, ‘bajo tierra’ que le llamaban los pescadores, había cholga para elegir. De seis a siete centímetros las más chicas y hasta de nueve las más grandes. También había diquives pero no se trabajaban comercialmente. Las mujeres iban con asadones cortitos al río y hacían hoyos para extraerlos.

Ya a fines de los 50, Armando Benítez era buzo de escafandra y le enseñaba a los jóvenes a bucear en la ‘piedra del lobo’. Se iban en bote y practicaban con equipos de buceo que le conseguían a una familia Ceballos de Laraquete. La escasez de materiales era preocupante porque ni siquiera tenían equipos de hombre rana.

Por esta época, las relaciones intrafamiliares estaban marcadas por el profundo sentido individualista del pescador, no existiendo interés por fomentar la convivencia extrafamiliar y menos constituir organizaciones que contribuyeran al bienestar común. Años más tarde, sin embargo, este hábito sufriría importantes cambios debido a estímulos que promovieron la organización y la renovación tecnológica de los pescadores artesanales de Tubul.

Uno de ellos fue el descubrimiento de *Gracilaria chilensis* o pelillo en las riberas del río Tubul. Ya en 1962 las praderas de esta alga cubrían homogénea y densamente un sector de 3-4 kilómetros en el área próxima a la desembocadura del río con posible extensión hacia el interior, en sectores menos densos⁸⁹.

La extracción del recurso aún no comenzaba, pero cuando los pescadores supieron que el pelillo era empleado para la producción de agar-agar –sustancia gelatinosa de uso alimenticio, farmacéutico y textil-, comenzaron a buscar las formas de organizarse para explotar en forma comunitaria las praderas silvestres disponibles.

Para su fortuna, precisamente en esos años y como consecuencia de los sismos de 1960 que afectaron a alrededor de cuatro mil familias de pescadores, se dio un impulso significativo al cooperativismo pesquero, ya que el gobierno determinó que sólo a través

⁸⁹ Universidad de Concepción. *Revista Gayana*. Vol. 45. Pp. 124.

de las cooperativas se centralizaría la ayuda a los pescadores. Producto de esta política se crea PESCOOP, Sociedad Auxiliar de Cooperativas Pesqueras Ltda., con aportes del 50% de CORFO e INDAP, respectivamente⁹⁰.

A raíz de este espíritu organizativo se forma durante el gobierno de Eduardo Frei Montalba la primera cooperativa de pescadores artesanales con personalidad jurídica en Tubul. Su forma de financiamiento se expresa en el siguiente párrafo:

“Hacer efectivo el mencionado plan de ayuda por medio de donaciones en elementos de pesca a cooperativas pesqueras que se decidió constituir al efecto, con miras a que ellas vendan a los cooperados damnificados dichos elementos y en forma tal que las sumas pagadas pasen a formar parte del capital de las cooperativas”⁹¹.

Pese a que en un comienzo la institución tiene un limitado impacto social y económico, progresivamente se van sumando nuevos socios y ya en 1967 la cooperativa Tubul contaba con 81 inscritos⁹². El organismo pesquero se conforma por un consejo de administración y una junta de vigilancia, efectuando reuniones de cooperados una vez al mes. El entusiasmo era generalizado y poco a poco los tubulanos asimilaron que organizándose podrían salir todos beneficiados.

“El tiempo en que la gente más se organizó acá en Tubul fue cuando se formó la cooperativa. Estamos hablando como del año 1967. Ahí fue cuando empezó a crecer la pesca artesanal porque todos nos interesamos más. Cada temporada de tres meses se distribuía entre corvinas y otras especies. Todavía hay redes corvineras de esa época. Fuimos invirtiendo, comprando materiales, haciendo mejores casitas. Porque cuando yo conocí Tubul todos las techumbres eran de pasto, de ‘bude’. No se conocía el pizarreño”, cuenta José Eliano López.

Hasta comienzos de los 60 los pescadores utilizaban redes de hilo de algodón o cáñamo, las cuáles ocupaban grandes volúmenes y debían sacarse después de cada faena de pesca.

⁹⁰ Instituto de Desarrollo Agropecuario. *Diagnóstico de la pesca artesanal chilena*. Pp. 31.

⁹¹ *Ibidem*.

⁹² *Ibidem*. Pp. 41.

Pero a mediados de década comenzaron a emplear redes de nailon de multifilamento, las que ocupaban menos espacio y no requerían de la manipulación de secado.

Otra incorporación que modificó el esfuerzo de explotación fue la introducción del buceo semiautónomo que reemplazó a los antiguos y pesados equipos de escafandra. Esto trajo consigo una mayor cobertura de espacio en menor tiempo, además de poder penetrar en espacios menores donde el buzo de escafandra no llegaba.

La caleta estaba en franco crecimiento y esta vez no sólo tenían peces y mariscos para extraer sino también algas *Gracilarias* que brillaban por su abundancia. En 1967 la Universidad de Concepción obtiene la primera información técnica relacionada con exploraciones y evaluaciones de pelillo en Tubul, prospectando una superficie de 43.7 hectáreas con una biomasa *in situ* de 9.210 toneladas de alga húmeda, con densidades de 20 Kg/m² y una cobertura de 80%⁹³.

Los pescadores iniciaron una fuerte recolección de la producción algológica, comercializándola a empresas nacionales como Miresa y Algas Marinas. Fue tanto el nivel de extracción que incluso exportaron el pelillo mediante intermediarios a Japón, el principal consumidor mundial de agar-agar de la época.

Tubul vivía una etapa de prosperidad económica equipándose adecuadamente y estableciendo un sistema productivo que se sustentaba en torno a la explotación del pelillo. “La cooperativa secaba el pelillo y lo vendía todo. Había hartos camiones con acoplados porque teníamos mucho pelillo en Tubul. De aquí se exportó pelillo a Japón y se trajeron cosas bien buenas de allá también. Incluso en la isla Santa María, donde también habían grandes praderas, teníamos tres camiones, tres colosos tirados con tractores”, recuerda Alejandro Carrillo.

Durante la década del 70, hay un largo período sin evaluaciones técnicas y sin datos de extracción en el área⁹⁴. En voz de los lugareños la recolección del recurso se fue

⁹³ Universidad de Concepción. *Revista Gayana*. Vol. 45. Pp. 124.

⁹⁴ *Ibidem*. Pp. 125.

intensificando gradualmente llegando a niveles preocupantes de sobreexplotación. Esto sumado a la falta de medidas de ordenación y administración que resguardaran el manejo sustentable de *Gracilaria* en la zona, puso en peligro los ciclos de renovación del pelillo.

“Hubo una mala administración y quebraron. Y eso que los pescadores tuvieron esta cooperativa, la *Cooperalga*, con la que fueron exportadores nacionales. Pero después fracasaron, perdieron. Trabajaron en todo el golfo y vendieron muchas algas. Ganaron plata. Pero la administración falló. Malos los programas y escasa capacitación de los dirigentes para atender a un mercado que venía emergiendo. La industria tomó apetito, vino el león, tomó una parte y el resto murió. Los gatos arrancaron”, resume Raúl Aravena, actual presidente del Sindicato de Pescadores de Tubul, un organismo que sería clave, años más tarde, en la incorporación de una nueva forma de manejo del pelillo, tendiente a reforzar la planta marina a través de la acuicultura, el repoblamiento y la protección de las áreas de cultivo.

VII.

Cultivando el progreso

El colapso de importantes comunidades de pescadores artesanales y la ruina económica consiguiente obligó a los países pesqueros a replantearse el esquema de extracción marítima existente. Era evidente que la explotación marina requería de un planteamiento más afín al de la explotación agrícola-ganadera antes que el de la minería.

En la década del 70 países tradicionalmente pesqueros como Japón y Noruega, entre otros, ya habían iniciado un desarrollo planificado de la Maricultura⁹⁵, en el que el manejo de las zonas costeras se efectuaba en forma racional y el desarrollo de sistemas de cultivo para las praderas de algas *Gracilarias* era cada vez más urgente, con el fin de propiciar el establecimiento de modelos de explotación estables de estas especies.

En Chile, en el año 1976, se crea la Subsecretaría de Pesca en el ministerio de Economía, Fomento y Reconstrucción (Decreto Ley N° 1626, de 1976), asignándole en 1978 (Decreto Ley N° 2442, de 1978) la responsabilidad de pronunciarse, mediante resolución, sobre las solicitudes de permisos para instalación de establecimientos de cultivo, por entonces poco expeditas ya que contenían exigencias de informes y documentos que entrababan la tramitación de las autorizaciones.

Con la promulgación del Decreto Supremo N° 175 de 1980 -que reglamenta las actividades pesqueras- se imprime un mayor dinamismo al sector simplificando la tramitación burocrática. Esto constituye un fuerte incentivo para que el capital privado ingrese a la actividad de cultivo, a lo que se sumó “la disminución de la oferta de *Gracilaria* proveniente de algares silvestres, agotados por un proceso de sobreexplotación; el incremento del precio alcanzado en las transacciones en playa (el que ascendió desde \$1/Kg de alga fresca en 1979 a \$30/Kg en 1987) y los créditos otorgados por el Fondo de

⁹⁵ Rama especializada de la acuicultura involucrada en el cultivo de organismos marinos para productos alimenticios y otros fines.

Desarrollo Productivo de la Corporación de Fomento de la Producción e instituciones financieras privadas”⁹⁶.

En Tubul, en 1982 se crea la Asociación Gremial de Pescadores, Buzos, Mariscadores y Algueros con el objetivo principal de mantener las plazas de trabajo en la caleta enfocada a la administración sustentable del pelillo, sustituyendo a la antigua cooperativa. A causa de discrepancias en el manejo administrativo del recurso, parte de sus socios fundan en 1984 el Sindicato de Pescadores, preocupados por una marcada baja en la producción algal natural lo que generaba un alto grado de incertidumbre en la comunidad pesquera.

En aquel año la Universidad de Concepción evalúa periódicamente la pradera de algas en sus áreas más abundantes, antes y después de las extracciones, logrando un registro de datos que va desde 1.093 toneladas recogidas el 12 de enero hasta quedar en valores de 264 toneladas de alga húmeda el 29 de febrero del mismo año. En 1985 hubo extracción intensa de *Gracilaria* en valores de 6.500 toneladas húmedas, extrayéndose en noviembre y diciembre sólo 100 toneladas con una fuerte declinación posterior hasta el agotamiento total de la pradera.

“Llegamos al año 1985 y con la recesión en Chile no teníamos qué comer. No vinieron nunca más a comprar. No había nada y no hallábamos qué hacer. No había plata para salir a pescar, tampoco para echar combustible. Fue un desastre, una época muy mala. Entonces en esos años, 84-85, nos propusimos la idea de crear, de hacer algo, pero quedábamos ahí mismo, no salíamos de aquí. Llegábamos máximo a Talcahuano, al SERNAP, que era el lugar donde se administraban los recursos”, recuerda Raúl Aravena.

Los factores que gatillaron esta debacle productiva fueron principalmente la ausencia de normas de administración y manejo del recurso; el acceso indiscriminado de pescadores, pobladores de ciudades vecinas y campesinos a las praderas; y la existencia de dos agrupaciones pesqueras que no se organizaron para apoyar actividades de cultivo y recuperación del recurso.

⁹⁶ Universidad de Concepción. *Revista Gayana*. Vol. 45. Pp. 78.

La disminución en el rendimiento de las capturas intranquilizó a los habitantes de Tubul. Querían revertir la situación pero no sabían cómo. Un día Raúl Aravena se juntó con su amigo José Valenzuela y juntos decidieron planificar algo para poder sacar a la caleta de la pobreza. Tomaron un cuaderno y un lápiz y desde la cima del cerro observaron las praderas desiertas de pelillo. Entonces decidieron que había que actuar.

“Nos preguntamos ¿cómo administramos esto, cómo lo hacemos? Empezamos a conversar y discutir. Había que tener una concesión que ya estaba solicitada por los gremios y que después se la dieron a la Asociación Gremial, pero la gracia era cómo recuperar esta pradera. Y se nos ocurrió escribir 13 puntos de administración interna para el manejo del cultivo de *Gracilaria*. Cómo cultivar, cómo administrar, cómo cosechar y cómo repartir. Era un manual que ayudó mucho para dar el primer paso”, señala Raúl.

Cuando la Asociación Gremial obtiene la concesión marítima los conflictos entre ambas organizaciones se disipan y así concluyen que deben trabajar más unidos que nunca. Ante esta situación solicitan colaboración y guía a SERNAP Regional y a la Universidad de Concepción, proponiendo este último un programa de manejo que fue acogido por la comunidad de pescadores.

El plan de manejo propuesto -sustentado sobre principios básicos de orden social, ecológico y biológico, económico, administrativo y técnicos- permitió un accionar positivo de la comunidad de Tubul. Después de casi un año de cultivos en las praderas de los ríos Raqui y Tubul –utilizando horquillas de madera y priorizando el método de plantado directo- en 1986 concretaron la primera cosecha que funcionó de maravilla.

“Los primeros cultivos fueron muy buenos. Recuerdo que ganamos como 48 mil de pesos de la época después de haber estado cerca de un año sin recoger nada. Más adelante empezamos a ganar 200 mil pesos y así fuimos creciendo. Lo bonito era que trabajaba yo, mi papá, mis hermanos, entonces por familia se ganaba hartito. En mi familia, por ejemplo, éramos seis. Entonces era plata para la casa porque uno como joven trabajaba en otras cosas y eso lo dejaba para los papás. Así fuimos saliendo de la pobreza”, recuerda Daniel Navarro, actual presidente de la Asociación Gremial.

Con el nuevo plan de manejo todos los socios trabajaban y ganaban por igual. Durante el año 1987 la pradera produjo alrededor de 150 toneladas de alga húmeda, en un proceso con resultados claramente positivos y en el cual el plan de desarrollo contemplaba atención preferencial a los requerimientos sociales de niños, jóvenes, adultos y ancianos.

“A los viejitos que tenían sobre 62 años les pagábamos, trabajaran o no. A las mujeres embarazadas, después de los 7 meses de gestación, les pagábamos un 75% de lo que ganaba un trabajador normal. A los estudiantes también les teníamos los días sábados y domingos para que trabajaran porque no se podía entrar a la asociación si no cumplías los 18 años. La idea era no sacar a los niños de sus estudios y que terminaran. Porque antiguamente, antes que se formara esto, a los 8 años ya había niños trabajando en el pelillo”, señala Navarro.

Las acciones de cultivo y la capacitación de pescadores fueron pilares fundamentales en la recuperación de las praderas de pelillo. En la etapa de cultivo, que duraba alrededor de 45 días, formaban cuadrillas de vigilancia de entre 30 a 50 personas, la que estaban las 24 horas del día trabajando todo el año por turnos. Para cosechar unos trabajaban en la extracción en los botes, otros estaban en la orilla de la playa para la descarga, el resto trasladaba el alga al lugar de secado y finalmente, las mujeres y mayores tendían y secaban el pelillo para transportarlo al galpón de almacenamiento.

Al principio, las ventas las hacían al mejor postor con el tradicional método de subasta. “Llamábamos a todos los demandantes y nosotros como oferentes les decíamos: ‘señores, tenemos tantas toneladas en esta calidad. Un 20% de secado, la mejor alga que existe aquí, el que diga más se la lleva’. Y así empezamos a sacarle un fruto a ese esfuerzo y a subirle los precios. Ganamos mucha plata. Llegamos a tener ingresos fenomenales de casi 460 a 500 mil pesos cada cuarenta días por cada uno de los integrantes mayores de 18 años que formaban parte de este programa”, cuenta Raúl Aravena.

Así comenzó un desarrollo económico, social y educacional muy grande y sostenido en la caleta Tubul. En 1992, la caleta registra una población de 1341 habitantes, con 296 viviendas existentes, 108 más que en el censo poblacional de 1982⁹⁷.

Las familias, por primera vez, se podían proyectar en el mes porque tenían la tranquilidad de que recibirían un sueldo seguro cada 40 días. Las construcciones mejoraron, el comercio se abarrotó en las calles, llegaron los vehículos y también pescadores de otras localidades atraídos por el *boom* del pelillo.

En la década de los 90, el pelillo sigue vendiéndose a buen precio y en grandes cantidades. Sólo producto de los coletazos dejados por la Crisis Asiática hubo una etapa de recesión, pero a partir del 2002 los precios se regularizaron. Conjuntamente, comienza a subir la producción de machuelo, huepo, diquives y del caracol trumulco, por lo que muchos pescadores invierten en materiales, embarcaciones y equipos de buceo, ya no para trabajarlos ellos mismos sino que operando como patrones de bote.

“Y empezaron a mandar a la gente a trabajar, ya no trabajaban ellos. En una primera fase era el 25% para el buzo dividido en cuatro partes; después, cuando se aumentaron los volúmenes de ingresos por el pelillo, se subió del 25% al 50%, lo que se ha mantenido hasta ahora. El buzo se lleva la mitad de toda la producción (...) Ahí se produjo una disociación con los pescadores porque el que era orillero ganaba más que el pescador. Pero cuando vino el *boom* del machuelo agarrábamos de las dos partes. Era un ingreso muy alto. Un sueldo fijo por las algas y por el machuelo casi todos los días”, cuenta Raúl Aravena.

Tubul, sin duda, nadaba por aguas prodigiosas. Todo lo cual, sin embargo, no se habría podido realizar si es que toda la comunidad de pescadores, en forma responsable y madura, no hubiese aceptado el desafío de estructurarse y organizarse en procura de una meta común: la recuperación de las praderas a través de procesos de cultivos masivos e intensivos.

⁹⁷ Instituto Nacional de Estadísticas (INE).

En Llico, en tanto, recién en 1986 los pescadores comenzaron a coordinarse y fundaron una cooperativa creada por Héctor Salas y Arnoldo Jerez. La organización contaba con alrededor de 25 hectáreas de área de manejo y el fuerte, al igual que en Tubul, era la extracción de pelillo. Sin embargo, las condiciones no eran comparables porque el río Llico tenía escasa profundidad y generalmente el alga se secaba muy rápido con el sol y el viento e iba a varar a la playa.

Igualmente había abundancia del recurso y en los tiempos favorables los socios de la cooperativa ganaban buen dinero. Los métodos de recolección eran similares a los referidos anteriormente: sembraban, cosechaban y luego se dividían en porcentajes las ventas que realizaban a una empresa llamada Santa Fe. Con el tiempo vino un declive del alga, cayeron los precios y se sembró la inseguridad.

“En la extracción de pelillo el que no trabajaba no ganaba nomás. Había 10 días de ‘saca’ y nosotros sabíamos quiénes trabajaban. Pero nunca pasamos la línea de los 200 mil pesos cada socio. Había harto pelillo y mucho recurso de machuelo y diquive, pero todo eso se sacó después indiscriminadamente. Yo fui uno de los que decía ‘cabros, guardémoslo, cuidémoslo’. Cuando vino una baja de pelillo quedó todo botado. Muchos se fueron de Llico. Entonces dijimos ¿qué hacemos? ¡Armemos un sindicato! Porque para cooperativa había muchas exigencias, muchos requisitos. Para directiva teníamos que tener 10 o 12 por lo menos, mientras que como sindicato había que tener presidente, secretario, tesorero y un director”, cuenta Enrique Salas, presidente fundador del Sindicato de Pescadores de Llico, creado en 1991.

Así formaron el primer sindicato prácticamente con mayoría de mujeres, ya que no alcanzaban a completar las 25 personas que exigía la ley. La gente, en general, estaba descontenta y reacia a integrar organizaciones. Pero de a poco, y observando los progresos del sindicato, comenzaron a perder el miedo para integrarse a esta agrupación.

Durante la gestión de Salas, entre 1991 y 1997, se gestionaron con SERCOTEC⁹⁸ los fondos para instaurar una pequeña empresa al interior del sindicato llamada Llico Mar, encargada de los proyectos de acuicultura y sistemas de cultivos. Así pudieron trabajar la ostra japonesa, el ostión y la siembra de pelillo.

“Yo andaba para arriba y para abajo haciendo trámites y gracias a eso llegaron más de 100 millones de pesos a la caleta en un plazo de tres años. También en el periodo mío pedimos el muro de contención para la explanada, los *bóxers*, la bomba de bencina y la compra de un sitio de dos mil metros cuadrados. Llegaron muchos proyectos para Llico”, asegura el dirigente.

A partir de 2000 se suman más socios y es ingresada la solicitud de los llicanos para empezar a trabajar con áreas de manejo, que son zonas geográficas delimitadas que entrega Sernapesca para que se administren de manera sustentable los recursos marinos. La franja costera desde la línea de playa a las 5 millas marinas es considerada un área de reserva y, por lo tanto, protegida a la entrada de navíos industriales. El sector solicitado era ‘Sur roca blanca’, donde el loco era el principal producto. No obstante, su administración no era beneficiosa para el sindicato.

“Ir a cuidar el área de ‘Sur roca blanca’ implicaba un gasto altísimo y en un año de vigilancia tuvimos un déficit de 3 millones de pesos. La vigilancia era en ‘El Piure’, a doce kilómetros, e iba un grupo de cuatro personas en turnos de dos días. Había que pagar traslado en camioneta, construir una caseta para quedarnos, más la compra de un bote, motor e implementos para la vigilancia. Todo esto en condiciones muchas veces inadecuadas cuando el mar estaba malo. Era una pasada súper angosta, entonces los *compadres* de Punta Lavapié, Rumena y la isla robaban locos y nosotros solamente los mirábamos porque no podíamos salir a hablar con ellos y espantarlos. No era para nada rentable”, relata Héctor Jerez, actual presidente del sindicato.

⁹⁸ Servicio de Cooperación Técnica del Estado.

A partir de 2003 y bajo la dirección de José Haroldo Lincopí decidieron trasladarse al sector de 'Punta del Litre', una zona menos espaciosa pero con mejores accesos. Ya en 2004 la organización tenía 67 socios y asume Alder Carrillo la presidencia iniciando un periodo de grandes logros que se prolongó hasta el año 2010.

Durante su gestión construyen un museo marino, un restaurant y consiguen un camión y un tractor para el sistema de varado de botes. Los socios del sindicato obtenían las ganancias de la cosecha de locos, las utilidades generadas por el restaurant Fondo Marino y las ventas de mariscos en camión directamente a las plantas pesqueras de Coronel.

Uno de los sellos peculiares de esta gestión fue el impulso dado a los cultivos de mariscos y al turismo. De hecho, éste último era el que dejaba más ingresos entre los habitantes de la caleta, tanto por el consumo de productos del mar como por la dinamización del comercio.

Los restaurantes Vista al Mar y El Horizonte, propiedad de los hermanos Salas, se ampliaron e incrementaron sus ventas de manera considerable. Durante los fines de semana las reservas estaban a tope y llegaban turistas de toda la región e incluso del extranjero para degustar las sabrosas empanadas y mariscales de las cocinerías.

“La temporada alta era en verano. Recibíamos veinte llamadas al día cuando se acercaba el fin de semana. De hecho teníamos que rechazar algunas porque no nos daba el tiempo. Competencia con el resto de los restaurantes no existía porque había gente para todos. Nosotros atendíamos continuado hasta las 9 o 10 de la noche y funcionaba espectacular. Llegaban grupos de tercera edad, familias completas de 20 a 30 personas. El segundo piso pasaba lleno, daba gusto”, recuerda con nostalgia Enrique Salas, propietario junto a su mujer Silvia Figueroa del restaurant Vista al Mar.

El turismo estaba en su apogeo hasta que el 27 de febrero de este año el maremoto derribó sus sueños y los de toda una caleta. La catástrofe también echó por el suelo la acuicultura, ya que el área de manejo contaba con los recursos loco, choros y cholga. De hecho, el sindicato se preparaba para cosechar 50 toneladas de choritos en el marco de un

proyecto de Miticultura⁹⁹ convenido entre *FoodCorp*, a través de su filial *Cultivos Pacfish*, e Innova Bío Bío.

“El sindicato de pescadores quedó con los brazos cruzados. Perdimos grandes toneladas de choritos para cosecha, todos los implementos, más de un año de trabajo e investigaciones que teníamos en torno a la miticultura. Este proyecto era experimental para este año pero al siguiente comenzábamos fuerte en el área. Aquí estamos hablando de investigación, dedicación y expectativas porque se pensaban mercados nacionales y extranjeros”¹⁰⁰, relata apesadumbrado Alder Carrillo, ex presidente del sindicato.

La tragedia golpeó fuerte tanto a Llico como a Tubul. Cultivos y años de esfuerzo en la introducción de nuevas técnicas de trabajo que suplementaban la producción de los bancos naturales sufrieron el rigor de la naturaleza. Una manifestación de la tierra que estas comunidades ribereñas han tenido que enfrentar con frecuencia a lo largo de su historia y que ha multiplicado los esfuerzos para mitigar sus efectos y así convertirlos en aprendizaje. Una enseñanza con la que muchas veces se tropieza, pero que recicla conocimiento para las nuevas generaciones, esas que han debido hacerle frente a esta nueva y desgarradora catástrofe.

⁹⁹ Cultivo del mejillón o chorito en Chile, como actividad marisquera dirigida y controlada por el hombre sobre artefactos flotantes, denominados *mejilloneras*, fondeados en las aguas costeras.

¹⁰⁰ Diario La Estrella de Concepción. Crónica. 12-04.

TERCERA PARTE

CUANDO RENACER ES ORGANIZARSE

“Dueño de la espera el pescador, avanza.

*Hacia el principio de las formas,
de la ondulación espumosa, en busca del destino”*

Juan Mihovilovich, novelista chileno



<http://www.bomberosyungay.cl/?p=450>

I.

Lucha por la sobrevivencia

A las 9 de la mañana del sábado 27 de febrero, el borde costero de caleta Llico era el más fiel retrato de un territorio en ruinas. Lentamente, los pobladores ocultos entre los tupidos bosques comenzaron a emerger para ver con sus propios ojos y en primer plano lo que el mar les había arrebatado. La noche fue larga, para algunos quizás la más larga de sus vidas, porque mientras más esperaban que transcurrieran los minutos, el tiempo más se empecinaba en funcionar a contrarreloj.

Desde los cerros y producto de la bruma y la resaca marina, muchos no vieron con exactitud cómo las olas fueron destrozando una a una las viviendas de la playa. Los escalofriantes estruendos, no obstante, daban a entender que el paisaje sería horroroso y que para bajar habría que armarse de valentía y fortaleza.

Y así, a cuentagotas, los más atrevidos fueron descendiendo. Cuando estaban a pocos metros de la planicie para tomar el camino principal, ya podían oler y mirar con precisión aquella cicatriz abierta dejada por el mar. En el cruce, cerca del paradero y al frente del restaurant azul San Andrés, el camino estaba bloqueado completamente y parecía una verdadera trinchera de guerra avasallada por el enemigo.

Esquivando los montículos de planchas de zinc, tablas e implementos de pesca, se fueron acercando cada vez más a la zona de desastre. Cada paso era una cuchillada directa al centro del corazón. Sentían que todo era increíble, inconcebible y profundamente doloroso. Mientras algunos identificaban los restos de su casa, otros caminaban conmovidos tratando de encontrar alguna huella de la suya.

“Antes de bajar ya me imaginaba lo que había pasado –cuenta Ramón Carrillo-. Pero no hallaba qué hacer. Cuando bajé ni encontré mi casa. No había ni rastros. Ni se sabía dónde

estaba la casa de cada cual. Estaba todo pelado. Parece que habían sacado todo hasta con raíz. No había ni una cosa. Nada. No alcancé a rescatar nada”.

Las personas deambulaban entre los escombros, entre la tierra humedecida y fangosa, buscando algo en condiciones para establecer una ranchita, un refugio en el cerro o al menos tener un recuerdo dejado por ese mar impiadoso. El Llico seductor, dueño de un amplio océano adornado de embarcaciones y aves silvestres, se había convertido súbitamente en el vientre inhóspito de la tierra.

“Mi casa estaba en el área principal cerca del museo marino, a unos 50 o 60 metros de la playa y fue destruida totalmente. Por la información que tengo de una persona que vivió de muy cerca la ola gigante, la ola reventó justamente en mi casa. Se desintegró. Si logré encontrar dos o tres cosas, es demasiado. Hallé unas tablas como a un kilómetro de mi casa hacia los cerros. También algunas decoraciones que tenía. El resto, por lo poco y nada que logré visualizar, estaba todo destruido. Eso habla de que el golpe del agua fue bastante fuerte. ¿Dónde está la casa? No tengo idea. Nunca la encontré”, relata Lautaro Pereira, presidente de la Junta de Vecinos de Llico.

Desde el muelle y hasta al menos 100 metros hacia el interior todo había sido arrasado. Desconsolados, un buen número de llicanos comenzó a subir nuevamente hacia los cerros para compartir esa pena con aquellos –principalmente los mayores- que no quisieron bajar por temor a que ocurriera otro tsunami. Allí entre los cerros, regañando, llorando e intercambiando opiniones, se empezaron a ver las primeras formas de organización forzadas por el estado de emergencia.

El primer tema a solucionar era la comida y el abrigo. Al mediodía la temperatura en la caleta era abrasadora y subir y bajar cerros se hacía una tarea desgastante. Pero había que hacerlo, porque era hora de almuerzo y los niños pedían leche y alimento. La situación era crítica y las madres estaban realmente impacientes. En ese momento comenzaron a establecerse en grupos para conseguir comida y distribuirla en forma responsable.

“Yo gasto poco y tenía papas, harina de pan, carne y mariscos en el refrigerador. Se lo regalé a la gente porque estaba asustada arriba. Las viejas gritaban y lloraban. ‘Señor mío’ decían. Pero uno no tiene mucho miedo. Yo les decía ‘tranquilos si este país es rico. Ligerito va a llegar la comida y las casas, esto va a tirar para arriba’. Después ya nos unimos por grupos. Yo caí en un grupo donde éramos todos conocidos. Hacíamos comida y nos quedábamos todos arriba”, recuerda Hugo Sáez.

La organización general se hizo complicada en las primeras horas debido a que la gente estaba muy dispersa en los cerros. Unos en el sector del camino a ‘El Piure’, otros en las quebradas y algunos en los terrenos del agricultor Miguelino Sáez. Ante esta circunstancia, en medio del caos y la sensación de pánico generalizado, se vio la necesidad de organizarse y con ello comenzaron a aflorar los primeros liderazgos en forma natural frente a un contexto de extrema urgencia.

Cipriano Orellana -actual representante de los damnificados- y Lautaro Pereira fueron los que tomaron la batuta desde el primer día. Junto a los vecinos apostados en los cerros deciden que los grupos dispersos deben llevar el nombre de campamentos, con sus respectivos números y dos delegados que los representen. Establecen como base oficial de operaciones el campamento N°1, para acumular allí todo lo servible y luego hacer conexiones con el resto de las personas.

“El tema general era de sobrevivencia. Se asumía el momento con el fin de organizarse y pasar las penurias de la mejor forma posible. Porque si no nos organizábamos y no delegábamos funciones en la población simplemente el caos iba a ser total. Durante ese periodo de aislamiento se hace un enlace y se pide a cada sector donde había gente que nombre dos delegados para constituir lo que se llama el “Consejo de Campamento”. Cada cual tenía su vocero y la Junta de Vecinos le delega a ellos esa responsabilidad y le da pautas de trabajo donde acuerdan lo que se debe hacer”, señala Lautaro.

El consejo sería la primera forma de organización inmediata frente a este estado de excepción. Luego surgirían comités de alimentación y logística con el fin de mitigar las crecientes necesidades básicas de los habitantes, que no contaban con agua potable,

electricidad ni servicios sanitarios. La gente iba con bidones a buscar agua a los arroyos y riachuelos. Para remate, la fuerte sensación de encontrarse en tierra de nadie incidió para que en las cabezas de muchos se gestara la idea de saquear lo poco y nada que el mar no se llevó.

Así, durante el transcurso del sábado y domingo los cabecillas del pillaje sustrajeron productos en pequeños almacenes y en la posta, llevándose también muebles de hogares y equipamientos de pesca. Esta agitación social opacó por un par de horas el trabajo que estructuradamente coordinaban los líderes, iniciando así otro remezón en el que imperaba la ley de la selva. “En el almacén, que tenía antes de que ocurriera el terremoto de febrero, me robaron todo. Yo estaba sentada y miraba cuando los niños se plantaban las bolsas de azúcar de 20 kilos al hombro. No les pude hablar nada. No sé qué me pasó. Quedé *shockeada*”, cuenta Rosa Mendoza.

Tanto en Llico como en Tubul no hay retenes de Carabineros, por lo que son conocidos como los ‘pueblos sin ley’. Los testigos del vandalismo observaban cómo los propios vecinos se robaban entre ellos y cómo gente de sectores aledaños ingresaba libremente para arrebatárles sus pertenencias. En los cerros, el miedo, la desinformación y el aislamiento tenían muy angustiada a la gente y, por lo mismo, los representantes de los damnificados deciden unirse aún más para combatir esta degradante realidad.

En ese momento, Cipriano y Lautaro deciden ir a Arauco para pedir auxilio y principalmente techo para protegerse en las primeras noches. La única vía de acceso, ya que el puente Tubul estaba derrumbado, era llegar por los sectores rurales de Aguapié y Raqui Alto. Al llegar a la capital comunal observaron que todo era un caos y una anarquía total.

La iglesia, que había resistido a duras penas el terremoto del 60, era un cúmulo de bloques de concreto. Una turba heterogénea saqueaba los almacenes y las tiendas, quemando el supermercado Bigger y desvalijando por completo los tres pisos del centro comercial La Ganga. Grupos de asaltantes circulaban libremente sin poleras y con palos por la mitad de las calles, sin ley ni fuerza policial que los pudiera detener. Ante este

panorama, los dirigentes llicanos se comunican con el capitán de Carabineros Christian Gacitúa, quien les señala que están sobrepasados y que por el momento era imposible ayudarlos.

“Nos dijo que teníamos que ver la forma de organizarnos entre nosotros y cuidar nuestra caleta. Así que cuando volvimos empezamos a cerrar los accesos y en la entrada de la curva botamos cuatro o seis piñas gigantes que atravesamos en el camino para no dejar pasar a nadie. En el otro acceso de Raqui impedimos la pasada y pusimos vigilancia, al igual que en otras partes donde también teníamos gente. Le dijimos al dueño de la bomba de bencina que necesitábamos combustible para movilizarnos y que el pueblo se hacía cargo porque íbamos a estar bastante tiempo en estas condiciones. Nosotros escuchábamos por la radio que en otras partes saqueaban los supermercados, las bombas de bencina y los centros comerciales”, relata Cipriano Orellana.

Así se forma la primera ‘Junta de Vigilancia’ de Llico, encargada de resguardar las fronteras de la caleta para obstaculizar posibles actos de delincuencia. Al principio cuenta con pocos voluntarios, pero luego se le comunica a los delegados de los campamentos que deben sumar más personas para asegurar el orden. Para movilizarse utilizan cuatro camionetas propiedad de Cipriano, ‘Polo’ Rojas, Alejandro Sáez y Carlos Sierra, más el camión de Hugo Sáez que cargaba insumos para llevar a los cerros.

Pese a que contaban con más vigilantes, igualmente surgían problemas a la hora de discernir quién podía pasar y quién no a través de las barricadas. “Muchas veces tuvimos que discutir con la gente e incluso amenazarla. Fue un problema para nosotros porque en reiteradas ocasiones venía gente a cargar bencina de otros lados, movían los troncos y aprovechaban de llenar sus camionetas con cosas. Entonces tuvimos varias discusiones y problemas”, comenta Cipriano.

El domingo, y producto de los intensos rayos de sol, comenzaron a brotar los malos olores y la situación se tornó insalubre. Las aguas estancadas, la descomposición de la materia orgánica, animales muertos, algas y los productos marinos provenientes de los centros de cultivos y de las concesiones de bancos naturales, generaban náuseas en las personas que

por allí transitaban. El peligro de enfermarse, por lo tanto, era un tema a resolver y paralelamente algunos habitantes necesitados de medicamentos daban las primeras muestras de indisposición debido a la tensión, la ansiedad y el estrés.

“Yo estuve cuatro días en los cerros a la intemperie nomás –relata Rosa Mendoza-. Qué sufrimiento más grande. Había una señora que tenía cuatro perros y nosotros hacíamos la comida, almorzábamos y los perros encima de uno. A mí me quiso dar como un desmayo un día. La hediondez a perro, a basura y ¡cómo íbamos a andar peleando con la señora! Yo les dije ‘llévenme para abajo, yo no puedo vivir más aquí’”.

En el cerro y en condiciones de hacinamiento, desnutrición y nerviosismo, convivían embarazadas, bebés, abuelos y personas recién operadas. Considerando esta situación y el impacto ambiental generado por la catástrofe, las personas organizadas en los campamentos deciden penetrar la posta y pedir la intervención de algunos negocios para obtener mercadería.

“Nosotros quedamos completamente aislados. Pedimos por radio vigilancia policial pero no llegó. Había mucha desesperación e intentamos calmar a la gente y organizarnos a pesar de que la gente se resistía. Los temblores continuaban y era una situación bastante caótica. Hubo robos y saqueos al principio, pero después fue todo regularizado. Así que en forma organizada y responsable se penetró en la posta. Sacamos alimentación, remedios e hicimos una lista detallada de las cosas extraídas para luego dar constancia a las autoridades”, detalla el presidente de la Junta de Vecinos.

El gobierno municipal, si bien sabía de su situación, aún no materializaba un plan de acción para la caleta. Estaban prácticamente en situación de calle, abandonados a su suerte. En Llico, por lo tanto, sólo hubo un vacío pavoroso en donde no existió autoridad hasta que las mismas autoridades se sacudieron y fueron resucitando.

El domingo 28 la Presidenta Michelle Bachelet decreta el primer estado de catástrofe desde 1985 en las regiones del Maule y del Biobío. La medida implica restricciones a libertades y derechos para evitar un estallido social motivado por un complejo escenario

de orden público. El Ejército se hace cargo de la seguridad pública de las ciudades, pero recién el lunes se alistan en Concepción y el martes en Arauco. En Llico, en consecuencia, la situación seguía igual.

Las horas, los días y las semanas que siguieron al 27 de febrero fueron de lucha por la sobrevivencia, de salvar la vida. Aún así, la ayuda fue formidable entre compadres, vecinos y dolientes. Por encima de partidos políticos, de siglas u organizaciones, todos formando parte de una gran respuesta de coterráneos. El sismo y el tsunami habían reavivado el tejido organizativo de la caleta, cuando cada minuto que pasaba podía ser irremediable. La población, en estos días, se había hecho cargo de sí misma.

“Cuando hay necesidades fuertes, vitales, la gente se organiza. Y aquí ocurrió ese fenómeno bastante fuerte. El consejo de campamentos, por ejemplo, fue un ente que tuvo un poder importante de distribución de alimentos de todo tipo y otras labores de administración. Eso significa que la capacidad organizativa de la gente existe, pero desgraciadamente ha sido atomizada por las autoridades y por la propaganda de los medios de comunicación. Porque la gente es un insecto, no piensa, no razona. Pero en la práctica se mostró todo lo contrario”, concluye Lautaro Pereira.

II.

Desde los escombros

Minutos antes de que la segunda ola continuara barriendo el sector de Tubul viejo, Bartolo Brenet había bajado a la caleta junto a un primo para ver en qué estado se encontraban su casa y su bote, respectivamente. La embarcación de su primo estaba cortada en la punta y la casa del 'Tolo', ubicada en una de las poblaciones más cercanas al cerro, afortunadamente no había sido atrapada por las olas.

Cuando la miró, respiró un poco más tranquilo. Solidarizaba con el dolor de su primo, pero mientras volvían a los cerros sabía que su casa tendría solución. Al llegar arriba, no pasaron ni 30 minutos y la segunda ola comenzó a esparcirse por la localidad. Luego se desató la tercera ola y después tres marejadas más, las que redujeron al mínimo aquella ínfima esperanza de encontrar su casa en condiciones habitables.

La gente en los cerros lloraba y le reclamaba a Dios, pidiéndole misericordia. A eso de las 10:30 de la mañana, Bartolo baja nuevamente para encontrarse con un ambiente espeluznante. Las casas, arrastradas por el mar, se fueron a las calles como una minga hecha por la naturaleza. Una de ellas se paseó por los terrenos haciendo la figura de una 'S', mientras que la lengüeta de arena de la playa era un cementerio de cajas de madera, restos de muebles, ropas y electrodomésticos.

“Fui a mi casa y vi mis muebles quebrados afuera. Todo estaba lleno de pelillo. La observé un poco y me dispuse a volver. En eso veo a mi vecino Ricardo Vidal que desde el primer momento se puso a asear su casa. Me dice ‘aprovecha de limpiar tu casa si esto ya pasó qué le vamos a hacer’. Me dijo que era contaminación, barro con excremento y que si no lo sacábamos sería para enfermedad más adelante. Lo escuché, pero igual volví arriba donde mi señora y mis niñas”, sostiene Bartolo.

Gran parte de la gente sabía que había que limpiar para que el pueblo no siguiera siendo un basural, pero las consecuencias del desastre aún no se habían digerido bien como para emprender la acción. Querían, por el momento, estar con los suyos, contarse sus penas, arreglárselas para hacer algún almuerzo y luego bajar y enfrentar la cruda realidad de ese rompecabezas llamado Tubul.

Al igual que en Llico, los habitantes comenzaron a buscar materiales entre los escombros para improvisar construcciones de emergencia y así pasar mejor la noche. La gente estaba diseminada en distintas áreas del cerro, así que de a poco y entre familias comenzaron a constituirse en campamentos. Para almorzar, entre todos cooperaban con una bolsita de arroz y unos kilitos de papas que cocinaban a todo fuego en tarros y ollas a maltraer. El estanque de agua ubicado en el cerro estaba bloqueado, por lo que debían consumir agua de vertiente en mal estado.

“Los hombres cuando bajaron se preocuparon de las casas que ya estaban destruidas, les sacaron latas y trataron de hacer unas ranchas para los niños. Ahí nos distribuimos en campamentos y algunas personas al menos ya tenían una rancho y debajo de ella ponían una carpa. Hicimos un hoyo y tratamos de conseguirnos un fierro o algo para hervir agua. Porque yo al menos hervía agua en una lata que encontré, en un tarro para darles a mis hijos porque tampoco teníamos agua potable. La verdad es que tomábamos agua de ese cerro que venía sucia porque los animales tomaban de ella. De la desesperación, había que usarla nomás”, cuenta Luisa Parra.

Horas antes, Luisa había escapado afligida por la ventana junto a su marido y sus tres hijos, la mayor de 15 años y embarazada. Después de reunirse todos en el cerro, vieron como su casa frente al mar quedaba taponeada por las otras. Cuando su marido bajó le contó que la casa era como una ‘B’, porque las de la orilla se habían amontonado sobre ella y por eso el mar no la arrastró. Estaba inservible e inaccesible.

Aún contrariados, los tubulanos se unieron en ollas comunes para darle la pelea al desabastecimiento. Conversando con familiares y nuevos vecinos, Bartolo anhelaba la llegada milagrosa de algún helicóptero, como esos que aparecen en las películas cuando

ocurren tragedias como éstas. Pero nada de eso ocurría. Estaban completamente incomunicados, aislados del mundo y sin señal de celular para pedir el socorro de las autoridades.

Marta Salazar, presidente de la Junta de Vecinos N°11, asumió la coordinación de los cuatro campamentos establecidos en los cerros. Junto a ella, Juan Rivas, Patricio Ferreira, Daniel Navarro y otros dirigentes comenzaron a trabajar para canalizar los requerimientos de los vecinos: agua, alimento y nailon para cubrir las carpas. Aprovechando sus contactos con el municipio, se comunicó con el alcalde Mauricio Alarcón para que destinara ayudas concretas en los primeros días. Su labor era liderar a la comunidad y gestionar rápido sus necesidades.

“Las calles estaban llenas de escombros, todas las cosas botadas. Televisores, refrigeradores. En ese momento todo era urgencia. Que llegaran carpas, colchonetas, porque la gente no tenía dónde dormir. Que llegara ropa porque las personas que perdieron sus casas 100% no tenían nada. Salieron con la ropa puesta nomás. Entonces todo faltaba. Uno de repente ni siquiera se miraba a sí misma, sino que siempre miraba alrededor para que no faltaran cosas. Si le faltaba a alguien tratar de conseguirlo”, señala.

Eran horas donde se sentían frágiles, vulnerables. Los temblores seguían remeciendo los suelos y desde las alturas sabían que estaban a salvo del mar, pero no de algún desplome de terreno. Y así pasaron el sábado, subiendo y bajando. Algunos comenzaron la tediosa tarea de ordenar sus viviendas con el agua hasta la cintura, otros trataron de buscar materiales, herramientas e insumos y el resto en los cerros, simplemente esperando que el tiempo pasara sin saber para qué.

Cerca de las 4 de la tarde, un sobrino de Bartolo llamado Angelo los invita a pasar la segunda noche en un campamento que estaban formando con carpas y ranchos de nailon. Así que cuando el sol se escondió, partieron para allá junto a sus dos hijas. La noche estaba linda, clarita y parecía como de día, pero llegar arriba lo volvió de golpe a la realidad.

La gente lloraba desconsolada pidiendo en vano explicaciones por lo sucedido. Personas que son bien conversadoras, simplemente se miraban como diciendo 'por qué nos pasa esto'. Los más creyentes comenzaron a orar y en ese repentino culto religioso se soltaron las amarguras. Fue un momento de mucho recogimiento, un rito donde los fieles sólo pedían consuelo en Cristo para unir a las personas y afrontar con vigor las desgracias que se avecinaban.

Cuando llegó la hora de descansar, el 'Tolo' y su esposa dejaron a sus hijas en el campamento y ellos se fueron a su vehículo para conversar. Necesitaban un instante para hablar y resolver qué iban a hacer con sus vidas.

"En el auto veíamos el cielo despejado. Pasaban minutos y todo se seguía moviendo. Miles de pensamientos se sucedían por nuestra cabeza. Conversábamos que la vida nos iba a cambiar del cielo a la tierra. Ese momento nos sirvió para llegar al acuerdo de que al otro día íbamos a volver a la casa para empezar a limpiar y después al atardecer volver al campamento. En eso nos quedamos dormidos, del cansancio", relata.

Cuando asomaron los primeros destellos del domingo, el matrimonio bajó al pueblo para llenar una botella plástica con dos litros de agua y así tomar una taza de café en el campamento. Le dieron las gracias a su sobrino y se fueron para la casa, pero ni bien habían ingresado a la caleta sus hijas se paralizaron por el miedo, así que se detuvieron y las dejaron momentáneamente donde su abuela materna mientras ellos iban a limpiar.

Al llegar decidieron sacar los muebles recuperables para las calles. Adentro el barro tenía una altura aproximada de 20 centímetros y las moscas revoloteaban entre napes, sardinas, pelillo y pancoras chicas. Entre 11 y 6 de la tarde, se preocuparon de retirar el fango con baldes y de desinfectar la casa con cloro, entretanto el fulgurante verano favorecía el secado de los sillones. Durante todo el día se abastecieron sólo con agua, ya que, empeñados en sus labores, habían perdido incluso el apetito.

En los campamentos, la situación era más alarmante. Mientras algunos se organizaban para cavar pozos negros y hoyos para la basura, otros veían que las raciones de comida

iban a ser insuficientes para los días venideros y que si seguían esperando la ayuda del gobierno iban a morir en el olvido. Reclamaban por leche para los niños, pañales para las guaguas y provisiones para el resto de la población. La tensión crecía y la delgada hebra que separaba la paciencia de la determinación estaba próxima a cortarse para desencadenar una serie de actos nublados por la desesperación.

Con la firmeza y el arrojo propios de esta caleta, los más decididos se dirigieron en camiones y vehículos a la ciudad de Arauco, por la ruta de Aguapié, para exigirles a las autoridades que los ayudaran porque estaban completamente desamparados. Pese a que el recorrido sería largo, tenían suficiente combustible ya que la bomba de bencina, propiedad de la Asociación Gremial, justo antes del terremoto había recibido un suministro importante de gasolina.

Al llegar, se encontraron con los saqueos a los supermercados Bigger y Center Market, a los que algunos se acoplaron inmediatamente cargando camionadas de productos. Otros se preocuparon de ir a la comisaría, lugar donde estaban repartiendo leche, legumbres, fideos y diversos artículos de aseo.

En la caleta, en tanto, la codicia marcaba los días de algunos pobladores. Porque en medio del olor a lodo y la materia descompuesta, escudriñaban en propiedades ajenas para beneficio personal, generando la vergüenza de sus vecinos. Al anochecer, la desconfianza e inseguridad se instaló en la población y aquellos que no habían padecido el destrozo de sus viviendas levantaron fogatas en las cuadras para repeler las amenazas de robo.

“La gente se desordenó y aquí no aparecían personas del gobierno o autoridad alguna para poder fiscalizar el orden de la caleta. Hubo un vacío. Mi hija tenía una ferretería cerca de la calle. Yo le había autorizado que habilitara su negocio pero todo eso fue saqueado. Además se nos perdieron cosas de la casa. Al final parece que el que estaba más presto tomaba algo nomás y era de él. Nosotros como estábamos lejos no nos percatamos”, cuenta José Eliano López.

El denominado ‘cataclismo social’ afectó no sólo a Tubul sino a gran parte de los pueblos damnificados. Felipe Berríos, por entonces capellán de Un Techo Para Chile, instaló la figura del “doble terremoto”. Para él, detrás del terremoto físico emergieron fisuras en la sociedad chilena que necesitan repararse. “El terremoto social que produjo saqueos y destrucción se debe tal vez a una parte de la sociedad que imperceptiblemente ha ido acumulando por años decepción por sentirse marginada del desarrollo y que lentamente ha ido corroyendo sus valores por el desengaño y los antivalores. Así, injustificadamente, ha liberado toda la frustración acumulada en un comportamiento explicable sólo en quienes no tienen nada que perder”¹⁰¹, aseguró.

En esos momentos ya no había ninguna garantía de seguridad social en la caleta. Había gente que rogaba porque las Fuerzas Armadas se hicieran presentes en la zona para paliar los efectos de la condición de nueva indigencia. Comenzaron días de soledad e indefensión, de angustia y temor por la actitud de algunos. Sabían que estos comportamientos serían el principio de sus problemas de convivencia.

Al comenzar la primera semana post terremoto, más personas se fueron sumando a las tareas de ordenar y descontaminar sus deterioradas casas. Patricia Salazar se venía temprano todos los días del campo para acelerar el trabajo de limpieza. Todo aquello que tenía arreglo, como refrigeradores y sofás, se lo llevaba en auto para el campo porque allá había disponibilidad de agua. Lo que no servía lo botaba y de esa forma el día martes ya tenía toda su casa limpia y seca para habitarla. No obstante, el entorno putrefacto no permitía llevar una vida saludable.

Este ambiente de malos olores y escombros infecciosos ahuyentaban la voluntad de empezar de nuevo, de recomponerse. “En un principio no daban ganas de volver a la casa. No había ese amor por llegar a la caleta porque estaba todo destruido. Era duro ver todo así. Uno entraba a su casa y daban ganas de llorar, así que mejor salías. Así fue en un principio. De la noche a la mañana ves tu casa destruida y no *hallai* por dónde empezar. Todo con barro, fango. Una cuestión negra y hedionda. Pero teníamos que hacerlo. Era

¹⁰¹ El Mercurio. Revista Sábado. Pág. 34. Sábado 6 de marzo de 2010.

nuestra obligación tener una caleta limpia para volver a la normalidad porque no podíamos vivir así en esas condiciones”, relata Marta Salazar.

Bartolo seguía aseando su casa y en las noches dormía junto a su mujer en el auto que estacionaba afuera. Así se lo pasaban todo el día, lavando cada rincón y haciendo fuego en la chimenea con tablitas rotas para que se deshumedeciera. Al sexto día ya estaban durmiendo en el primer piso con ropa y sobre los sillones. A la orilla de la calle, el auto dispuesto en dirección al cerro en caso de emergencia.

La preocupación por una nueva salida de mar existía y no era un hecho descartable. La resaca post terremoto continuaba y cuando el río se iba para adentro la gente decía ‘¡ahí viene la mar, arranquen!’. Por lo mismo, la mayoría no bajaba de los cerros. Abajo, sólo algunas personas limpiaban y otras como la dueña de casa Raquel Salas buscaban recolectar los pocos choros que quedaban a la orilla de la playa y así hacer una sopita para comer con sus vecinos.

Durante el transcurso de esta semana, poco a poco las ayudas que tanto anhelaban comenzaron a concretarse. La municipalidad de Arauco envió canastas familiares para las familias damnificadas de Tubul, Llico y alrededores, consistentes en carne de vacuno, salmón, aceite, leche, refrescos, agua, harina, jurel, paté, rollos de confort y otros artículos de aseo. También particulares de Lebu, Tirúa, Laraquete, Cañete y de otros sectores llegaron con donaciones.

Al quinto día de la tragedia, Marta Salazar junto a otros dirigentes acompaña al alcalde para pedir ayuda a las autoridades de Concepción. Esa misma noche del miércoles 3 de marzo, aterrizan 25 militares al mando del teniente del ejército Fabián Ríos quienes llegan a brindar seguridad, pero al observar el panorama subrayan que ayudarán a limpiar la caleta. "La verdad, pensaba que estaba en otro país", dijo Ríos, al ver la destrucción del poblado. "Da pena ver a la gente perder sus cosas", agregó.¹⁰²

¹⁰² <http://prensa.politicapublicas.net/index.php/terremoto/2010/03/04/tubul-pescadores-piensen-abandonar-poblado-arrasado>

Al presentarse y recibir los agradecimientos de los habitantes, en el otrora pueblo de tres mil personas reinaba un ambiente de guerra civil. Había un silencio absoluto, calles completamente destruidas, carobombas y vehículos hechos añicos, unas pocas vacas en el agua verdosa –sangrantes y atadas, que mugían sin parar- y seis tubulanos que se negaban a abandonar sus casas para proteger lo que creían que les quedaba.

Tubul vivía una emergencia sanitaria y había que tomar medidas urgentes. “Cuando arriba el Ejército –cuenta Bartolo Brenet- el mayor nos dice ‘sean dignos, vuelvan a sus casas los que puedan volver, limpien su caleta, esto fue demasiado grande. La Presidenta dice que Chile solo no es capaz de solucionar todo el problema. Fueron tres regiones. Así que yo voy a dejar este encargo, vuelvo tal día y quiero que esté limpio, porque hasta perros muertos hay para abajo. Y ni eso han querido hacer después de tantos días’. Ahí muchos empezaron a reconocer que eso era verdad. Le tomaron el peso a la situación”.

Incentivados por el trabajo de los militares y la ayuda de privados, muchos dueños de casa que no habían perdido su vivienda bajaron y comenzaron a organizarse mejor. La idea era que si la familia estaba en el cerro, al menos uno de ellos se encargara de limpiarla, asear la calle y amontonar basura por el bien de todos. El día jueves 4, los bomberos de Cañete les llevaron agua potable y también colaboraron removiendo escombros y despejando calles.

“Después de limpiar mi casa yo me puse a arreglar la calle –relata Patricia Salazar-. Empecé a decirles a mis vecinas ‘chiquillas, saquemos la basura a la calle, nos estamos contaminando. La vida continúa, tenemos que limpiar esto o si no nuestros hijos se nos van a enfermar’. Ahí nos organizamos por cuadradas y todos nos juntamos para asearlas. Algunos trajeron carretillas e hicimos el tremendo montón de escombros, sillas, televisores quebrados, barro. Apilamos todo y lo sacamos para la orilla del río”.

Paso a paso Tubul comenzó a ventilarse. A airear los malos olores y la escoria que había generado una ruptura emocional entre la comunidad y su querida caleta. Ahora estaban más seguros porque ningún externo podría ingresar a la caleta sin salvoconducto. Ya no hubo más saqueos y los que tenían sus casas sin daños graves se empezaron a establecer

en ellas. Los que lo habían perdido todo, en cambio, a duras penas intentaban adaptarse a una nueva realidad. Porque, cohabitando en lo alto de las colinas, desprotegidos, sin privacidad y bajo condiciones de hacinamiento e insalubridad, mostrarían las mejores y peores facetas que un ser humano puede descubrir sólo en contextos de extrema necesidad.

III.

Vida en los cerros

Durante la primera semana post terremoto toda la zona del Biobío se encontraba militarizada. A cargo de la región fue designado el general Guillermo Ramírez y uno de los primeros anuncios realizado por el jefe militar fue decretar toque de queda en Concepción. El martes 2 de marzo la medida se oficializó en la ciudad de Arauco y desde el miércoles las unidades castrenses las implementaron tanto en Tubul como en Llico. Con la decisión se restringían las libertades de locomoción y reunión, la autoridad podía requisar bienes y limitar el derecho de propiedad.

A nivel nacional, Bachelet encabezaba el despliegue del gobierno en la zona de tragedia; el director del SHOA, Mariano Rojas, era destituido el viernes 5; Carmen Fernández dimitía tras severas críticas de la Alianza; los municipios recurrían a fondos de emergencia para sacar escombros; la campaña Chile Ayuda a Chile había recaudado más de 30 mil millones de pesos; un Techo para Chile comenzaba a construir las primeras mediaguas en Iloca y el futuro Presidente Sebastián Piñera confirmaba a Jacqueline Van Rysselberghe como próxima intendenta del Biobío.

El viernes 5 de marzo, el subsecretario del Interior Patricio Rosende informa que existen 452 víctimas fatales, cifra que en mayo ascendió a 521¹⁰³. En Tubul y Llico hubo sólo un fallecido, y durante la primera semana de inspección municipal se catastraron 138 casas destruidas en Tubul y 66 en Llico. En la primera localidad se habían levantado 4 campamentos y en la segunda 16, distribuidos ambos en forma dispersa por los cerros.

Después del *shock* inicial y la rabia que había dejado una catástrofe como ésta, las familias que lo perdieron todo y que tuvieron que reorganizar sus vidas necesitaban mucho apoyo para superar su estado de indigencia. Lo que más les costaba era asumir que la vida tal como era se había terminado. Por lo mismo, restablecer los vínculos de apego y vivir

¹⁰³ http://www.interior.gov.cl/filesapp/Lista_fallecidos.pdf

profundamente el duelo eran claves para empezar de cero y levantar así la nueva historia familiar.

Las personas requerían contención, protección y aliento para recomponerse psicológicamente. Todo era delicado porque cualquier estímulo externo gatillaba el llanto y el abatimiento. Aparecieron los primeros síntomas relacionados a lo traumático, como las pesadillas y las asociaciones: por ejemplo, revivir la situación al escuchar una sirena o al sentir un leve temblor. Tenían miedo y en el dolor surgía la necesidad de buscar culpables, pero se trataba de un fenómeno natural y era muy difícil inculpar a alguien. Al principio, vivir era un ejercicio constante de tolerancia.

“De repente los genios no estaban muy buenos entre seres humanos. Porque había gente que suponía tener mucho más que uno y ahora estaban viviendo peor o igual. Entonces si una persona se creía más rico, tú no le podías decir ‘vamos a buscar leña’. Se enojaban. Pensaban que porque uno tenía menos que ellos había que servirles. No asimilaban todavía lo que había pasado. Eso fue en los primeros días. Después la gente se puso más humilde y amable. Dejaron los orgullos de lado y se pusieron a colaborar”, relata el tubulano José Luis Fernández.

Como en todos lados y enfrentados a una situación crítica, había personas ejemplares y otras que contribuían a hacer más fuerte la discriminación. El cambio había sido brusco e involuntario y arrastraba una serie de conductas relacionadas con la inseguridad e inestabilidad emocional. La situación de riesgo puso en evidencia la necesidad de los afectados de confiar en otros que estaban viviendo lo mismo, pero sin embargo se encontraban dificultades al depositar esa confianza debido a la escasez de experiencias previas de interacción.

Pese a que era complejo no sentir aprensiones frente a lo desconocido, el estado de emergencia finalmente hizo inevitable recurrir a los demás. Había una vida que afrontar, una familia que sostener, por lo que era fundamental volver a echar raíces estableciendo vínculos con la gente, con la comunidad, con los campamentos instituidos en los cerros. En una primera instancia, la organización se materializaba en la división de tareas: la

forma de participación de los hombres era a través del trabajo físico (construcción, acarreo de leña y escombros, cavado de hoyos); mientras que las mujeres, generalmente, preparaban en grupo los almuerzos, hacían fuego, lavaban utensilios, limpiaban el entorno y acogían a los voluntarios que construían las viviendas.

“Al principio dormía con mi señora al lado de una fogata apoyados el uno del otro, durmiendo por turnos para no despreocuparnos de nuestras hijas que estaban en carpa. Después estuvimos viviendo en un refugio hecho con latas y frazadas. Porque vecinos y amigos nos fueron dando cosas y la gente se empezó a juntar más. Hubo solidaridad. Nosotros nos agrupamos con 11 familias más y nos organizábamos para ir a buscar latas, palos y todas las cosas que sirvieran para armar un campamento. Unos a buscar agua, otros a traer leña y el resto a hacer fuego. Gracias a Dios llegaron los camiones aljibes y esos nos abastecieron de agua. O si no hubiese sido difícil”, reconoce José Luis.

En las dos primeras semanas de la tragedia las ayudas de privados y municipales se incrementaron. En especial, las de particulares, según relatan los damnificados. Iglesias evangélicas, órdenes religiosas, ONGs, la Cruz Roja internacional, organizaciones del norte y del sur, extranjeros, empresas particulares y hasta los Bomberos de Yungay llegaron a colaborar a ambas caletas, entregando 15.000 litros de agua potable a diario.

A Llico llegó una ayuda muy significativa desde Brasil, consistente en 6 cajas de mercadería por familia. Más que material fue una asistencia espiritual, cuenta Cipriano Orellana, porque la llegada en helicóptero les dio a entender que había gente interesada en sacarlos de las penurias. “Fue un aliento para las personas que les hizo saber que no estaban solas. Más que la misma entrega de víveres, lo que agradecía la gente era el gesto, la preocupación, sentir que no estaban abandonados. Vieron que llegaron helicópteros y la gente se empezó a sentir mucho mejor”.

Agricultores de campos aledaños les llevaban quesos, papas, leche, así que la urgencia de alimentación estaba temporalmente solucionada. A veces, incluso, ciertos productos abundaban y se descomponían debido a la imposibilidad de mantenerlos en frío (paté,

queso). Por esta razón, los dirigentes temían al acostumbramiento de la gente a recibir sin hacer nada a cambio, limitando el horizonte de participación y las vías de colaboración efectiva. Esta conducta pasiva y paternalista, se veía reforzada por la entrega de ayudas muchas veces innecesarias y por la impotencia de algunos damnificados a generar cambios en su situación.

“Cuando nosotros nos formamos lo hicimos para tratar de ordenar un poco más el tema del comportamiento de la gente. Porque algunas personas que estaban asustadas perdieron cierto tipo de educación. Y no sólo en los primeros días, también ocurrió cuando empezamos a reorganizarnos después de que hubo personas que se estaban aprovechando de las ayudas. Eso me desgastó mucho, porque desde chicos nos dicen que nos tenemos que conformar con ciertas cosas, que si tienes algo ya es suficiente. Y hubo algunos que se acostumbraron a que todo se lo dieran a ellos”, relata Cipriano Orellana.

Los problemas, por lo tanto, surgían en la distribución. En Tubul, establecieron una iglesia para realizar la repartición de ayudas y en Llico decidieron que el Liceo Filidor Gaete era el indicado para ocuparlo como centro de acopio. Cuando se recibían las donaciones, la gente se agolpaba contra los dirigentes para obtener una tajada de la torta, como si el reparto fuera una competencia.

Este aumento de la conflictividad se presentó como un obstáculo a la organización en la medida en que la repartición de beneficios y el “aprovechamiento” de algunos hicieron brotar problemas entre los afectados. Así los líderes vecinales detectaron que muchas personas que no eran damnificados recibían igual o más ayuda que los más desposeídos. Esta coyuntura obligó a la Junta de Vecinos de Llico a constituir el jueves 11 de marzo el ‘Comité de los Sin Casa’, con el fin de canalizar las ayudas preferentemente a los que habían perdido sus viviendas por completo y a los allegados. La agrupación elige a sus representantes y hace un llamado a la comunidad al que acuden entre 70 y 80 personas que se declaran damnificadas.

“Nosotros llamamos a los que perdieron sus casas (entre los que me incluyo), agrupándolos en un comité que los representara. Ahí en forma bastante democrática y pluralista, les pedimos organizarse para que eligieran a sus representantes –que hasta hoy siguen siéndolo- haciendo hincapié en que fueran genuinos portavoces de los damnificados. Esto porque nos dimos cuenta que en el ‘Consejo de Campamento’ había personas que no eran damnificadas pero sí estaban tomando roles de líderes, muy nefastos en cuanto a reforzar el concepto de solidaridad entre personas que han perdido sus hogares”, señala el líder vecinal Lautaro Pereira.

El comité establece un número de 95 familias damnificadas: 63 que perdieron totalmente sus casas y el resto eran allegados o arrendatarios que no tenían donde vivir. Estas personas recibirían el beneficio de las mediaguas que 130 voluntarios de Un Techo para Chile ya estaban construyendo desde su llegada a la zona el martes 9 de marzo¹⁰⁴. Sin embargo, al instalarse y comenzar a desplegar los paneles sobre la cancha de fútbol que albergaría el campamento de mediaguas, recibieron la negativa del alcalde Mauricio Alarcón, generando un conflicto que tuvo repercusión nacional.

El edil paralizó la construcción de las viviendas de emergencia al argumentar que la gente no quería mediaguas de 18 metros cuadrados sin cielo raso ni forro interior¹⁰⁵ y que necesitan soluciones para una zona lluviosa y con fuertes vientos. La medida alcaldicia sacó ronchas. El sacerdote Felipe Berríos señaló en un noticiero que probablemente Alarcón nunca había pasado una noche en una mediagua y el diputado Manuel Monsalve criticó el rechazo, afirmando que “esta situación merece una explicación de parte del alcalde de Arauco”¹⁰⁶. Entre los vecinos de Llico, no obstante, la decisión fue aplaudida porque a su juicio no eran viviendas dignas para resistir los crudos inviernos.

¹⁰⁴ La Estrella de Concepción. Crónica. Martes 9 de marzo de 2010.

¹⁰⁵ Radio Bío-Bío. Nacional. Miércoles 10 de marzo de 2010.

<http://www.radiobiobio.cl/2010/03/10/intendente-de-la-region-del-bio-bio-si-se-pudieran-construir-casas-en-48-horas-entenderia-negativa-de-alcalde-de-arauco/>

¹⁰⁶ Radio Bío-Bío. Nacional. Martes 9 de marzo de 2010.

<http://www.radiobiobio.cl/2010/03/09/diputado-monsalve-critica-rechazo-de-alcalde-de-arauco-a-la-instalacion-de-mediaguas-en-la-comuna/>

“Las mediaguas más malas que entregó un Techo para Chile llegaron acá. Era una mediagua donde entraba todo el viento. Muchas se cayeron de donde estaban puestas en los pilotes. A través de las tablas se veía la claridad, no necesitabas tener luz y estaban mal clavadas. Era como el cuento del lobo y los chanchitos, que el lobo sopla y se las lleva el viento. Teníamos miedo a vivir en esas mediaguas. Entonces apoyamos la gestión del alcalde porque él quería lo mejor para nosotros”, recuerda Cipriano Orellana.

Las 65 mediaguas en construcción fueron finalmente destinadas a la isla Santa María. El liceo de la localidad fue utilizado como albergue pero, pese a estar en buenas condiciones, muy pocas familias bajaron a establecerse. Los llicanos prefirieron seguir en los cerros precariamente y algunos ya se estaban acostumbrando por temor a habitar el llano. Incluso, cerca del 90% de las personas que tenían sus casas sin daño estructural estaban reticentes a ocuparlas debido a las réplicas, las falsas alarmas de tsunami y la paranoia generalizada.

“La gente tenía temor de bajar. De hecho, cuando los militares pusieron carpas ellos no quisieron habitarlas. Tenían más abrigo entre los árboles de los cerros y la gente se acomodó bien allí. Inclusive yo armé unos palos, coloqué un nailon, hice canaletas y dije ‘aquí paso el invierno con mi familia’. No pensábamos venirnos”, reconoce Cipriano.

Celina Melita también tenía esa idea en su cabeza y estuvo dos meses viviendo en el bosque sobre unas colchonetas que eran del liceo. Reconoce haber sufrido depresión porque no se convencía de estar así. Tenía pensado pasar el invierno ‘calentita en su casa con su estufita a gas’, pero allí estaba con frío y sin sus 50 gallinas que le daban dos docenas de huevos al día.

“En el cerro dormíamos debajo de unos nailon, entremedio de los espinos teníamos la cabeza. Al otro día llovía y quedábamos todas mojadas. Hacíamos canales para que el agua bajara y no entrara a las carpas. Porque a nosotros no nos dieron carpas altiro. Teníamos un nailon negro y con ese nos tapábamos. Se nos filtraba el agua por lado y lado. Las tres familias estábamos ahí. Mis hijas, mis yernos, mis nietos. Un hermano de

Santiago también estuvo aquí y cuando se volvió agarró una pulmonía porque el tiempo acá en Llico es bravo”, cuenta la ‘Chela’.

Así como sus animales, los recuerdos que tanto atesoraban en sus casas tampoco estarían más. Certificados de estudio, el vestido de novia, el primer zapato del hijo y muchas fotos familiares quedaron destrozados entre los escombros. Cuando se apagaban los focos, los *flashes* y los vehículos de ayudas se retiraban, entendían que gran parte del trabajo de resurgimiento recaía en ellos, en la capacidad de articularse y volver a luchar por sus caletas.

Luisa Parra cuenta que en Tubul lo más difícil de vivir en los cerros fue el frío y la angustia. Por suerte, las lluvias torrenciales no se hicieron presentes durante los dos meses que estuvo alojando en campamentos. Sí se sufrían las garugas intermitentes y el rocío de las mañanas. Cuenta que lo pasó pésimo y que sin el esfuerzo colectivo hubiese resultado imposible cumplir algún propósito específico.

“Entre toda la comunidad nos unimos. Nosotros hicimos hartas cosas para tener en orden nuestros campamentos. Por ejemplo nos dedicamos a hacer un hoyo, con la ayuda de la Universidad de Concepción, para que enterráramos la basura. También hicimos pozos negros para que la gente no estuviera tan incómoda en los cerros y para evitar enfermedades. Entonces hubo harto apoyo entre todos para salir adelante”, señala Luisa.

Vivir en un campamento significaba para una jefa o jefe de hogar no contar con un espacio habitacional apropiado para que su familia se desarrollara en plenitud. Ni hablar de la protección de la intimidad, del hacinamiento y la fragilidad de sus artesanales viviendas, sin servicios básicos como un baño adecuado. Lo que para cualquier persona –que no ha vivido la pobreza extrema- es tan rutinario como tomar una ducha o beber un vaso de agua potable, en un campamento era todo un lujo.

“Nos levantábamos como a las 8 de la mañana a tomar café. Se echaba de menos todo. El baño, lavar. Todos comíamos en una olla común y uno extrañaba eso de comer a la hora y en las cantidades que uno quiere. No era así porque éramos un grupo grande. No se

podía. Más encima el barro, la incomodidad. Fueron muchas cosas al mismo tiempo que se juntaron”, relata la tubulana Mónica Ramírez.

Las necesidades vitales durante el primer mes, detectadas por el ‘Comité de Emergencia’ del municipio, eran agua potable, luz, harina, levadura, azúcar, planchas de zinc, nailon, colchonetas, pañales, leche, contenedores de basura y de agua, letrinas, cal, útiles de aseo personal, anticonceptivos y otros medicamentos para combatir las bajas temperaturas y el estrés. Además, adentro de las carpas debían cubrirse de las arañas, los zancudos y las serpientes que rondaban entre los pastizales, evitando en lo posible el contacto con la tierra para disminuir el riesgo de contraer sarna y piojos.

“Como que daban ganas de llorar –relata José Luis Fernández-. Tomar a tus hijos y a tu señora y arrancar lo más lejos que uno pudiera. Ahí me di cuenta que en la vida todos somos pobres, porque nada es de uno. Y lo demostró ahora la naturaleza. Uno mientras cierra los ojos se te pierden las cosas. Así que había que organizarse nomás. Era la única solución”.

Con la llegada de abril, mientras jóvenes, militares y algunos pobladores contribuían a la labor de levantar las viviendas de emergencias en las caletas, comunidades completas de pescadores artesanales continuaban en los cerros distribuyendo y satisfaciendo sus necesidades para salir del estancamiento. Sin una fuente laboral segura y con los niños inquietos corriendo entre espinos y arbustos, sólo esperaban que de a poco se fueran regularizando sus formas de vida para así combatir con mejores herramientas el duro invierno que se aproximaba.

IV.

Educación de emergencia

El jueves 11 de marzo, en una ceremonia cargada de réplicas en el Congreso, el Presidente electo Sebastián Piñera se convierte oficialmente en el mandatario número 38 de nuestra historia. Al día siguiente, el ministro de Educación Joaquín Lavín señala en una conferencia: “Tengo un plazo de 45 días para que los 1.250.000 niños que están sin clase comiencen el año escolar”¹⁰⁷. Así, el Mineduc esperaba que el lunes 26 de abril las escuelas estuvieran funcionando normalmente, gracias a iniciativas como unir dos colegios en una sede y la construcción de establecimientos modulares.

En el primer catastro del ministerio se habían contabilizado, al 8 de marzo, 1019 recintos educacionales inhabilitados y otros 631 colegios que presentaban limitaciones para operar. El Liceo Técnico Pesquero Filidor Gaete, de la localidad de Llico, tenía daños estructurales leves, por lo que funcionaba sin problemas como albergue y centro de acopio y estaba facultado para recibir a sus alumnos en los plazos fijados.

La situación en Tubul, sin embargo, era diametralmente opuesta. La escuela Brisas del Mar G-745 sufrió daños estructurales mayores y no podría ser utilizada en el corto y mediano plazo. El mar había arrasado casi en forma completa la construcción, dejando lanchas, botes, algas, peces y todo tipo de especies desparramadas por el patio de cemento. Las salas que quedaron de pie estaban con daños y la ola dejó una inmundicia marca de un metro 50 centímetros en las paredes. Cuando María Cristina Peña, directora del establecimiento, visitó la zona una semana después del tsunami, quedó impactada.

“Ese día viernes antes del terremoto nosotros habíamos recibido material de la SEP¹⁰⁸, que consistía en computadores y material para la biblioteca. Había como 35 *netbooks* que le correspondía a los niños y eso estaba todo hecho pedazos. Las sillas estaban dadas

¹⁰⁷ La Tercera. Nacional. Pág 33. Sábado 13 de marzo de 2010.

¹⁰⁸ Secretaría de Educación Pública.

vueltas en medio del barro. Parecía que todo había pasado por un remolino. Estaba todo revuelto. Los libros, los archivadores, los bolsones, las puertas, las sillas, las mesas. Me dio mucha pena ver que todo eso ya no estaba”.

Caminando por las arruinadas calles de la caleta, María Cristina –acompañada de Mafelda Cruz y Samuel Molina, directora y jefe administrativo del DAEM¹⁰⁹, respectivamente- comenzó a buscar alternativas para iniciar el año escolar. Tal como en las escuelas itinerantes del siglo anterior, las autoridades educacionales conversaron con vecinos y apoderados estudiando la factibilidad de ocupar una sala cuna, la iglesia o domicilios particulares como salas de clases.

Durante esas semanas el cuerpo docente de Tubul se preparaba en la escuela Mare Nostrum E-727 de Arauco para enfrentar este irregular año académico. El Mineduc había implementado un completo plan de intervención –apoyado por el ministerio de Salud, Unesco y Unicef- tendiente a que las escuelas prepararan a sus profesores en la adecuación de los planes de seguridad, la planificación de la vuelta a clases y, principalmente, para que primero superaran su historia personal y luego se enfocaran en la recuperación de sus alumnos.

Con la ayuda de psicólogos, psicopedagogos y asistentes sociales se elaboró un plan terapéutico para contener y capacitar a los docentes. Si el profesor no estaba bien y sano mentalmente, los niños se sentirían inseguros. Es por eso que trabajaron todos juntos en formato taller para que se desahogaran contándose entre colegas cómo habían vivido el terremoto, pues algunos también sufrieron la pérdida de sus viviendas.

“La primera vez que nos juntamos se trató de contarnos cómo habíamos vivido la experiencia. Y todos lloramos. Porque nos dimos cuenta de que teníamos todo guardado. La segunda vez nos hicieron un tratamiento a través de la musicoterapia. Y uno se imaginaba una playa, un campo, era transportarse a otro mundo. Eso nos hizo muy bien. Nos hicieron unos ejercicios y todos salimos felices cuando terminó. Claro que el último

¹⁰⁹ Departamento Administrativo de Educación Municipal.

minuto fue volver a la realidad. Y cuando volvimos estábamos un poco más fuertes. Igual se nos cayeron las lágrimas pero como que ya estábamos viviendo otra etapa. Estábamos tratando de enfrentar el terremoto, porque antes no lo hacíamos. Fue una terapia muy constructiva para todos”, cuenta Margarita Contreras, jefa de UTP Planes y Programas de la escuela Brisas del Mar.

En esos días de capacitación los profesores decidieron ir todos juntos a Tubul para ver a sus niños y acompañarlos en el dolor. El encuentro, lleno de amor y emociones a flor de piel, fue una de las experiencias más conmovedoras que recuerda María Cristina Peña. “Cuando llegamos fue muy triste porque los niños nos estaban esperando. Empezamos a bajar y todos parecían unas palomitas corriendo de los campamentos a recibir a sus profesores. Las colegas se pusieron a llorar y fueron a ver sus salas. Fue una cosa muy impresionante encontrarse con esa realidad. Porque nosotros no habíamos dejado así la escuela. Fue muy triste ver como mis colegas lloraban todas junto a sus alumnos”, relata emocionada.

Al terminar la visita, la directora recibió una feliz noticia vía teléfono desde el departamento de Educación: el gobierno de Suiza había donado 5 grandes carpas para sustituir provisoriamente la escuela, las que serían instaladas en colaboración con la Cruz Roja chilena y Caritas Chile. Para el primer día de clases, el 7 de abril, los profesores –en su mayoría mujeres- decidieron ir todos en bus y con delantal blanco, en una travesía que duraba más de una hora por los sinuosos cerros de Raqui Alto. Cuando llegaron, niños y apoderados se acercaron para abrazarlos y darles la bienvenida. “Era igual como si hubiese llegado la Miss Chile a Tubul”, cuenta Margarita.

Posteriormente, los docentes decidieron no irse más por los cerros y ya que el puente Tubul estaba destrozado en bloques, cruzaban el río en los denominados botes-taxi conducidos por boteros que cobraban hasta 200 pesos por viaje. Era como la antigua época de las balsas, pero en embarcaciones más pequeñas y con recorridos más cortos. Cuando llegaban a la orilla, debían caminar casi un kilómetro por el barrial para llegar a la

escuela. En la mitad del trayecto, pasaban a la casa del bibliotecario Bartolo Brenet, quien almacenaba las colaciones diarias de los niños.

“Pasábamos en bote todas las mañanas y al otro lado caminábamos como media hora para llegar a la escuela. Íbamos a buscar la leche de los niños donde don ‘Tolo’ y la llevábamos en una carretilla. Yo les gritaba todo el camino a los niños que venía la leche con las galletas. Entonces todos llegaban desde los campamentos a buscar su alimentación y nos íbamos caminando junto con los colegas y los niños atrás”, cuenta Adriana Lermada, educadora de párvulos de la escuela.

Quizás los que más habían sentido el golpe del terremoto eran los niños, pues habían perdido lugares y espacios para el juego y en consecuencia el regreso a clases sería muy distinto al originalmente previsto. La vivienda de los alumnos ya no era la misma, la escuela tampoco y las condiciones de vida habían cambiado dramáticamente. Las conversaciones ya no girarían en torno a las vacaciones, los viajes a Concepción o los nuevos regalos que habían recibido en Navidad.

Por lo mismo, más que clases formales lo que trabajaban con los niños era la comunicación, la conversación y las actividades en formato taller, privilegiando las expresiones artísticas. Las escuelas debían hacer intervenciones en crisis, garantizando que escolares y profesores compartieran lo que vivieron. Así, trabajando con cursos combinados en las carpas, los niños estaban ansiosos, acelerados y sentían la infinita necesidad de contar todo a través de los dibujos.

“La bienvenida fue puro juego y dinámicas. También pintaron. Trataron de reflejar lo que habían vivido en el terremoto. A ellos les gusta el mar, pero le tienen temor a las olas. El terremoto fue muy fuerte, pero lo que más los impactó fue que el mar les arrebatara sus hogares”¹¹⁰, señala Ignacio Catrileo, el único profesor hombre de la escuela y quien lleva 26 años ejerciendo en la caleta.

¹¹⁰ Las Últimas Noticias. El Día. Pág. 20. Lunes 12 de abril de 2010.

En los dibujos los niños retrataron lanchas con olas y peces encima, edificios destruidos, monstruos marinos emergiendo del mar y los bloques del puente pintados con lápiz rojo, cada uno sobre el otro como las piezas del dominó cuando caen y quedan montadas. También había otros bosquejos más positivos, con soles que sonríen, flores de colores y muchos helicópteros con ayudas en ropa y comida. “Hicimos una recopilación de todos los dibujos –señala Adriana-. Los míos dibujaban mucho a un superhéroe. Ellos querían un superhéroe, alguien que llegara a rescatarlos, porque dibujaron mucho a Superman. Y querían que los salvara, porque encima de las casitas dibujaban las olas. Más de alguno debe haber visto el tsunami y otros no porque estaban en los cerros”.

En el Liceo de Llico también hicieron estos ejercicios artísticos, pero los resultados fueron distintos a los obtenidos en Tubul. Para los niños no había destrucción de lanchas, casas ni olas inmensas entrando en la ciudad, ya que expresaron una realidad paralela y nostálgica de su caleta.

“Lo que más me sorprendió es que ellos seguían dibujando que estaban sus botes ahí en el muelle. Para ellos Llico seguía igual como era. No hacían la distinción de que el muelle no estaba o que no había casas. Ellos dibujaban los botes con sus gaviotas y los peces al lado. No hacían la diferencia. Todavía creo que no asimilan que su caleta ya no está igual”, cuenta Jocelyn Sáez, docente de educación básica. “Quieren olvidarlo, superarlo. Los grandes también. La mayoría dibujó a Llico como era antes del terremoto. Como que se quieren saltar o enterrar lo que pasó”, agrega la profesora de lenguaje Edith Romero.

Cómo se vivirían las primeras semanas de clases era clave en la forma en que los niños responderían en el año. El plazo oficial para comenzar el periodo escolar ya se acercaba y en Tubul seguían con la inseguridad de trabajar en carpas, ya que ante cualquier réplica los niños se asustaban y algunos apoderados los esperaban nerviosos afuera durante toda la jornada. Pero tal como ocurrió con las carpas, en el momento en que veían más negro el futuro llegó otra buena nueva que les alegró el alma a todos: una escuela modular le había sido adjudicada a Tubul y sería instalada antes del 26 de abril.

La obra surgió por iniciativa de Fernando Valenzuela, gerente de operaciones de la Compañía Sudamericana de Vapores, quien a instancias del Mineduc y gracias al financiamiento del empresario brasileño Rolando Hultmann y al diseño elaborado por el 5° año de Arquitectura de la U. Finis Terrae, logró implementar en menos de una semana el montaje de los *containers* llevados en tres convoyes desde Santiago a Tubul. Esta fue una de las etapas más importantes y emotivas no solamente por la materialización de una realización colectiva, sino por la respuesta a la esperanza y expectativa que habían puesto los habitantes de la caleta para ver la escuela funcionando a tiempo para sus niños.

La escuela fue inaugurada por el ministro de Educación y las autoridades regionales, provinciales y comunales el domingo 25 de abril a las 11:00 hrs. “Fue muy bonito y hubo harta concurrencia de público. El helicóptero del ministro aterrizó en la vega y los niños corrían por la novedad. El ministro tocó la campana con la intendenta Van Rysselberghe y los alumnos corrieron a sus salas y se encontraron con su maletín y sus mochilas. Todos los niños decían que su escuela era más bonita que la otra y que como las salas son chiquititas eran acogedoras”, señala la directora María Cristina.

La escuela modular consta de 22 contenedores, 20 de ellos dispuestos a nivel de piso y dos en altura que ayudan a conformar el acceso. Sobre el portal están la sala de profesores y la oficina de la directora. Todos los patios y recorridos están techados con una estructura de acero con policarbonato para proteger de la lluvia. Los módulos fueron entregados con mobiliario, iluminación, revestimiento y aislación interior, ventanas tipo termopanel de PVC, computadores y calefacción. Incluso la sección destinada a baños y duchas, posee un panel solar instalado en el techo que hace posible contar con agua caliente todo el año sin gastar energía.

Ahora la escuela Brisas del Mar de Tubul reunía todas las condiciones de infraestructura para comenzar en forma normal. Lo físico estaba solucionado, pero ahora había que trabajar en el plano psicológico con los 314 niños. Por eso el rol de los docentes era vital: después de los padres, eran ellos los adultos a cargo de los niños. La presencia de profesores acogedores, por lo tanto, era fundamental para sobreponerse a las situaciones

adversas en el aprendizaje. Los docentes debían abrir espacios para que los niños expresaran sus emociones y al mismo tiempo enseñarles por qué ocurrían los sismos. Lo primero permitía canalizar mejor los sentimientos, mientras que racionalizar el hecho ayudaba a disminuir el temor.

Así comenzaron a trabajar periódicamente haciendo ensayos de evacuación, tanto en Tubul como en Llico. Los planes de adecuación de los sistemas de seguridad se implementaron y mejoraron los índices en cuanto a tiempo y calidad de los simulacros. “Ahora tenemos todo coordinado y los niños salen súper ordenados y rápidos porque ya tienen asumido cómo y por dónde salir. Saben que tienen que formarse rápidamente y evacuar hacia el cerro”, relata Margarita Contreras. “Yo no lo hago como que algo grave está pasando –cuenta Adriana Lermenda-. Sino que les digo que es una competencia y que tenemos que ganarle a toda la escuela. Entonces los míos salen rapidito, se forman, se toman de la cuerda y están listos para tomarles la mano a los niños del 7°. Se colocan en línea y nos vamos caminando”.

La primera medida era darles seguridad. Los niños necesitaban certezas, por lo que era esencial mostrarles que el establecimiento era seguro. También había que evitar cuestionarlos, dejando que manifestaran sus emociones sin que el adulto acaparara todas las conversaciones. Así, paulatinamente, retomarían la rutina sin que ello significara como si nadie hubiera pasado.

“Nosotros intentábamos que el accionar de la escuela fuera normal. Esa era la única forma de entregarles a los niños esa sensación de que pese al terremoto las cosas estaban bien. Si nosotros hacíamos muchas cosas extraordinarias obviamente que ellos iban a sentir que el proceso era extraño. Lo quisimos hacer así. Volvimos, entre comillas, a la normalidad. Por periodos más cortos, los niños venían en la mañana, se iban al mediodía. Trabajamos con cursos normales, no hicimos ninguna separación en ese sentido”, recalca Mario Vidal, jefe de UTP básica del Liceo de Llico.

A medida que el año escolar se regularizó, los estudiantes volvieron al sistema tradicional de jornada escolar completa. Sin embargo, los días perdidos difícilmente se recuperarían,

por lo que tanto los directores como los jefes de UTP comenzaron a implementar diversas disposiciones para que los contenidos del año escolar que ya estaba planificado sufrieran las menores variaciones posibles.

“Hemos tenido que priorizar contenidos, porque es un hecho que no se va a alcanzar a pasar todo lo planificado. Cada subsector tiene una malla curricular diferente y están todos realizándose, pero sucede que dentro de un subsector, por ejemplo, en lenguaje, hay una malla de contenidos. Entonces cada profesor va a priorizar lo que le sirve más a su curso. El profesor de asignatura es el que va decidiendo”, señala Susan Saavedra, jefe de UTP media del Liceo Filidor Gaete.

“Ha sido el impacto tiempo versus programa”, acota Mario Vidal, señalando que son 10 meses de año académico y ellos perdieron casi un trimestre. “A fines de mayo recién volvimos a la normalidad, a funcionar regularmente. Nosotros tratábamos de hacerlo pero la situación te decía lo contrario. Había problemas de caminos, los buses no pasaban, llegaban unos pocos alumnos y los otros se quedaban, después de una réplica la ausencia aumentaba. Entonces todo eso hacía que la situación fuera irregular. Antes igual funcionábamos todos los días con horario definido, pero por un lado la asistencia de los alumnos era mala y por otro tenías que enfrentar la contingencia”.

En Tubul también reconocen que difícilmente podrán cumplir con el currículo completo. Hubo que reorganizar la escuela desde cero y comprimir mucho las materias para cumplir con los contenidos mínimos obligatorios que exige el Mineduc. Aún así, la profesora Margarita cree que con los cursos chicos van a cubrir cerca del 90% de los contenidos, casi como se conseguía antes. “Pese a que vamos a tener menos tiempo, sí se está logrando. Porque nos propusimos tratar de pasar el máximo de contenido y se está haciendo. Pero ahí está también el apoyo de las familias, porque cuando apoyan los niños suben su rendimiento”, cuenta Margarita.

El sostén de las familias es fundamental para que los alumnos superen su situación de estrés. Y es que vivir en campamentos y en mediaguas los ha afectado enormemente, lo que se ha visto reflejado en sus comportamientos tanto en la sala de clases como en los

recreos. Los docentes han detectado conductas más agresivas, más irritables. Como que los niños andan extrovertidos y no tienen pudores para dejar salir más de ellos mismos en forma auténtica.

“En la escuela de nosotros también se ve reflejado lo que traen de sus casas los niños, los problemas de convivencia, la falta de espacios, la agresividad. Acá en Tubul tenemos tantos campamentos que los niños prácticamente están viviendo en la calle. Entonces como las casas son tan chicas, cuando no hay clases y el tiempo está bueno el niño come en la casa y el resto del día a la calle”, señala Margarita. “Mis niños todavía tienen miedo a estar solos –añade Adriana-. Porque se ponen muy inquietos cuando uno los deja en la sala. Y hay uno en especial que tiene temor de que su papá lo deje. Porque hubo un problema en el matrimonio, ellos son tres y su papá no estaba. Entonces ese es el miedo que él tiene, que su papá se vaya con otra señora”.

El hacinamiento y las transformaciones motivadas por el brusco cambio de vida también detonaron nuevas formas de relacionarse entre los alumnos de Llico. Los cursos superiores a 4° año, por ejemplo, ven la escuela como una vía de escape, un lugar donde se pueden olvidar de todas las dificultades generadas por la falta de privacidad y la abulia existente en los campamentos. Los niños más chicos, en cambio, quieren aprender y lo hacen, pero cargan consigo una mochila de vivencias que a su edad y producto de la falta de intimidad y espacios, no deberían estar sobrellevando.

“Lo primero que percibí es que los padres les transmiten hartito la sugestión a los niños. Cada vez que habían sismos me decían ‘¿tía lo sintió? con mi mamá estuvimos hasta tarde esperando que pasara algo’. Lo que influye hartito en eso es la parte social, el medio donde se desenvuelven los niños. Por ejemplo, yo tengo un niño que se fue al campamento y viven todos amontonaditos. Entonces ahí se ve de todo y él llega contando cosas acá y uno tiene que llamarle la atención. Le digo que no se debe hacer eso, que no se debe golpear, porque él se puso más agresivo. Hay otro que después del terremoto está lejos. Se fue con su padre y se separó de su mamá e igual está reprimido. Entonces el cambio

social se refleja en la disciplina acá en la escuela. Pero al menos ellos, los más chiquititos, quieren estar acá y aprender”, relata Jocelyn Sáez.

Elemental en la identificación de los niños que requieren apoyo adicional ha sido la labor de profesionales que se han ido sumando a estas escuelas a causa de la contingencia. En Tubul, y a diferencia del año pasado, ahora cuentan con asistente social, psicólogo y psiquiatra, quienes han descubierto una serie de traumas que se han ido tratando por medio de terapias y refuerzo emocional.

La rehabilitación de las escuelas en Llico y especialmente en Tubul, ha sido a lo largo de estos meses post terremoto una fuente de ayuda inconmensurable para padres e hijos establecidos en campamentos. Desde el inicio de las clases, cuando se encontraban aún habitando los cerros, hasta la regularización parcial del año académico viviendo en las precarias mediaguas de 3 por 6 metros, los alumnos han mitigado el dolor y el trauma generado por sus golpeadas existencias. Al calor del proceso educativo se incubaron futuras formas de enfrentar la catástrofe, con valores tanto espirituales como profesionales para superar el complejo de vivir en las denominadas ‘carpas de madera’.

V.

Subsistir en 18 m²

El jueves 18 de marzo, en su primera cadena nacional por radio y televisión, el Presidente Sebastián Piñera puso fin a la etapa de emergencia inmediata señalando que se iniciaba una segunda fase de reconstrucción con dos grandes misiones: otorgar viviendas o soluciones de emergencia a quienes perdieron sus hogares antes de que se inicie el invierno; y restablecer la conectividad de pueblos y ciudades reparando caminos, carreteras, puertos y aeropuertos¹¹¹.

El compromiso era levantar 40 mil mediaguas antes del 11 de junio, justo en los días en que arrecian las lluvias y el frío. El viernes 26 de marzo, en una visita a la región del Biobío, Piñera anunció el programa Manos a la Obra, cuyo objetivo era –por medio de las Municipalidades- entregar a las familias damnificadas materiales de construcción que les permitieran reparar en sus viviendas los daños ocasionados directamente por el terremoto, sus réplicas o por los maremotos consecuentes. La intendenta Van Rysselberghe cifró en 23 mil las viviendas requeridas para la región, advirtiendo que no todas las personas estaban en campamentos. “Muchos están en casas, de allegados, y requieren reconstruir en sus propios sitios”¹¹², aseguró.

Aún cuando tanto en Llico como en Tubul todavía no se reponía completamente ni el orden público ni los servicios básicos, las medidas de gobierno agilizaron las labores de construcción de mediaguas en la primera caleta. Después de la desavenencia entre el alcalde Mauricio Alarcón y un Techo para Chile, por la calidad de las viviendas de emergencia, el edil manifestó el 4 de abril que ya se habían superado las diferencias y que

¹¹¹ La Tercera. Nacional. Pág. 2. Viernes 19 de marzo de 2010.

¹¹² El Sur. Reportajes. Pág 31. Domingo 11 de abril de 2010.

“quedaron de instalar setenta soluciones. Para los habitantes de Llico se proveerá un kit con aislante y forro para que los paneles no dejen pasar el frío y la humedad”¹¹³.

Así militares y voluntarios de Un Techo para Chile trabajaron intensamente en su construcción y en la primera semana de abril ya se habían montado 70 mediaguas listas para ser habitadas¹¹⁴. Estas se distribuían en la aldea o campamento –sobre un terreno cedido en comodato por Bosques Arauco- y en los sitios de residente, que son mediaguas instaladas en dominios de propiedad privada. Posteriormente se fueron agregando más y se llegó a la suma de 69 mediaguas en sitio de residente y 30 en la aldea situada en la cancha de fútbol de la localidad¹¹⁵.

Pese a que las viviendas estaban dispuestas para recibir a los llicanos, lentamente la gente comenzó a bajar de los cerros, todavía muy reacia a vivir en paneles de madera que no encontraban aptos para resistir los embates del invierno. Por lo tanto, las mediaguas estuvieron alrededor de 15 días sin moradores. Ellos seguían en los cerros, en campamentos, cubiertos por la densidad de los árboles y las ranchitas fabricadas en comunidad. Otros tantos estaban asentados en el albergue del liceo, pero sabían que tendrían que desalojar prontamente el local debido al inicio del año escolar.

Así, paulatinamente y viéndose obligados a habitarlas debido a la escasez de alternativas, los pobladores de Llico se fueron asentando en las mediaguas. El sábado 17 de abril, el ministro de Planificación Felipe Kast visitó a los damnificados, a quienes les llevó materiales para reforzar el estado de las viviendas. “Este aislante térmico, consistente en planchas de plumavit, permite que se mantenga la temperatura en las viviendas de emergencia, de modo de ir mejorando la calidad de vida de las familias afectadas”¹¹⁶, dijo el titular de Mideplan.

Juan Salas y Celina Melita fueron los primeros llicanos que habitaron estas viviendas compuestas por ocho paneles prefabricados de madera de pino radiata, que con dos

¹¹³ Las Últimas Noticias. Política. Pág. 28. Lunes 5 de abril de 2010.

¹¹⁴ El Sur. Vida Social. Pág. 15. Lunes 5 de abril de 2010.

¹¹⁵ Cifras recogidas en el mes de septiembre.

¹¹⁶ El Sur. Crónica. Pág. 6. Domingo 18 de abril de 2010.

ventanas y una puerta conforman un ambiente de 3x6 metros¹¹⁷. Al ingresar la primera impresión no fue de las mejores. El espacio era muy chico, había filtraciones de aire y muchas viviendas estaban ‘en verde’, por lo que la madera se empezó a fisurar. Las planchas estaban mal clavadas y las ventanas eran de madera, lo que significaba vivir en penumbras.

“Aquí mandaron unos universitarios a armar las mediaguas. Después las desarmaron. Embromaron más de un mes. Estaban mal techadas, las construían mal. Ellos vinieron con el mayor cariño porque eran voluntarios, así que no les podíamos decir nada. Pero cuando viene el viento norte la mediagua se mueve toda. Cuando hay temblores también se mueve más fuerte. La otra vez nos levantamos todos en el campamento para ese temblor fuerte que hubo a las 3 de la mañana. Yo no *me hallo* nada aquí”, cuenta la señora ‘Chela’ Melita.

Cuando recién llegaron la aldea no contaba con el equipamiento básico estipulado en el Programa Mejoramiento de Barrios (PMB). Sólo poseían el cierre perimetral hecho por la Constructora Arauco S.A., pero no había estabilizado (ripio de los pasajes), canales de evacuación de aguas lluvias, instauración y habilitación de baños y una planta de tratamiento, ni tampoco el kit eléctrico para los hogares compuesto por cuatro enchufes y dos soquetes. Pasearse por los campamentos era como retroceder medio siglo de nuestra historia. Un país que había vuelto al blanco y negro de la noche a la mañana. La gente acarrea agua en baldes, lavaba su ropa en bateas, comía a la luz de las velas y a falta de duchas tenían que trapearse con pañitos untados en agua tibia. La situación era realmente precaria y se recrudecía cuando venían las ráfagas de viento y lluvia.

“De primera se me goteaba la casita, porque algunas venían chuequitas de ala y otras con ala larga. Estaban muy anchas y desclavadas las planchas. El viento las agarraba y las empezaba a mover. No me dejaba dormir por la sonajera. Todavía hay mediaguas donde las planchas están amarradas con cordeles para que no se vuelen. Entonces una vez con un temporal tuve que levantarme a las 4 de la mañana porque el viento me desclavó las

¹¹⁷ http://www.interior.gov.cl/filesapp/anexo2_viviendas_emergencia.pdf

planchas. Así que tuve que reforzarlas con unas tablitas y clavarlas mejor también”, recuerda Ramón Carrillo.

En vista de esta situación el gobierno recibió hasta el 10 de mayo los proyectos de los municipios para realizar mejoras en los campamentos de mediaguas. En una circular en que detalló el denominado Programa Aldeas, el ministro del Interior, Rodrigo Hinzpeter, indicó que el objetivo era “mejorar la calidad de vida de los damnificados que se encuentran viviendo temporalmente en los asentamientos provisorios”¹¹⁸. Así se regularía la instalación de viviendas de emergencia, estableciéndolas en terrenos limitados con no más de 60 mediaguas por aldea, con un sector de baños conectados a alcantarillado, un área de lavaderos comunes, espacios para disponer de basura y conexión a electricidad.

Hasta mayo, sin embargo, la historia de angustia que comenzó a escribirse el 27 de febrero seguía con fuerza. Pese a que el tiempo había sido benevolente con los llicanos y las mediaguas entregadas por el gobierno permitieron salir de las carpas, el hacinamiento, la falta de servicios básicos y el frío que se colaba por las rendijas de las puertas y ventanas de las casetas comenzaron a agotarles la paciencia.

La sensación de fastidio era transversal entre quienes habitaban estas verdaderas ‘carpas de madera’. Una muestra de ello fue la quema de una mediagua efectuada el 12 de mayo por Francisca San Martín en la ciudad de Penco, argumentando que los paneles estaban chuecos y no servían. La encendida protesta generó revuelo en todo el país y la intendenta Van Rysselberghe salió al paso diciendo que “mientras no haya una solución definitiva va a haber disconformidad. Lo que genera impaciencia en la gente es pensar que la situación de emergencia se va a extender eternamente”¹¹⁹.

Uno de los críticos más enardecidos fue Miguel Lawner, ex director ejecutivo de la Cormu, entidad encargada del mejoramiento urbano durante la Unidad Popular. “Las mediaguas de Un Techo para Chile han sido diseñadas por gente incompetente”, aseguraba el arquitecto, agregando que las viviendas presentaban fallas estructurales impresentables.

¹¹⁸ La Segunda. Crónica. Pág. 5. Martes 4 de mayo de 2010.

¹¹⁹ El Sur. Crónica. Pág. 7. Martes 18 de mayo de 2010.

“Una de ellas es la ausencia de diagonales, indispensables para la resistencia a vientos o temblores; otro es la carencia de aleros lo que es imperdonable en una zona de lluvia y, por último, la instalación de pollos de fundación sin la debida impregnación para resistir la humedad”¹²⁰.

Debido a las múltiples quejas, el gobierno tomó la determinación de fortalecer el programa Manos a la Obra, poniendo en marcha una segunda etapa denominada Mejora tu Vivienda, consistente en entregar nuevos materiales de construcción para enfrentar el invierno por un monto no superior a 100 mil pesos por vivienda. Esta vez, y debido al descontento de pequeños y medianos ferreteros, los proveedores ya no serían exclusivamente Homecenter-Sodimac, Easy y Construmart –como lo había dispuesto el gobierno-, sino también todas las ferreterías y establecimientos que vendieran los materiales requeridos¹²¹.

De esta manera, en Llico recibieron de parte del municipio 16 planchas de zinc y dos kilos de clavos por vivienda. Con ello, más algunos materiales conseguidos por cuenta propia, algunos damnificados que viven con familia pudieron ampliar el ambiente de la mediagua, con el fin de tener más privacidad y espacios. Esto fue un gran avance, porque al principio familias de hasta cuatro personas debían arreglárselas para acomodar el dormitorio, la cocina y el comedor en 18m². Un estilo de vida asfixiante y problemático.

“Al llegar fue como volver a la Antigüedad, porque andábamos cargando agua en baldes y los baños estaban muy lejos. La mediagua era chica. Y le hicimos una ampliación donde pusimos dormitorios y ahí vivo con mi mujer y mis dos hijos. Han sido fuertes las lluvias. Y hemos resistido esos chubascos porque la casa la arreglamos bien con los zinc y no nos goteamos”, señala José Sánchez. “Después salieron esas ayudas y nosotros también ampliamos”, relata la señora ‘Chela’, quien vive con su marido y una hija. “Nos quedó

¹²⁰ The Clinic. Reportajes y Entrevistas. Jueves 17 de junio de 2010.

¹²¹ Tales como planchas de revestimiento de muros, pisos y cielos, cobertores y cubiertas de techos en general, aislantes, impermeabilizantes, selladores, ventanas y puertas económicas, marcos de ventanas, vidrios, y las herramientas básicas necesarias para la instalación de todos estos materiales. <http://www.interior.gov.cl/filesapp/circular%2042.pdf>

buena. La tuvimos que reconstruir casi de nuevo. Volver a clavarla, a martillarla. La reforzamos. Ahora no se nos llueve como los primeros días que se goteaba. Teníamos que ponerle un nailon grueso”, recuerda.

Así los llicanos fueron surgiendo de su estado de indefensión, recibiendo muchas donaciones de particulares, algunas menores del gobierno y otras mejoras que fueron financiadas por sus propios bolsillos. La precariedad de los canales de evacuación de aguas lluvias, la inhabilitación de las duchas y la falta de una planta de tratamiento, sin embargo, seguían siendo un problema todavía en el mes de junio. Ya contaban con agua potable y electricidad (tanto externa como interna), pero estaban lejos de vivir una realidad apacible tomando en consideración los fuertes aguaceros que se aproximaban y la falta de dinero producto de la cesantía.

“Una estaba acostumbrada a otra vida. Con mi marido entregábamos pancoras casi día por medio. Unas 500 u 800, 300 cuando estaba malo. Los sábados cocía pancoras y las vendía. Entonces llegaban moneditas y ahora no llega ninguna. Yo tengo una pensión de invalidez que son 75 mil pesos. Ahora estamos pagando la luz acá en la aldea y nos salió 8.500 pesos. El agua también. Y se hace poco porque mi marido es pescador y perdió sus botes. Él sale a buscar leña para el cerro al hombro nomás para evitar compras gas. Entonces en todas esas cosas se nos va la plata altiro”, cuenta la señora ‘Chela’ muy acongojada.

En Tubul, en tanto, el estado de avance era aún más crítico. La instalación de las mediaguas significó un trabajo arduo y en el proceso de implementación, específicamente en la comuna de Arauco, resultó difícil regularizar los sitios para colocar los campamentos. El mayor retraso se presentaba en la etapa de identificación del terreno y en la consiguiente negociación de arrendamiento, agravada por el hecho de que los precios del mismo subieron hasta 10 veces su valor normal.

La velocidad en la entrega de las mediaguas se caracterizó por su tardanza. La propia intendenta Van Rysselberghe y el alcalde Alarcón emitieron duras críticas, señalando éste

último que “no era una institución de voluntariado (Un Techo para Chile) precisamente la que debe coordinar eso”¹²². Los tubulanos todavía recuerdan aquel miércoles 5 de mayo, la primera jornada de fuertes precipitaciones y vientos huracanados que dejó anegadas a las 200 familias que se encontraban en los cerros viviendo en carpas y casuchas. “Por afuera de las carpas pasaba un verdadero río. Al menos yo me desvelé arreglando el nailon que se rompió y sacando el barro. Fue duro. Ojalá nos entreguen luego las mediaguas para estar más tranquilos”¹²³, sostenía Lilian Alveal, que junto a sus cinco hijos vivió la primera advertencia de la inclemente estación invernal.

El frente de mal tiempo mojó colchones y ropas y generó la exposición al frío de los viejos, quienes pasaron la noche en vela resguardando la integridad de los niños para que no terminaran empapados o en el hospital. El diagnóstico de las autoridades fue enfático: había que acelerar a como diera lugar la construcción de las mediaguas, sacar a los habitantes de los cerros antes de que llegara el invierno, tal como lo había ordenado el Presidente Piñera. De las mil 896 mediaguas requeridas en la comuna de Arauco se habían erigido 427. Además, alrededor del 85% de las familias en campamentos estaban en Tubul¹²⁴.

La primera aldea en conformarse fue la Villa Las Rosas de Puerto Varas, perteneciente a la Aldea Tubul I. Este es el campamento más pequeño de la caleta, ya que cuenta con sólo 20 mediaguas donadas por el Colegio Alemán de Puerto Varas. “Sin pensarlo dos veces nos vinimos. Este colegio alemán nos apadrinó y han seguido visitándonos para ver lo que nos falta. La aldea venía con kit de luz para todas las mediaguas, pero no las habían puesto porque no había avance en cuanto a la reposición de la electricidad para las aldeas”, cuenta Luis Becerra Lemunao.

La mayoría pasó los meses de marzo, abril y la mitad de mayo en los cerros. Luego se habilitaron las aldeas Tarpellanca y Rupalafkenche, también ubicadas en la Aldea Tubul I, y

¹²² Radio Bío-Bío. Nacional. Miércoles 24 de marzo de 2010.
<http://www.radiobiobio.cl/2010/03/24/alcalde-de-arauco-senala-que-nunca-rechazo-mediaguas-para-su-comuna/>

¹²³ La Estrella de Concepción. Crónica. Miércoles 5 de mayo de 2010.

¹²⁴ *Ibidem*.

los pobladores comenzaron a bajar en mayor número. Al hacerlo, también se encontraron con la dificultad de no contar con el suministro eléctrico. Para paliar la situación, en la aldea Villa Las Rosas ocupaban un generador eléctrico a gasolina por el que las familias gastaban 1.500 pesos cada dos días para costear la bencina. Como muy pocos trabajaban, mantenerlo se hizo insostenible, por lo que decidieron ‘colgarse’ del alumbrado público poniendo en serio riesgo sus vidas y viviendas. A esto había que sumar la falta de agua, baños y basureros, convirtiendo estos sectores en posibles focos de infección.

José Luis Fernández llegó a fines de abril y se estableció en la aldea Rupalafkenche cuando había cuatro casitas paradas y el barrial se extendía por todo el terreno. “Una casa estaba bien abajo y la descartamos, porque con las lluvias se llenaría de agua por la pendiente. Había otra que tampoco nos gustó porque al lado había una persona buena pal’ boche y que ya habíamos tenido como vecino en nuestra casa antigua. Y entonces nos quedaba ésta casita o la de al lado. Y opté por ésta por el hecho de conocer más el terreno. Porque como estaba la casa en altura, la lluvia iba a correr hacia abajo para la vega. No íbamos a tener las pozas de agua debajo de la casa”, cuenta José Luis.

Y se instaló en esa casa esquina que al principio le trajo problemas familiares por su elección. Porque allí se encontraba el acceso de la aldea y cuando iban a dejar bencina en camioneta toda la gente se agolpaba afuera de su casa. Además, a veces los vehículos llegaban a ‘chillar’ cuando se enterraban en el fango y también pasaban ‘curaditos’ que se equivocaban de mediagua y les golpeaban la puerta de madrugada. Con el tiempo y la llegada de las lluvias torrenciales, la ubicación los favoreció, pero igual se goteaban por las malas construcciones.

“Pasamos hartas penurias los primeros días en esta casita. Porque los universitarios que las construyeron las hicieron voluntariamente y sería malo haberles exigido algo, pero la hicieron a la rápida nomás. Un clavo por aquí y otro por allá. Y a veces no le pegaban ni siquiera al palo para que quedara clavada. Nosotros tuvimos que clavarla casi toda de nuevo. Porque a algunas planchas le ponían como cuatro clavos nomás. Y eso es muy poco para los temporales que tenemos acá”, señala.

Con las tablas y paneles de las mediaguas que quedaron botadas porque la gente las rechazó, José Luis pudo ampliar su casa, hizo separaciones y hoy cuenta con una pieza matrimonial y dormitorio propio para sus dos hijas. Así, con esfuerzo, construyó una vivienda más digna que ya no se gotea y que entrega mayor privacidad. Ahora tenía ‘algo mejor, algo propio’, pese que las ventiscas, las bajas temperaturas y las lluvias habían desnudado muchas de las falencias que sufren los campamentos de desplazados por el terremoto. Algo que se podía predecir cuando los informes meteorológicos anunciaron los chaparrones que venían.

Los damnificados comenzaron a preguntarse si podrían soportar un largo período en estas soluciones habitacionales temporales. Los plazos que se barajan para soluciones definitivas van desde los 6 meses a los dos años, por lo que muchos se hacen la idea de esperar ya que no tienen otra opción. “Para salir del paso, para el momento, son buenas. Pero para pensar vivir un año o dos años... El gobierno está equivocado en pensar que son habitables por tanto tiempo. Tener que pasar un invierno lluvioso o un otoño helado en estas condiciones, no es muy digno”, agrega José Luis.

Luisa Parra llegó en mayo a la aldea Tarpellanca y cuenta que también fue deshonroso comenzar a vivir en ella. “Nosotros nos vinimos como a los dos meses y medio para las mediaguas. Al llegar acá, como nos pilló el invierno el agua estaba hasta arriba. Quizás a las casas no entraron, pero se inundó todo esto. Porque esta es una vega para sacar camarones entonces se llenó de agua y estaban los barriales. Igual la sufrimos. Había gente a la que se le voló el techo, por el hecho de no estar bien afirmados. No fueron hartas, pero igual volaron, porque aquí el viento es fuerte. Para el invierno es cosa seria”, relata.

Para Orfelinda Monsalve, también residente de la aldea Tarpellanca, lo peor al principio era el agua potable, los baños y los diluvios. Cuando llovía, muchas personas que estaban todas inundadas salían de sus viviendas a las tres de la mañana con sus guaguas para habitar una mediagua desocupada que estuviera más seca. Los niños y abuelos con asma se enfermaron. Para peor, la gente deshumedecía sus casas con carbón y muchos niños se

volvían a indisponer. La incomodidad de no tener los servicios en su casa, como el agua y los sanitarios, por ejemplo, también era traumático. En las noches, cuando los niños estaban ‘mal de la guatita’, debían salir con lluvias a los baños químicos con las graves consecuencias que acarrea para la salud.

“Cuando tenían que ir al baño los niños, de aquí a allá quedaban todos mojados. Lo del agua igual fue complicado. Al principio pasaba un camión repartiendo en las casas, pero de repente llegaba a la esquina y se vaciaba entero. Porque la gente sacaba para tomar, para lavar, para cocinar, para asearse, para todo. Y se agotaba. No se podía lavar porque no quedaba agua y después cuando lavábamos no podíamos secar la ropa por el tiempo malo. Teníamos la montonera de ropa porque los niños se lo pasaban cochinos por los barriales”, señala esta tubulana que tiene tres hijos.

Un caso especial que generó grandes problemas administrativos en la caleta fue la instauración de la aldea San Carlos de Maipo, donada por la fundación de igual nombre y que se emplazó en un terreno de la Asociación Gremial de Pescadores. Este campamento o Aldea Tubul II, consta de 76 mediaguas y a diferencia de las otras aldeas construidas en la zona, se aprecian mucho más presentables, al menos desde el punto de vista estético. El problema fue que la fundación donó las mediaguas a los afectados y después de reconocer que los recursos se les habían acabado, le traspasó la responsabilidad al municipio, pero ya habían quedado fuera de los plazos para obtener beneficios como forros o kit de aislación térmica.

Las casas prefabricadas eran de Metalcom, un sistema de construcción que brinda durabilidad, alta resistencia al fuego, termitas y corrosión, pero que en pleno invierno y sin revestimiento interior son verdaderos témpanos de hielo. “Hicimos la inauguración y la gente de la fundación se fue para Santiago. Siempre han estado llamándonos, pero no estamos apadrinados por ellos ya que se lo entregaron todo a la municipalidad. Estas casas son de metal y es un congelador adentro porque no tienen forro. Entonces a veces la gente se pregunta ¿por qué me vine para acá? Eso me frustra mucho, porque el gobierno comunal no se ha hecho presente en esta aldea. Por lo que más he luchado y

que incluso llevé fotos para la Intendencia, es por el forro de las casas”, decía Susi Hollander, vocera de la aldea San Carlos, antes de que se concretara la entrega del material.

Porque recién el 23 de agosto, después de que el municipio asumiera la tarea de urbanizar la aldea, se entregaron 25 planchas de terciado para cada vivienda por una suma total de 14 millones de pesos. Gracias a esta inversión los habitantes del campamento mejoraron su calidad de vida, muy diezmada por la desatención de las autoridades, el pésimo estado de los desagües y la estrechez de espacios para movilizarse. Por medio de la administración de Susi, tal como ha ocurrido con las dirigencias del resto de los campamentos, las familias de esta aldea han podido sobreponerse a un año muy doloroso y despiadado, gestionando sus necesidades en forma honesta y participativa.

“Ellos acuden mucho a mí para pedir ayuda y entonces les digo ‘a ver, qué estamos viviendo acá, no es tiempo de andar peleando, busquemos una solución’. Es tiempo de organización, les digo. La gente a veces no entiende mucho eso, que peleemos por algo que valga la pena. No porque una caja llegó más llena que la otra. Y eso se lo hago saber a las personas. Quiero trabajar por cosas más concretas”, concluye Susi Hollander, uno de los nuevos liderazgos emergentes de la caleta Tubul.

VI.

La voz de las aldeas

A medida que las aldeas se iban constituyendo, los vecinos que fueron poblándolas comenzaron a escribir un capítulo inédito en la hoja de vida de sus familias. Cada rincón de los campamentos les enrostraba una realidad que algunos ya creían superada y que otros desconocían. Un estilo de vida engorroso, desagradable, que les arrebatava el derecho fundamental de tener libertad para la privacidad. Porque en su casa “de emergencia”, colgar la ropa era exhibírsela al mundo, poner música era hacer discotecas y el llanto de un bebé a medianoche era una molestia generalizada.

Vivir con espacios comunes, por lo tanto, era un desagrado en la primera etapa de adaptación. Por lo mismo, generar instancias en las que la comunidad se articulara y aglutinara en torno a una causa específica fue complicado. No había voluntad de participación y era necesario acelerar la vuelta de tuerca para que la gente se percutiera del golpe y se concientizara de su situación actual. El lema entonces era no desmayarse ante la adversidad, superar la nostalgia de los recuerdos y aprender a unirse en un esfuerzo común.

Para ello, era esencial contar con personas aptas para liderar y representar las necesidades generales de las aldeas. Vecinos que supieran enrielar y gestionar los requerimientos colectivos, con el costo de sacrificar tiempo en la atención de sus propias familias. La labor, en consecuencia, involucraba una renuncia. Una privación a los afectos, al crecimiento de sus niños, un precio muy alto que pagar. Sin embargo, las que corrieron el riesgo entendieron que la misión era doblemente enaltecida, ya que iba en directo beneficio no sólo de sus seres queridos sino de toda una comunidad de damnificados.

En Tubul esta responsabilidad recayó en la voluntad y fortaleza de cuatro mujeres con un alto sentido comunitario. Cuatro voces que encabezaron la difícil tarea de la reconstrucción en condiciones altamente desfavorables. Sin experiencia dirigenal y con

un cúmulo de problemas a cuestas, comenzaron a labrar un camino averiado para llevar una vida lo más digna posible. Para hacerlo han tenido que lidiar con la infaltable envidia y el egoísmo, siempre anteponiendo el beneficio colectivo por sobre el individual.

En la aldea Tarpellanca, ubicada en la Aldea I y que cuenta con 54 mediaguas, la líder es Karen Cisternas, una joven dueña de casa de 25 años que vive con su marido y sus dos hijos de ocho y cuatro años. Ella bajó de los cerros a mediados de abril, siendo parte de una de las primeras familias que habitó estas viviendas de emergencia. Al llegar, la zona era un barrial intransitable con un entorno lleno de basura y perros vagos. A medida que el campamento se fue agrandando, fue surgiendo la necesidad de gestionar ayudas para conseguir baños, electricidad, agua y sobre todo ripio para las calles. Así, un día de mayo Karen estuvo en el lugar y el momento preciso para iniciar una impensada carrera como dirigente de aldea.

“Recuerdo que un día sábado llegó un camión de frutas, con carbón y otras ayudas. La señora que las entregó dijo que había que elegir una líder para que anotara a toda la gente que estaba viviendo acá. Y yo justo andaba con un cuaderno y un lápiz, que no sé por qué razón andaba trayendo. Después al otro día llegó otro camión con cosas y toda la gente vino a buscarme. Me decían ‘Karen te buscan, si tú eres nuestra dirigente, tú lo hiciste bien’. Ahí quedé marcada”, relata esta joven representante.

Una situación similar vivió Ivonne Mancilla, representante de la aldea Villa Las Rosas de Puerto Varas, quien más que elegida por su propia voluntad prácticamente fue designada por sus vecinas por reunir atributos favorables. Fue Nibaldo Contreras, presidente de la Junta de Vecinos del sector playa, quien le recomendó a las 20 familias de la aldea realizar una reunión y elegir a alguien responsable para que los liderara. En la cita, los vecinos decidieron por unanimidad proclamar a Ivonne como su delegada, ya que era la única que tenía contactos e hijos grandes para poder viajar sin problemas.

“Me eligieron porque la mayoría acá tiene niños chicos y otras personas tienen hijos enfermos. Así que acepté. Desde ese día comencé a hacer gestiones para que nos ayudaran. Porque los primeros días no teníamos nada. Salíamos a la municipalidad y

también venía don Mauricio Alarcón para preguntarnos qué necesidad teníamos. La gente igual me ha apoyado harto y ha facilitado las cosas. Si hay que juntarse, nos juntamos. Nos llevamos muy bien y prácticamente no hay peleas. Estamos en unión”, señala Ivonne, quien tiene tres hijos.

La vocera de la aldea San Carlos de Maipo, Susi Hollander, al igual que Karen e Ivonne tampoco tenía experiencia como líder vecinal. En una ocasión había sido presidenta de un taller de mujeres compuesto por 15 personas, nada parecido a la magnitud de representar a 76 familias. Cuando se presentó en el campamento para colaborar en la construcción de su casa, comenzó a asistir a reuniones donde la Fundación San Carlos expresó la necesidad de elegir a una persona encargada de la aldea. Así, convocaron a una asamblea y de un total de 60 votos, Susi consiguió 48 y se convirtió en la portavoz oficial de las familias.

“La gente igual me conocía porque la mayoría éramos vecinos del sector playa. Yo nunca me había involucrado en temas de dirigencia porque soy bien *piola*, pero conocían mi forma de ser y me eligieron. Y acepté pensando que iba a ser medio fácil. No le tomé el peso realmente al cargo, porque ellos me eligieron como administradora. Yo pensé ‘voy a administrar una cosa pequeña, un grupo de adultos’. Con el tiempo me di cuenta que era harto más pesado y sacrificado. Pero igual he tratado de hacer las cosas bien y eso me pone contenta. Porque además he tenido el respeto de las familias”, señala esta dirigente de 38 años.

Al asumir Susi se propuso el desafío de “aportar un grano de arena” para cambiar la forma de vivir que tenían en Tubul. Estaba “apestada con la droga y la delincuencia que estaba corrompiendo el barrio” que ella habitaba antes del terremoto. Precisamente el callejón que colindaba con el patio de su casa, era el centro de reunión de drogadictos y muchas veces sintió balaceras de medianoche. Sus hijos ya estaban respirando esa realidad como algo normal, por lo que estaba muy preocupada.

“Por no mirarse mal con la gente, uno estaba en casa y trataba de que sus hijos no salieran. Pero así, a la vez, no los dejaba que disfrutaran, porque siempre teníamos que estar medio escondidos”, recuerda. En sus primeros días como dirigente y debido a su

bajo perfil, no era muy tomada en cuenta por sus vecinos. Le faltaba asumir su condición de líder, “creerse el cuento” y hacerse respetar para conseguir la meta que se había trazado. “Entonces la gente de la fundación me dijo ‘es que tú no asumes tu papel en la aldea’. Así que empecé a agarrar onda en eso y a dar mis números telefónicos. Ahí me empezó a llamar gente de la municipalidad, de todos lados y ahora yo soy la cara visible”.

A partir de entonces Susi echó mano a una lista reducida de contactos que poseía para gestionar las necesidades de la aldea. Hoy, su agenda contiene números de jefes vecinales, concejales y diputados con los que mantiene comunicación directa y periódica. Cuando las autoridades visitan esta numerosa aldea, es ella quien tiene que atenderlos y hacerles saber las inquietudes de las familias. Pactar y conciliar las solicitudes para llegar a un acuerdo entre quienes conforman el campamento es quizás la labor más difícil de administrar para las dirigentas de aldeas.

Para Tuznelda Silva, líder de la aldea Rupalafkenche, esta es una tarea fundamental para lograr avances y así la mayoría de la gente quede satisfecha con la gestión de sus representantes. “Una de las cosas difíciles es que hay que congeniar con muchas mentes. De repente en una reunión las personas tienen distintas opiniones y hay que tratar de llegar a un acuerdo. Porque la que manda es la asamblea y el bien común. Entonces igual es un trabajo súper pesado. Yo desde que me levanto a las 8 de la mañana no descanso hasta las 12 de la noche. Todavía viene mucha gente a mi casa a hablar conmigo. A veces no es agradable porque siempre hay roces con las personas o no les gusta lo que uno hace”, reconoce.

Contribuir a que la gente se hiciera partícipe de los progresos de las aldeas, en ocasiones era una tarea titánica. El trabajo de liderar una comunidad, en este sentido, era ingrato, porque significaba obrar en forma abnegada muchas veces sin la retribución, el apoyo ni el reconocimiento de la población. Por eso, según las voceras, hay que tener “cuero de chancho” para resistir críticas y armarse de valor para obtener frutos.

“Tienen que ponerse en el lugar de nosotras que estamos sacrificándonos por ellos”, cuenta Karen Cisternas, “porque si llega una ayuda es para todos y en eso incluyo a todos

los campamentos que sufrimos las consecuencias del tsunami. A veces tengo que dejar a mi familia botada, a mis hijos muchas veces sin desayuno o sin almuerzo. Entonces la comunión con la gente ha sido lo más complicado que me ha tocado como dirigente. Porque no somos moneditas de oro para caerles bien a todos. Así que la comunicación, los cahuines que se arman son difíciles de llevar. Muchas veces yo traigo ropa, azúcar o traigo cosas de comer y eso se reparte al tiro. Mi ‘negro’, mi esposo, y mi colega de aldea Fabiola Monsalve salen conmigo a repartirlas y ahí empieza al tiro el chaqueteo y dicen que nos dejamos las cosas para nosotros”.

Sobreponerse a estas dificultades ha sido fundamental para enfocarse netamente en agilizar las demandas y mejorar sus formas de trabajo. El martes 8 de junio, las voceras fueron invitadas a La Moneda para participar en un encuentro nacional de dirigentes de aldeas. En la ocasión, la primera dama Cecilia Morel presentó el proyecto de reconstrucción del capital social llamado “SEDES: el corazón de la Aldea”, cuya idea era fomentar la creación de vínculos humanos entre los nuevos vecinos que componen la comunidad¹²⁵. Las dirigentas fueron capacitadas en temas de liderazgo, seguridad y apoyo psicosocial y volvieron con la promesa de que le instalarían una sede social a cada aldea equipada con televisores, computadores e impresoras, donde se promoverían jornadas de capacitación y talleres.

La noticia fue de gran ayuda para las dirigentas, ya que tendrían un lugar que serviría de centro de operaciones para discutir más cómoda y formalmente las decisiones futuras del campamento. Además, podrían realizar diversas actividades recreativas especialmente para niños y jóvenes –allí vieron el mundial de fútbol y celebraron las fiestas patrias-, y tendrían un bien inmueble desde el cual se desarrollarían programas para la atención social y psicológica de los vecinos, lideradas por monitores del Minvu y el Hogar de Cristo.

“La sede tiene su función específica y es sólo para reuniones y para cumpleaños de niños que son los fines de semana de 3 a 5 de la tarde. Ahora también se la presté a

¹²⁵ <http://www.gobiernodechile.cl/especiales/sedes-el-corazon-de-la-aldea/>

PRODEMU¹²⁶, para que trabajen con las mujeres en cursos de costura en formato de talleres. Pero para fiestas o cumpleaños nocturnos, no”, subraya Karen Cisternas. En Villa Las Rosas también las ocupan para tomar decisiones en conjunto y recibir a las visitas ilustres. “Cuando viene una autoridad le pasamos la sede para que las haga. Yo aquí me junto con las personas para decirles lo que ha pasado y las cosas que han venido llegando. Me preocupo de mantenerlos informados. Cuando llego de reuniones en Concepción o Lebu, los cito en forma improvisada a la sede social avisando puerta por puerta”, agrega Ivonne.

Así las dirigentas han ido fortaleciendo y facilitando sus sistemas de trabajo, muy rudimentarios principalmente por la escasez de recursos. Por ello se las han debido ingeniar con lo básico para que toda la comunidad se mantenga al tanto de las novedades de la aldea. Karen Cisternas, por ejemplo, tiene un cuaderno con el nombre de cada integrante de la aldea, su rut, edad y enfermedades. En otro cuaderno, lleva las boletas de los gastos para que todo quede registrado y sea transparente. Susi Hollander, en tanto, designó a una jefa de calle de información, la que pasa pegando carteles en las casas para citar a reuniones. De esta manera, el volumen de asistencias ha aumentado considerablemente.

“Han sido súper participativos -relata Susi-, hay hartito apoyo de la gente en realidad. Entendí que para pretender que haya participación, yo tengo que ser participativa. Y estoy en eso. Me ha costado mucho igual porque soy habladora, pero no muy sociable. No me gusta andar mucho molestando o pidiendo cosas. Pero lo hago porque es mi deber. Mi forma de trabajo se basa en la conversación, en dialogar, hacerle entender las cosas a las personas. Ellos acuden mucho a mí y yo no les hablo con *chorezas*. Así que siempre les digo que tratemos de vivir lo mejor que podamos porque ‘esto es lo que tenemos’ y de aquí hay que salir adelante”.

La aceptación de las personas de la comunidad, coinciden las dirigentas, se basa fundamentalmente en los resultados, en los logros que se van concretando como aldea.

¹²⁶ Fundación para Promoción y Desarrollo de la Mujer, cuya presidenta es la primera dama Cecilia Morel.

En ese ítem, las voceras aprueban con nota azul, porque a nueve meses del terremoto los avances han sido significativos. Las cuatro aldeas tienen *containers* de baños, lavaderos, llaves de agua potable, plazas de juegos y una sede social. Karen recuerda que se ganó sus bonos con la celebración del día del niño. En esa oportunidad, las mamás hicieron un *show* para los pequeños y se disfrazaron, hicieron convivencia, queques, repartieron golosinas y estuvieron toda la tarde jugando con ellos. Al término de la jornada los niños se fueron felices a sus mediaguas y la sensación general era que la organización había estado excelente.

“La gente ya empezó a conocer mi modo de trabajo. Quizás no confiaban en mis capacidades como joven y como líder, ya que no tenía experiencia. Tengo 25 años y soy la dirigente más joven de los campamentos que hay acá. Entonces les costó un poco asumir que una niña tan chica pudiera estar a cargo de todos ellos. Porque ellos están siempre acostumbrados a que los más viejos los lideren. Nadie dice que no sepan, pero también tienen que darle la oportunidad a los jóvenes. Porque nosotros nos sacamos ‘crestita y media’ por toda la comunidad”, enfatiza Karen.

Tuznelda Silva recuerda que lo más significativo que vio durante su gestión fue la instauración de una plaza de juegos para los niños. El día que salió de su casa y los observó jugando felices al columpio y al balancín, se emocionó. “Nunca aquí en Tubul hubo una plaza. Y para mí es un orgullo que mi aldea hoy cuente con una. Cuando la inauguramos lloré. Porque llevo más de 20 años viviendo en Tubul y nunca había visto un niño jugando en una placita”, recuerda.

Para la concreción de estos logros ha sido importante la labor de Marta Salazar, una mujer con experiencia en temas dirigenciales. Gracias a sus consejos y a la intermediación que genera con la alcaldía, los objetivos han visto la luz en forma más rápida. La relación entre ella y las noveles dirigentas, por lo tanto, es retroalimentaria y dependiente. Por una parte, las cuatro representantes la necesitan por ser el nexo directo con las autoridades y por otro lado, Marta requiere de ellas para saber en qué situación se encuentran las aldeas de la caleta.

“Yo les digo a las chiquillas que cualquier cosa que ellas necesiten yo voy a tratar de conseguirlo con la municipalidad. Porque el alcalde me pidió eso específicamente, que me preocupe de que a la gente no le falte nada. Que si hay un problema hay que resolverlo todos en conjunto. Lo que a mí me llega de particulares, yo llamo a las voceras y les entrego su parte a cada una. Ellas lo reparten en su campamento. Así se gestionan las necesidades. Lo único que yo les digo es que tratemos de vivir en armonía, de planificar bien las cosas. Porque si nos ayudamos unos a otros vamos a sacar a Tubul adelante”, detalla Marta Salazar.

De esta forma cuando llegan donaciones se canalizan por medio de Marta. Otras veces también llegan ayudas directamente a las aldeas y cuando las entregas son abundantes las dirigentas han privilegiado el sentido comunitario para distribuirlas en las cuatro aldeas. En el tema de la repartición equitativa, sin embargo, es donde han surgido algunas complicaciones. Porque, por ejemplo, en Villa Las Rosas hay 20 mediaguas y en San Carlos de Maipo hay 76, por lo que los parámetros de distribución no debieran ser iguales, sino proporcionales. Ahí surgen las discusiones y más de un encontrón fuerte han tenido entre dirigentas. Pese a ello, siempre se han limado las asperezas y ha primado el espíritu constructivo.

Antes del terremoto, ninguna de estas cuatro dirigentas había tenido relación directa con ONGs, universidades o privados. Actualmente, las distintas ayudas recibidas han vinculado a las comunidades con fundaciones, empresas y contactos que previamente no conocían y que han contribuido con distintos recursos para la recuperación de sus familias. Las condiciones actuales, por lo tanto, se presentan como una oportunidad para mantener esos lazos y desarrollar proyectos a futuro. Si esta comunicación aspira a ser duradera y sustentable, deberá basarse en la cooperación y no en la asistencia, tarea para lo cual la fe y el trabajo de estas esforzadas mujeres deberá ser apoyado por profesionales y gestores sociales.

“Estamos saliendo adelante. Nosotros somos gente de esfuerzo que está acostumbrada a salir adelante con lo que se venga”, señala Karen Cisternas, quien al igual que otros

afectados interpreta la catástrofe como una prueba de Dios, donde la fe es una fuente de apoyo para afrontar el futuro e invita a sacar un aprendizaje de lo vivido. “Porque si Dios nos dejó acá es por algo. Si Dios nos permitió vivir, nos dio el tiempo de arrancar al cerro y salvarnos del mar, es porque él tiene un propósito con nosotros y con la caleta”.

VII.

Motores en marcha

A medida que los meses fueron avanzando en Tubul y Llico, el entendimiento y la organización entre los vecinos iba madurando. Entendían que más que discusiones y peleas lo que requerían era la voluntad de cooperarse para emerger de las profundidades del abismo generado por el terremoto. Pero si bien las formas de vida familiar y la relación entre la población fueron dando muestras de mejoría, había un sector que permanecía herido y casi sin esperanzas para resurgir: la comunidad de pescadores artesanales.

Y es que la fiereza de las olas dejó una huella indeleble en los cientos de pescadores y buzos mariscadores de ambas caletas. En Tubul, el catastro de pérdidas elaborado por el municipio en marzo, registró que de la flota total de 300 embarcaciones 104 sufrieron daño irreparable (el 21% de la región), 48 motores y 118 trajes de buzo quedaron destruidos, más la pérdida de redes, compresores y diversos materiales de pesca¹²⁷. En Llico quedaron inutilizables 21 botes, 34 motores, 53 trajes de buceo y otros implementos, además de la infraestructura perteneciente al Sindicato de Pescadores, como los *bóxers* de materiales, el tractor para varado de botes, la oficina de administración, el restaurant y el museo marino.

El golpe fue directo al corazón del sector productivo de las caletas. Sin equipos ni artes de pesca, los trabajadores del mar estaban imposibilitados de trabajar. Querían hacerlo, pero no podían. Además, muchos de ellos habían perdido sus viviendas y estaban en campamentos bajo precarias condiciones. Con el peso de la cesantía sobre sus hombros, en marzo y abril era común ver a los pescadores reunidos con poco que hacer más que conversar. Todos los días parecían iguales. Como las actividades estaban paralizadas, la rutina se había apoderado de los pueblos.

¹²⁷ http://www.muniarauco.cl/attachments/123_INFORME%20SUBSECRETARIO%20PESCA%2026%20DE%20MARZO.pdf

“Es difícil calcular. Pero la pérdida fue total. Se perdió desde un gancho que cuesta 5 mil pesos hasta un motor que cuesta 2 millones y medio a 3 millones. Se perdió todo. Las redes, los cordeles, las líneas de mano, los implementos de pesca. Los que se recuperaron estaban malos, destruidos, todo inutilizable. Recién como a los dos meses después del terremoto los pescadores comenzaron a reactivarse. Por lo mismo, porque no fue tanto el evento del terremoto mismo, sino que la gente quedó sin casas y sin implementos de pega”, señala Alder Carrillo, ex presidente del Sindicato de Pescadores de Llico.

Los pescadores son como los peces: no pueden estar mucho tiempo fuera del agua. Y los 61 socios sindicalizados más el resto de pescadores independientes de Llico ya llevaban 60 días sin meterse al mar. Por eso andaban inquietos e incluso irascibles. Cuando llegaban al muelle, observaban sus botes y lanchas completamente destrozados no sólo en la orilla, sino incluso en zonas que hasta antes del tsunami eran concurridas poblaciones. La motivación estaba por los suelos, pero de a poco se fueron levantando y comenzaron a reparar lo que había quedado en condiciones recuperables.

“En esos meses estuvimos arreglando las embarcaciones, los *bóxers*. Después de eso volvimos al mar. Salía a pescar con mi hermano (Alder) en botes que nos prestaban. Los que quedaron mejores se repararon y con eso salíamos. Pero estaba difícil y con un poco de miedo por los temblores que había. Pero uno no sabe hacer otra cosa que no tenga que ver con el mar. Así que como a los dos meses salimos de nuevo”, cuenta Víctor Carrillo, quien perdió sus redes y traje de buceo.

En forma solidaria los pocos pescadores que nuevamente comenzaron a echar la red compartían embarcaciones y artes de pesca para salir adelante. Era fundamental colaborar y ser cómplices en un proceso de reconstrucción física y moral que demandaría mucho tiempo para que volviera a la normalidad. “Salían tres o cuatro pescadores en un bote”, recuerda Héctor Jerez, presidente del sindicato. “Uno tenía una red, otro los compresores y así se cooperaban. Eso es algo importante que rescato de ellos. Como no eran muchos se ayudaban. Eran organizados y solidarios. Todavía se ve. Como está malo el tractor para el varado de botes siempre se ayudan para sacarlos”.

La pérdida del tractor se sintió harto en la caleta. Porque cuando las embarcaciones volvían de sus faenas no hallaban en qué arrastrarlas hacia el muelle. De noche, con temporada de invierno y el cansancio de la jornada, los pescadores se veían obligados a sacarlos 'a pulso de mano'. Un trabajo duro y que se vio afectado por los cambios en la geografía, ya que producto del megasismo en Llico la tierra se levantó 1,5 metros¹²⁸, el mar quedó bajo y el ancho intermareal aumentó, por lo que el agua ya no llega al muelle.

“Después del tsunami las condiciones del mar cambiaron mucho porque la costa quedó súper baja. Donde dejábamos los botes anclados antes había dos o tres metros. Ahora hay un metro. Entonces cuando el mar está bravo o entra marejada norte hay mucho oleaje y los botes hay que sacarlos todos los días, pero quedan varados a 100 metros de la orilla y sin tractor es complicado porque las embarcaciones son muy pesadas. Volvimos a la antigua sacando los botes a pulso”, cuenta Héctor.

Así como en Llico, en Tubul el entorno también se vio seriamente afectado. El humedal Tubul-Raqui, el más grande la región -con 3.200 hectáreas y cuyo funcionamiento depende de las fluctuaciones de los niveles de agua-, registró un levantamiento general de 1,3 metros y una inmensa extensión de sus canales quedaron secos, rellenos con arena de playa¹²⁹. La zona fue afectada en su biodiversidad, rica en recursos de flora y fauna marina, lo que perjudica directamente a los habitantes de Tubul, ya que los humedales son una importante fuente de abastecimiento de recursos naturales, controlan las inundaciones, retienen los sedimentos y contaminantes, purifican las aguas y proporcionan beneficios económicos como el suministro de agua y el desarrollo de pesquerías¹³⁰.

El director regional de la Comisión Nacional del Medio Ambiente (Conama), Bolívar Ruiz, comentó que tras el terremoto un grupo de profesionales visitó en dos ocasiones el sitio. "Lo que tenemos son visualizaciones de que habría subido el nivel del terreno y eso podría impedir eventualmente que las altas mareas lleguen hasta donde lo hacían, produciendo

¹²⁸ La Tercera. Tendencias. Pág 36. Miércoles 31 de marzo de 2010.

¹²⁹ El Sur. Crónica. Pág. 6. Sábado 3 de julio de 2010.

¹³⁰ CONAMA Región Biobío. *Fauna del Humedal Tubul-Raqui*. Pp. 3.

un cambio sustancial en el tipo de vida en el lugar, ya que no tendría aguas salubres, sino que sólo dulces, y eso cambia el tipo de vida existente"¹³¹.

Las consecuencias medioambientales para el cultivo de pelillo fueron desastrosas. El río Tubul sufrió un embancamiento, es decir, una merma en sus niveles de profundidad. Debido al levantamiento del terreno el río se seca muy pronto, lo que genera la inviabilidad de cultivar algas debido a la exposición al sol y al viento. Las condiciones óptimas para el cultivo del pelillo son que el río tenga mínimo un metro de agua y que cuente con materia orgánica para que el alga se reproduzca. Esas características no estaban presentes en el afluente.

“Las algas y los cultivos desaparecieron. Hay que partir de cero. Lo principal es ver si el río vuelve a tener siquiera un 40% de la normalidad que tenía antes. Mucha gente todavía no asume lo que pasó en el río. Es como un sueño. Porque usted le pregunta a cualquier socio cuando hay marea alta acá y dicen: ‘no, hay que plantar y vamos a salir adelante’. Es positivo lo que se piensa, pero en la realidad eso no es tan así, porque el río con la cantidad de agua que tiene no está apto para plantar”, señala Daniel Navarro, presidente de la Asociación Gremial, quien acota que la marea sube en cinco horas y baja en una, por lo que el río se seca muy rápido.

Producto de esta situación, la municipalidad de Arauco creó una mesa comunal de trabajo que reúne a los representantes de las organizaciones de pescadores artesanales y está presidida por Luis Salinas, encargado de Pesca y Acuicultura del municipio. Salinas señaló que el primer acuerdo fue que los mil 952 pescadores de la comuna no salieran al mar hasta el 5 de abril, argumentando que “no están dadas las condiciones en cuanto a saber en qué estado se encuentran los productos marinos y las áreas de manejo, por lo tanto, no habrá ventas de moluscos y otras especies, ya que los pescadores no quieren que se les cierren sus puntos de venta por la calidad de sus productos”¹³². A partir del 5 de abril, en

¹³¹ La Estrella de Concepción. Crónica. Miércoles 24 de marzo de 2010.

¹³² La Estrella de Concepción. Crónica. Jueves 25 de marzo de 2010.

<http://www.cronica.cl/noticias/site/artic/20100325/pags/20100325214327.php>

Tubul comenzó el buceo en la extracción de mariscos, pero sólo había cerca de 20 botes activos.

En consideración a la lamentable situación que estaba viviendo el sector pesquero artesanal, tanto el gobierno como particulares iniciaron campañas para revertir este impacto económico. Así, el 16 de abril en Dichato el Presidente Piñera lanzó oficialmente el programa *Volvamos a la Mar*¹³³, destinado a financiar la reparación o adquisición de botes y equipamiento que beneficiarían a 5 mil familias de pescadores entre la región de Valparaíso y la Araucanía. También se crearon las campañas privadas *Mar de Esperanza* y el *Desafío Levantemos Chile*, consistentes en restaurar los kit completos de pesca para los damnificados.

Gracias a estas ayudas, y a otras importantes donaciones de la FAO¹³⁴ y de particulares como Auxilio Maltés, ICA Japón y Endeavor Chile, los pescadores han ido recuperando sus artes de pesca para afrontar con mejores armas su reinserción en el mar. Producto del estancamiento de las labores algueras, los pescadores de Tubul se dedicaron exclusivamente a la extracción de peces y mariscos. Al igual que en Llico, mientras iban recomponiendo sus botes y recibiendo ayudas, trabajaban en grupo para paliar la escasez de materiales. Así lo hacía Raúl López, quien sufrió un doble terremoto ya que un mes y medio después de la tragedia se le quemó su casa y perdió todos sus implementos, por lo que recién en junio volvió al mar.

“No tenía mi equipo y mi bote estaba en muy malas condiciones. Necesito por lo menos unas 600 lucas para mi bote y no tengo ningún peso. Para el equipamiento sale más pesado. Hay que comprar mangueras, traje, compresor, cabezal, boquilla, gualetas. Unos jóvenes me pasaron un bote y con ese estoy trabajando ahora. Me lo entregaron a dos años para ir trabajando y pagándolo. Me dan el 55% de lo que trabajo. Está difícil la situación, pero da para comer al menos”, cuenta Raúl. “Andamos en conjunto” agrega el

¹³³ El programa ‘Volvamos a la Mar’ es una iniciativa público-privada liderada por el ministerio de Economía. Tiene un financiamiento conjunto entre el Estado (25%), la empresa privada (50%) y el pescador (25%), quien es respaldado por créditos blandos otorgados por la banca.

¹³⁴ Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).

pescador Juan Ramírez. “Hay un buzo, por ejemplo, que perdió su motor, su compresor, su traje y él anda con nosotros por mientras gana algún proyecto o le llega un beneficio”, enfatiza.

La entrega de embarcaciones y materiales, según los pescadores y las propias autoridades, ha sido un proceso lento. En agosto, la subsecretaría de Pesca informó que se habían considerado 1.006 beneficiarios del programa Volvamos a la Mar y el total de bienes a entregar eran 318 botes, 691 motores fuera de borda, 262 juegos de redes y 425 equipos de buceo. De ellos, 60 botes llegarían a Tubul, pero recién el 3 de agosto llegaron las primeras embarcaciones en una visita liderada por el subsecretario Pablo Galilea y el seremi de Economía Claudio Lapostol¹³⁵.

“No hemos avanzado más rápido de lo presupuestado”, reconocería Galilea, añadiendo que “se han presentado algunas dificultades como, por ejemplo, que no existía en el mercado chileno la oferta de motores que se necesitaban. Son todas importaciones que hubo que hacer desde Japón y EE.UU. y eso demoró el proceso”¹³⁶. Zoila Bustamante, presidenta de la Confederación de Pescadores Artesanales, reconoce sí que el hecho de trabajar directamente con los fabricantes les ha traído algunos beneficios: “Como los motores no los estamos comprando a las tiendas, sino a los fabricantes, estas empresas nos han hecho buenos precios. Es el caso de Mercury, Yamaha y Honda, que han cobrado menos y así el 25% que debe aportar el pescador ha bajado harto”¹³⁷.

El retraso en la reposición de artículos de pesca generó la insatisfacción e impotencia de los pescadores, quienes debían arreglárselas en grupo y por ello percibían muy pocos ingresos. Además, tanto en los campamentos como en los sitios de residentes, se normalizó el suministro de electricidad y agua potable y por lo tanto comenzaron a llegar las cuentas. “Cuando tú tienes que pagar la luz, el agua, los estudios de los hijos, comprar alimentación y vestimenta, ahí no hay terremoto. Ahí hay que pagar. Y si no puedes

¹³⁵ El Sur. Crónica. Pág. 6. Miércoles 4 de agosto de 2010.

¹³⁶ La Nación Domingo. Reportajes. Domingo 5 de septiembre de 2010.

<http://www.lanacion.cl/echando-otra-vez-las-redes-a-la-mar/noticias/2010-09-04/115445.html>

¹³⁷ Ibídem.

trabajar, o no estás al 100%, es difícil. Si yo me gano 10 lucas, ¿qué hago con eso? Si compras un par de cosas y quedas sin ni uno. Eso no es ingreso. Entonces eso nos está afectando, que haya poca rapidez en la reactivación”, sentencia el presidente del Sindicato de Pescadores, Raúl Aravena.

Producto de esto y debido a la creciente cesantía que en la provincia de Arauco alcanzó un 13% en el trimestre marzo-mayo¹³⁸, para los trabajadores de la pesca fue importante que las mujeres de la caleta se emplearan en el Cuerpo Militar del Trabajo (CMT). Estos empleos de emergencia estaban enfocados a trabajos muy básicos, sencillos y de baja productividad, como por ejemplo, la remoción de escombros y limpieza de la caleta. “Con la ayuda de los proempleo la gente se salva porque son 137 lucas que ganan y sirve. Cuando no hay, un vaso de agua sirve”, señala Raúl Aravena.

En Llico también se emplearon en el CMT, trabajos que se prolongaron hasta el 4 de noviembre y que con su cierre generaron movilizaciones, como las 33 mujeres que se declararon en huelga de hambre en la mina El Chiflón del Diablo, en Lota. En la caleta no llegaron a ese extremo, ya que la autoridad comunal les prometió que los empleos serían reabsorbidos por programas de mejoramiento urbano¹³⁹. Además, un alto porcentaje de los pescadores encontraron un nicho laboral en la constructora Arauco S.A., que realiza las faenas de mejoramiento de la ruta P-22 Llico-Punta Lavapié y otros se emplearon en las labores de restauración del agua potable. De esta manera, en noviembre cerca del 80% de los socios del sindicato no estaban dedicados a la actividad pesquera. El 20% restante seguía dándole la pelea al mar, ya que las condiciones no habían sido benéficas con ellos.

“Esa es la gente que está a duras penas tratando de salir adelante –sostiene Alder Carrillo–, los pocos que quedan se juntan y trabajan en equipo. A algunos les han estado llegando algunas embarcaciones y por eso han podido salir a pescar. Pero el recurso también está escaso en cuanto a los mariscos y a la pesca. En sí, anda una sobrepoblación de lobos marinos que prácticamente no dejan trabajar porque destruyen las redes. Acá sacamos el

¹³⁸ El Sur. Economía y Empresas. Pág. 7. Martes 1 de junio de 2010.

¹³⁹ <http://www.muniarauco.cl/index.php/noticias-alcalde/467-cuerpo-militar-del-trabajo>

pejegallo, el pejerrey, pero sale en pocas cantidades y con la plaga de lobos es difícil luchar”.

En la caleta, a fines de octubre, aún se apreciaban las marcas de la devastación. Combatiendo el frío matinal y la cruda realidad de una costa mutilada, decenas de pescadores y trabajadores de los proempleo convivían para iniciar una nueva jornada laboral. Algunos miraban el horizonte marino desconsolados. Otros, rodeados de algunos escombros y perros vagos, preparaban sus embarcaciones y redes para zarpar y llevar algo de sustento al hogar.

Llico ya no era el mismo. El tsunami había dejado como herencia una postal triste de aquellos tiempos de bonanza y belleza. Entre boyas, piedras y palos tirados, habitaba el sueño de volver a resurgir. Del restaurant costero Vista al Mar, sólo quedaba lo que era el baño y un paredón de lata. Quizás como el vivo recuerdo de un mar insolente e inmisericorde. Mientras los pescadores limpiaban sus embarcaciones -“Ráfagas”, “Miguelito II”, “Hunter” y otras tantas- le daban la espalda al mar, anclados en la arena de playa justo donde antes del terremoto las olas golpeaban con fuerza en el muelle.

En total, hasta mediados de noviembre, a la caleta habían llegado tres botes y ocho motores fuera de borda por el programa Volvamos a la Mar; una embarcación completa donada por la FAO; también motores, botes y artes de pesca que llegaron por el Desafío Levantemos Chile y cinco embarcaciones completas entregadas por Mar de Esperanza, avaluadas cada una en 8 millones de pesos. Uno de los beneficiados en la primera quincena de octubre fue Francisco Denis, quien antes de esta entrega le pedía prestado los botes a sus compañeros para sumergirse en las entrañas del mar.

“La cosa estuvo crítica en los primeros tiempos. Muy mala. Porque no podíamos salir al mar ya que no teníamos en qué ir. El cambio fue total. Se trabajó el machuelo, el huepo, pero fue casi nada. Porque ahora están en veda. Entonces lo único que nos salvaba era la navajuela, pero hay poco. Se ha estado sacando pero el lobo no deja. Hay mucho lobo marino. Así que no hay cómo atinarle. Lo bueno es que ahora que estoy más equipado veo con más optimismo poder salir adelante”, relata Denis.

La veda¹⁴⁰ de moluscos generó que entre el 15 de noviembre y el 31 de diciembre, a los pescadores artesanales se les juntaran muchos recursos marinos vitales sin poder extraer, como cholgas, choros, choritos, locos y el caracol trumulco. El único del que podrían beneficiarse, a partir del 1 de diciembre, sería del huepo, especie altamente demandada en esta zona.

En Tubul, en tanto, después de superar el trauma inicial, volvieron a extraer grandes cantidades de moluscos como el huepo y la navajuela, lo que generó alivio en los bolsillos de los pescadores y trajo de vuelta el comercio y las ferias libres a la caleta. El gran inconveniente, sin embargo, era la falta de un viaducto con mayores capacidades de tonelaje, ya que el puente flotante de 100 metros de largo implementado el 29 de abril, no les daba confianza a los compradores. La alternativa, como he señalado, era doblar por los cerros, lo que involucraba un gasto considerable de combustible. Con el puente mecano de una vía, inaugurado a fines de agosto, la situación mejoró y Tubul volvió a ser considerado por los oferentes para reactivar las negociaciones.

Desde entonces, ha habido un crecimiento gradual “pero muy lento”, dicen los pescadores. La gente lo único que desea es contar con su equipamiento completo para trabajar, porque “no sabemos hacer otra cosa”, señalan, pese a que algunos se han visto obligados a incursionar en trabajos esporádicos haciendo mediciones para topógrafos o desempeñándose en obras viales. “Aquí la conformidad del pescador es tener su bote, su motor e ir a pescar”, menciona Raúl Aravena. “Hay que preocuparse de la producción. Nosotros siempre hemos sido generadores de riqueza y administradores de pobreza. Siempre ha sido así, pero mientras generamos riqueza algo que caiga, que algo quede. Después vienen los compradores, la industria, los colectiveros, el comercio, todos se benefician de lo que generamos. Pero mientras no tengamos los equipos, no se reactivará esto”.

¹⁴⁰ El loco está en veda entre el 1 de agosto y el 31 de diciembre; el choro entre el 15 de septiembre y el 31 de diciembre; el huepo entre el 1 de octubre y el 30 de noviembre; la cholga entre el 1 de octubre y el 31 de diciembre; el chorito entre el 1 de noviembre y el 31 de diciembre; y el caracol trumulco entre el 15 de noviembre y el 15 de enero.

http://www.sernapesca.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=203&Itemid=363

La revitalización de la economía en Tubul es una tarea que requiere el esfuerzo colectivo de la comunidad, el gobierno y los privados. Existen muchas carencias y tal como en 1984, se requiere la ayuda de profesionales para intervenir el río y así buscar una solución para recultivar el alga *Gracilaria*. Daniel Navarro reconoce que el terremoto le cambió la vida como dirigente y como persona y que “no sabemos qué vamos a hacer hasta saber con cuánta agua quedó el río para ver si podemos replantarlo de nuevo. Ahí recién podríamos decir si salimos adelante o morimos. La Asociación es el pilar de la caleta, por muchos motivos, y no queremos que muera”, reflexiona.

En Llico, antes del terremoto, en las 84 hectáreas de área de manejo se estaba trabajando fuerte el cultivo de locos, choros y cholgas. Se habían realizado las primeras muestras de conserva y estaban listos para la venta de cosecha de 50 toneladas de choritos, pero todo eso se perdió. Además, el empresario local Enrique Salas había incorporado un valor a este negocio: la implementación de una balsa con la cual entregaba a los turistas un *tour* gratuito por la costa hasta llegar a la zona de cultivo, donde ofrecía "en vivo y en directo" los productos que posteriormente podían ser degustados en su restaurant.

A nueve meses de la tragedia, Enrique ya está trabajando intensamente para tener operativos sus servicios para la temporada estival. Gracias a un bono de reconstrucción entregado por SERCOTEC, el microempresario pesquero reconstruyó parte de su restaurant Vista al Mar para así recibir a los fieles veraneantes de la caleta. “Nosotros (junto a su señora) tenemos todo el ánimo para seguir trabajando. Ahora estoy metido 100% en el cuento del turismo. Quiero hacer cabañas y volver a construir mi restaurant. Porque antes del maremoto cada año era mejor”, comenta.

Por su parte, Alder Carrillo agrega que “ojalá los bancos naturales no estén tan agotados para poder empezar a trabajar con mejores bríos el 2011” y así reactivar también los cultivos. “Esperamos como organización volver fuerte al tema de los cultivos que teníamos antes. Esas son las expectativas que tenemos para empezar de nuevo, pese a que retrocedimos 20 años en el tiempo de todo lo que teníamos logrado. Pero están las ganas y la idea de retomar todo”. La idea es potenciar el turismo y dar a conocer la caleta,

ya que los visitantes quedan maravillados con el panorama marino y se deleitan con la gran cantidad de especies que se cultivan en la zona.

“Llico se proyecta al futuro por el turismo”, agrega Héctor Jerez. “Estamos presentando un proyecto a Innova¹⁴¹, para hacer acuicultura de nuevo. Es difícil. Hay que dar la pelea día a día, no bajar los brazos. Los recursos y proyectos se logran golpeando las puertas varias veces. Y lo estamos haciendo. No somos gente floja y hay que pensar que saldremos adelante. Quiero hacer un llamado para que vengan, que Llico aún vive, no estamos muertos”, enfatiza con optimismo.

A orillas del mar, adentrándose por la arena humedecida y siguiendo el resplandor del sol que parpadea entre las olas, los pescadores de Llico y Tubul están echando de nuevo sus botes a la mar. Ha sido un proceso paulatino, pero ya está en marcha y con los motores andando. En sus manos, curtidas y salobres, se ha ido nutriendo la esperanza, esa que al comienzo creían hundida entre las ruinas. Hoy comprenden que sólo fue un estertor y que gracias al esfuerzo compartido, tal como los peces, han ido ascendiendo desde lo más profundo para devolverles las sonrisas a sus familias.

¹⁴¹ INNOVA BIO-BIO es el Comité Fondo de Innovación Tecnológica de la Región del Bío-Bío, nacida el año 2001 producto de un convenio entre el Gobierno Regional del Bío-Bío, el ministerio de Economía y la CORFO, y está orientado a promover la innovación, la transferencia y las capacidades tecnológicas.

VIII.

Con borde y costa

El 28 de mayo de 2009, en el XXIX Congreso de Ciencias del Mar realizado en Concepción, el director regional de la Conama, Bolívar Ruiz, propuso restringir la habitabilidad costera y señaló que los municipios debían adecuar sus planos reguladores considerando el peligro de tsunamis, los efectos del cambio climático, las áreas de protección, entre otros aspectos. Ruiz expuso sobre la necesidad de actualizar todos los instrumentos de planificación del territorio costero a la luz de los serios riesgos que implica vivir en esa área, que es la más poblada de la región.

“Lo que estamos viviendo hoy en día”, sostuvo Ruiz en esa ocasión, “es que la mayor parte de la población de la región del Biobío está viviendo en la zona costera, allí se producen conflictos y hay temas que es necesario abordar. Adicionalmente, tenemos los procesos de cambio climatológico que sin duda están afectando o van a afectar a la zona. Los paneles de expertos señalan que esas áreas van a ser las más afectadas y de los nueve factores de vulnerabilidad frente al cambio climático, definidos por Naciones Unidas, Chile tiene siete, de acuerdo a expertos extranjeros”¹⁴².

Asimismo, un informe de Ciencias de la Universidad de Chile referido al tema, menciona impactos en la comuna de Arauco, la localidad de Las Peñas e incluso dentro del humedal Tubul-Raqui debido a un escenario negativo generado por el cambio climático. Sin embargo, también fueron ignorados por la ciudadanía y desestimados por las autoridades. El desenlace es conocido: 18 de las 36 caletas de la región del Biobío fueron arrasadas por el mar llevándose vidas, infraestructura, la biodiversidad de los ecosistemas y la fuente de trabajo de los pescadores.

¹⁴² El Sur. Crónica. 29 de mayo del 2009.

http://www.elsur.cl/base_elsur/site/artic/20090529/pags/20090529000600.html

A partir de entonces, el desafío del gobierno de Sebastián Piñera era reconstruir rápido para reactivar el empleo en las zonas devastadas, pero además hacerlo mejor para que el próximo tsunami -que afectará a las futuras generaciones- genere menos daño. Para ello, el Ejecutivo envió un proyecto de ley de financiamiento de la reconstrucción, el que fue aprobado en la Cámara de Diputados el 18 de mayo pero que, desde entonces, se encuentra entrampado en el Senado. El eje del plan son los cambios y alzas de impuestos, que representan un 38% del total de las vías de financiamiento y que contempla aumentos tributarios a empresas, *royalty*, contribuciones y tabaco¹⁴³.

Pese a estas tramitaciones presupuestarias, en la región del Biobío se comenzó a trabajar fuerte en la etapa de reconstrucción de las localidades ribereñas. El lunes 5 de abril se llevó a cabo en la Intendencia la primera reunión de la comisión del Plan de Reconstrucción de Borde Costero (PRBD), tendiente a asegurar una reestructuración sustentable de los 18 territorios costeros del Biobío afectados por el tsunami del 27/F.

“Cada localidad es completamente diferente respecto a su estructura organizacional, social, la magnitud de los daños, las opciones y posibilidades de reconstrucción (...) y lo que tenemos que hacer es determinar lugares seguros y relocalizar a un grupo de familias que se encuentra en un lugar expuesto al riesgo”¹⁴⁴, señaló Sergio Baeriswyl, arquitecto y secretario ejecutivo del plan, “también es una oportunidad para repensar la vocación de estos poblados, potenciar su naturaleza, su tradición y su desarrollo”¹⁴⁵, agregaba a casi dos meses de la tragedia.

La palabra “relocalización” generó una serie de confusiones en las comunidades de pescadores artesanales, agravadas por las desafortunadas declaraciones de la ministra de Bienes Nacionales, Catalina Parot, quien el 18 de mayo aseguró que “las personas pueden vivir en un lado y trabajar en otro, como lo hace el 80% de la población: no todos viven al lado del lugar de trabajo, más aún cuando este lugar significa condiciones muy

¹⁴³ El Mercurio. Portada. Pág. 1. Sábado 17 de abril de 2010.

¹⁴⁴ El Sur. Reportajes. Pág 4-5. Domingo 1 de agosto de 2010.

¹⁴⁵ El Sur. Crónica. Pág. 3. Martes 6 de abril de 2010.

riesgosas”¹⁴⁶. Luego la ministra aclaró que no se refería a una erradicación, sino a conversar una política de vivienda. Pero el dardo ya estaba lanzado. El “reemplazamiento” propuesto se denominó en los medios de comunicación como “Plan Parot” y desencadenó críticas de autoridades regionales y movilizaciones de las asociaciones de pescadores artesanales.

El presidente de la Federación Regional de Pescadores Artesanales (Ferepa), Hugo Arancibia, subrayó lo que significa para un pescador vivir en su caleta al explicar que “es el lugar donde han nacido, crecido y desarrollado cultural, social y económicamente”¹⁴⁷. La intendenta Van Rysselberghe, en tanto, señaló que “fueron declaraciones extremadamente desafortunadas y obedecen a un desconocimiento del trabajo que estamos haciendo en la región”¹⁴⁸, recalando que entre un 95% y un 98% de los habitantes costeros tendrán sus casas en el mismo lugar donde han vivido por años.

Paralelamente, en mayo el Ejecutivo envió al Congreso un proyecto de ley que restringía la entrega de permisos de construcción por un año en las zonas afectadas por el maremoto. La medida inmediatamente levantó polvareda. Van Rysselberghe adelantó que no aplicaría la ley en su región y Hugo Arancibia llamó a los pescadores a tomarse el borde costero, argumentando que la gente requería cuanto antes construir sus hogares¹⁴⁹. El proyecto, finalmente, incorporó una indicación que faculta a las seremis de Vivienda a modificar la normativa de acuerdo a sus propias necesidades zonales¹⁵⁰.

Debido a estos desacuerdos entre las propias autoridades, en Tubul y Llico imperaba la desinformación y el desconcierto. No sabían qué iba a pasar con ellos y qué estudios se

¹⁴⁶ El Sur. Crónica. Pág. 3. Lunes 19 de mayo de 2010.

¹⁴⁷ El Sur. Crónica. Pág. 6. Viernes 23 de mayo de 2010.

¹⁴⁸ Radio Bío-Bío. Nacional. Jueves 20 de mayo de 2010.

<http://www.radiobiobio.cl/2010/05/20/intendenta-de-bio-bio-indignada-responde-dichos-de-ministra-parot-sobre-borde-costero/>

¹⁴⁹ Radio Bío-Bío. Destacados. Miércoles 12 de mayo de 2010.

<http://www.radiobiobio.cl/2010/05/12/pescadores-llaman-a-tomarse-borde-costero-en-rechazo-a-proyecto-que-prohibe-construir-en-esa-zona/>

¹⁵⁰ Radio Bío-Bío. Nacional. Jueves 20 de mayo de 2010.

<http://www.radiobiobio.cl/2010/05/20/ministra-matte-confirio-que-seremis-podran-modificar-polemico-plan-de-reconstruccion-costera/>

estaban realizando en materia de reconstrucción. Lo único que tenían claro era que de sus pueblos no los iban a mover por nada del mundo. Apenas escuchaban los fundamentos del “Plan Parot”, estallaban en cólera.

“Esas son puras estupideces -dice Raúl Aravena-. Tubul es el borde costero. Cómo vamos a tener una caleta que viva en el cerro, en el bosque. Y que pagemos cuidadores de equipos y que viajemos sin costo todos los días del cerro a la caleta. Si tuvimos este riesgo y vivimos aquí es porque la naturaleza o Dios así lo dijo. Pero no todos los meses va a ver terremoto. Tienen que hacer prevenciones. Y si las hubiera hecho el gobierno cuando las solicitamos, no nos hubiera afectado tanto”, concluye el dirigente, quien aclara que el aspecto económico influye para decir “no” a una posible erradicación, ya que vivir lejos de la orilla del mar es inviable para una persona que no cuenta con vehículo o locomoción colectiva las 24 horas del día, pues muchos pescadores trabajan en plena madrugada.

“Donde construyan me da lo mismo pero que sea acá en la caleta”, señalaba José Luis Fernández a mediados de agosto, “que no nos saquen de aquí porque si no perderíamos el ser tubulanos, nuestra esencia como pescadores. Que construyan aquí en los alrededores, cerca del cerro o al lado del puente. Pero que sea cerca del mar y de nuestra fuente de trabajo que son las embarcaciones”.

En las caletas reinaba la falta de información. Se asumía que las primeras viviendas frente a la línea de mar podrían ser reubicadas hacia el interior del territorio, pero esperaban que el resto de las casas no sufrieran modificaciones. Los habitantes hacían un llamado a la prevención, a establecer muros de contención y medidas de seguridad que fueran en resguardo de su integridad física, demandas que hace mucho tiempo venían reclamando pero que inexplicablemente no se materializaban.

“Cuando vino la intendenta nos dijo ‘ustedes son pescadores, dónde los voy a ir a dejar, ¿al cerro? No puedo’. Tubul no va a salir de acá. La Concertación prometió un muro de contención en el sector de costanera hace 10 años. Y un fluvial en el río. Si eso hubiese estado, no nos hubiésemos inundado. Entonces Tubul tiene que permanecer en el lugar

que está. Sacar a la gente de los sectores de las áreas rojas y que el gobierno inyecte los recursos necesarios para hacer las obras de protección”, asegura Bartolo Brenet.

En junio, la intendenta del Biobío adelantó los “Planes Maestros” que se implementarían en las tres localidades que estaban siendo sometidas a pruebas de evaluación: Talcahuano, Dichato y Llico. Los medios informaban que Talcahuano eliminaría barcos frente a la ciudad, erigiría palafitos y tendría defensas costeras. En Dichato se crearía una marina artesanal que tendrá actividades gastronómicas y náuticas con la instalación de un embarcadero. De Llico, en tanto, se señalaba que habría zonas de amortiguación y de equipamiento comercial y un sector habitacional donde se construirían 60 casas en palafitos¹⁵¹.

Por entonces, los cerca de 200 proyectos que habían sido identificados para el PRBC de las 18 localidades de la región del Biobío, se estaban sometiendo a evaluaciones de riesgo antes de iniciar su ejecución. Se trataba de una fase de prueba, donde los tres poblados mencionados estaban siendo sujetos a una modelación que simulaba el efecto del futuro terremoto en esos sectores, ya con los proyectos de protección y mitigación de tsunamis elaborados.

La entidad a cargo de la modelación, que se realizó mediante programas computacionales de alta tecnología, fue el Departamento de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Para ello se consideraron los efectos que tendrían las protecciones costeras, incluyendo muros de defensa y rompeolas, además de parques urbanos que incluían bosques de mitigación. Los parámetros que debía aprobar el plan, condicionado a cuatro escenarios distintos de tsunami, eran que el agua no podía llegar a las zonas pobladas con una altura superior a los dos metros, ni con una velocidad superior a los dos metros por segundo.

“Si el agua es inferior a esa altura y velocidad, se puede decir que no habrá daño estructural”, explicaba Baeriswyl, “lo que no impide que las casas se vayan a inundar, pero

¹⁵¹ La Tercera. Nacional. Pág. 28. Domingo 13 de junio de 2010.

sí implica que se puede recuperar la estructura que fue afectada y no completamente destruida. Esa es la lógica que se recomienda por la Unesco como parámetro de reconstrucción”¹⁵².

A fines de agosto, el 100% de las localidades ya estaban validadas desde el punto de vista de la simulación. Sin embargo, las soluciones debían ser consensuadas y validadas por la comunidad, etapa en las que los profesionales visitaron las localidades, elaboraron encuestas de opinión y se reunieron con los líderes comunitarios. Los vecinos manifestaron interés concreto en participar tanto en el proceso de planificación (que se expresa en el aporte de ideas y la organización de los sectores, definición de la localización), como en la ejecución de la reconstrucción (donde se manifiesta la disposición para ayudar en las obras o en su supervisión). Una muestra de aquello será la implementación de ciclovías en Tubul, idea que nació de las encuestas aplicadas a los habitantes.

Durante el mes de septiembre se inició la etapa de difusión de los Planes Maestros del PRBC. En Tubul, el 21 de septiembre la arquitecto Carolina Arriagada, encargada de la zona sur del PRBC, visitó la caleta para informales a los vecinos los criterios de elaboración del plan maestro, las obras a realizarse y el financiamiento para ejecutar los trabajos (12.500 millones de pesos).

De acuerdo al proyecto, las viviendas tsunami-resistentes se construirán en zonas de seguridad y serán elegidas por los vecinos entre nueve alternativas a elegir. El plan contempla el mejoramiento de la vía principal y la construcción de un nuevo camino, que se integraría a un puerto pesquero de capacidad mediana, cuya inversión sería cercana a los cinco mil millones. Además, esta propuesta integra ciclovías, una costanera de mil millones de inversión; un muro de contención, una zona arbórea dividida en dos franjas, un centro de infraestructura turística, la reconstrucción definitiva de la escuela de la

¹⁵² El Sur. Reportajes. Pág 5. Domingo 1 de agosto de 2010.

localidad y la instalación de una zona de equipamiento seguro para instituciones como Carabineros, Bomberos, Centro de Salud y las vías de evacuación¹⁵³.

En Llico, en tanto, también existía una desorientación generalizada en la población debido a la falta de canales formales de comunicación. Esto hasta que los dirigentes de los damnificados recibieron información de parte del gobierno regional y así fueron comunicándosela a los habitantes. Cipriano Orellana cuenta que entre julio y agosto recibieron dos veces la visita de ingenieros y arquitectos, luego de las cuales fueron invitados por el gobierno regional para presentarles formalmente el proyecto de PRBC.

“Nos explicaron que desde el mar hasta los 50 primeros metros de costa lo iban a utilizar para turismo. Las personas que tuvieran su terreno y quisieran disponerlo para restaurantes, cabañas u otro tipo de cosas que no signifique pernoctar en ellas, lo podían hacer. Después habrá un área de expropiación de 80 metros de ancho, que será una zona de contención con árboles. Y después una zona de equipamiento y áreas verdes hasta el camino. Luego del camino podrá venir la población. Nuestra nueva población tendría que empezar en enero y se fijaron tres años para terminar con eso. Algunos dicen que han trabajado toda su vida en el mar y que quieren volver ahí mismo donde vivían antes. Pero según mi visión, está bien este plan. Dentro de todo, estaríamos seguros”, plantea.

En efecto, la inversión total para Llico es de 9.133 millones de pesos y contempla la construcción de una costanera, explanada y muro de contención, parque de mitigación, la reposición del museo marino y el restaurant del sindicato, una alcaldía de mar, una zona de equipamiento turístico en la actual zona roja, ciclovías, una plaza central y viviendas tsunami-resistentes desde el sector del paradero hacia el camino a ‘El Piure’¹⁵⁴.

¹⁵³ <http://www.muniarauco.cl/index.php/noticias-alcalde/374-comision-del-borde-costero-presento-plan-deonstruccion-a-tubul>

¹⁵⁴ Los proyectos de PRBC se ingresaron dentro de las iniciativas de inversión pública de reconstrucción al Sistema Nacional de Inversiones (SIN) y al cierre de esta redacción se estaba realizando la evaluación preliminar de costos de inversión para incorporarlos a la discusión presupuestaria del 2011 y de los fondos de reconstrucción.

En cuanto a los criterios de afectación, el gobierno señaló que sólo se expropiarán aquellos terrenos estrictamente necesarios para construir infraestructura pública o de mitigación de riesgos. Estos pasarán a ser Bien Nacional de Uso Público y no se venderán a privados. Además, aquellas propiedades que no requieran ser expropiadas para infraestructura y estén ubicadas en la zona roja tendrán que acogerse a los usos permitidos (productivos, comercio y actividades no residenciales). “Las familias que no puedan seguir viviendo allí, podrán optar a una permuta de su terreno por un subsidio para vivienda nueva en terreno nuevo lo más cerca de su lugar de origen”¹⁵⁵.

De esta manera, José Cisterna, el único llicano que aún vive en la zona roja, no podrá seguir residiendo en su casa, ésa que construyó a pulso hace dos décadas. La única salida que tiene es reacondicionarla para construir cabañas, restaurantes o derechamente permutarla para vivir en otro lugar. Una idea que lo atormenta, ya que su intención era vivir allí hasta sus últimos días.

“Yo esperaba conservar esto y morir aquí. De repente también, le confieso, que a raíz de esta soledad y este cambio brusco, he pensado en irme. El problema es adonde. Porque aquí en Llico he logrado cierta comodidad y dificulto que haya una casa más amplia y cómoda que la mía, con 8 dormitorios y 12 camas. Y ahora me lo quieren quitar. Yo no le había tomado el peso a esto, pero soy realista. Veo mis fuerzas y ya no tengo muchas. No es lo mismo tener 30 o 40 años, que tener 84 como yo. Yo tengo claro eso”, dice José con mucha nostalgia.

Al igual que él, decenas de llicanos siguen desinformados y un tanto contrariados respecto a los plazos de construcción y a lo que sucederá definitivamente con las viviendas que perdieron¹⁵⁶. “A mí me encontraron mis escrituras, mis títulos de dominio del sitio”, cuenta Celina Melita. “Tenía todos mis documentos en una maletita plástica y algunos

¹⁵⁵ http://www.minvu.cl/incjs/download.aspx?gls_cod_nodo=20101129124219&hdd_nom_archivo=Presentacion%20MINVU%20Borde%20Costero%2024Nov2010.pdf

¹⁵⁶ El 30 de septiembre se reveló una encuesta realizada por el centro de estudios Corbiobío, la que dejó en evidencia que un 75% de los habitantes de la región no conocía el Plan de Reconstrucción del Borde Costero para su zona. <http://www.radiobiobio.cl/2010/09/30/encuesta-revela-que-75-de-los-habitantes-de-bio-bio-no-conoce-el-plan-de-reconstruccion-de-la-zona/>

estaban mojados, pero los fotocopiamos. Ahora espero salir de acá. Que nos den nuestro subsidio, nuestra casita digna. No me importa tanto el terreno, sino la casa. Algo como lo que yo tenía”, dice esperanzada.

Segundo Fernández, vocero de la aldea de Llico, señala que las limitaciones han sido muchas pero que de a poco se han ido recuperando y comprometiendo los esfuerzos en un objetivo común. “La meta es tener nuestra casa propia. Estar aquí por el momento lo más digno posible pero después irnos definitivamente. Estamos haciendo las gestiones con las autoridades para que se haga realidad luego. Pese a las dificultades seguimos enfrentando esto con más fuerza y agilizando el trabajo. Ha sido unas de las grandes cosas, no dejarnos morir. Estábamos en cero y nunca dimos los brazos por caídos. Aquí la comunidad día a día se está comprometiendo más”, señala.

Los montos de subsidios habitaciones fueron aumentados por el gobierno en hasta 150UF, por los mayores costos asociados para la reconstrucción (retiro de escombros, estabilizados, contenciones y obras de mitigación de carácter individual y/o colectiva). La titular de Vivienda, Magdalena Matte, ha sido enfática en señalar que estas soluciones serán asignadas a todos los damnificados del terremoto, vivan o no en aldeas, pudiendo optar a una vivienda definitiva todo aquel que cuente con su respectivo certificado de inhabitabilidad y esté sujeto a subsidio –de acuerdo con el programa de reconstrucción-. A noviembre de 2010, recién se habían asignado 94.955 subsidios de un total de 220 mil a entregar hasta diciembre de 2011¹⁵⁷.

A fines de 2011, por lo tanto, la totalidad de los damnificados que realizaron los trámites deberían tener sus subsidios en la mano. Las viviendas estarán en distintas etapas: en construcción, por construirse o ya entregadas. El compromiso de gobierno es que el 21 de julio de 2012 estén todos los damnificados en sus casas definitivas¹⁵⁸. En Tubul esperan con ansias que esas asignaciones se materialicen pronto, ya que la vida en las aldeas, si

¹⁵⁷ http://www.minvu.cl/opensite_20100712114742.aspx

¹⁵⁸ El Mercurio. Nacional. Pág. 11. Lunes 9 de agosto de 2010.

bien ha mejorado ostensiblemente en relación al comienzo, sigue generando problemas de convivencia entre los vecinos producto de los problemas medioambientales.

“Nuestra meta es tener una vivienda definitiva para no estar acá, porque los malos olores están saliendo de esta planta de tratamiento de aguas servidas. Entonces esperamos que el gobierno apure los trámites y así podamos optar a nuestra casa. Estamos conscientes que probablemente esto se pueda alargar. Pero esperamos que los subsidios salgan pronto”, señala Luis Becerra. En la aldea Tarpellanca, en noviembre, Luisa Parra estaba muy molesta por los baños, ya que “los desagües están malos y todas las fecas quedan al descubierto. Porque cuando uno tira la cadena se rebalsa todo. Entonces no estamos conformes con eso porque somos seres humanos”.

El olor proveniente del sistema de alcantarillado era nauseabundo y las aguas servidas escurrían por el pueblo, por lo que a raíz de esto, el 24 de noviembre alrededor de 50 habitantes se movilaron obstaculizando el puente mecano como medida de presión. La vocera de la marcha, Mónica Carrillo, señaló que “nos tomamos el puente para hacer sentir nuestra voz. Hablamos de algo serio, de nuestra salud que está en riesgo. Queremos soluciones, que se arregle el alcantarillado y que se mejore el centro de salud familiar, que funciona en forma precaria e indigna”¹⁵⁹.

Producto de la protesta, la autoridad comunal implementó un plan de emergencia para la caleta, consistente en camiones limpia fosas y la instalación de una red paralela de alcantarillado en superficie. La movilización surtió efecto, pero los pobladores no quieren seguir preocupándose de asuntos que ya deberían estar solucionados. El desgaste generado por la injusticia, la falta de atención y la inoperancia del aparato público, finalmente desvían su objetivo principal que es la adjudicación de los subsidios para una solución habitacional final.

¹⁵⁹ La Estrella de Concepción. Crónica. Miércoles 24 de noviembre de 2010.
<http://www.cronica.cl/noticias/site/artic/20101124/pags/20101124235713.php>

Susi Hollander, dirigente de la aldea San Carlos de Maipo, sabe perfectamente por qué está peleando y hacia donde van dirigidos sus pasos. Todo en ella es recogido y humilde, su ropa, sus zapatos bajos, su voz que a veces se quiebra. Sin embargo, a medida que habla adquiere la misma fuerza que su tragedia. “Encuentro que estar luchando por ollas y platos casi todos los días no es muy saludable porque te desgasta. A mí me gusta luchar por ayudas que duren en el tiempo, por soluciones definitivas. Por eso me propuse la meta de que la gente no viviera de la misma forma que vivía antes. Queremos una casa luego. No quiero estar el otro invierno pasando lo que pasé este año. No quiero que la gente que ha perdido todo siga esperando. Esas son mis luchas”.

A nueve meses de la catástrofe, las caletas de Llico y Tubul están mostrando una nueva cara. Pese a que el disgusto y la incomodidad propia de una vida en campamento siguen estando presentes, hay signos que evidencian una rehabilitación progresiva. El comercio, el turismo, la regularización del año escolar, la vuelta al mar, los logros en las aldeas y la generación de un mayor sentimiento de comunidad, son parte de este lento pero sostenido resurgimiento.

La superación de sus precarias condiciones de vida para aspirar a una vivienda definitiva, reflejan un tipo de heroísmo cotidiano. Ese que los incita a continuar pese a comer mal, vivir mal y dormir mal. Esa es la actitud heroica de todos los días, no sólo la del terremoto, ya que la solidaridad y el empuje han perdurado. Debieron partir de cero, reparar muchas cosas y reconstruirse, poniéndose a prueba cada mañana. Pero ya están de pie. Luchando. Y vienen de regreso. Como el mar, como las olas. Recomenzando siempre para emprender las faenas del horizonte.

EPÍLOGO

Antes del terremoto, el trabajo cotidiano y las principales preocupaciones de las comunidades de pescadores artesanales de Tubul y Llico giraban en torno a la mantención de la propia familia y su bienestar. Las relaciones entre pares, pese a que existían juntas de vecinos, prácticamente no trascendían en las esferas públicas en forma articulada. Después del terremoto, en cambio, la participación ciudadana y la organización comunitaria han sido concebidas como una herramienta mediante la cual la población ha podido cristalizar sus demandas y movilizar sus intereses para emerger de la precariedad.

La soledad y el aislamiento, en primera instancia, fue el acicate que los apresuró a tomar –con ripios propios del subdesarrollo- una actitud ciudadana ejemplar. Las comunidades, convencidas de que tendrían que encarar ellos el trabajo de coordinación, hicieron resurgir el humanismo que debiera ser siempre la base de todas nuestras acciones. Con posterioridad a la etapa de emergencia, los habitantes han fortalecido sus métodos de organización gracias a la intermediación de jóvenes dirigentes que han ido activando redes de contacto tanto internas como externas con proyecciones futuras efectivas.

Es difícil vislumbrar si el accionar comunitario es más una necesidad actual frente a la reconstrucción que un trabajo que perdure en el tiempo. Lo que sí se puede decir con claridad, es que los damnificados por la catástrofe desean ser parte de las soluciones a futuro, aunque los mecanismos a través de los cuales puedan lograr esa participación aparezcan difusos. Es por ello que resulta vital potenciar a los líderes comunitarios, asesorar la metodología de trabajo y que se plasme una horizontalidad en la relación entre la población y las autoridades locales y profesionales, con el fin de generar proyectos de calidad adecuados a cada contexto.

La reconstrucción, por lo tanto, debe ser considerada como una oportunidad de integración. Es necesario aprovechar este momento en que las comunidades quieren

participar, organizarse y hacer sentir sus requerimientos ante las autoridades. Las oportunidades suelen ser efímeras y nunca retornan del mismo modo, por lo que es misión fundamental de los gobernantes promover, mejorar y empoderar el capital social. Es necesario que quienes diseñan las políticas sociales las hagan inclusivas y que, en ellas, los dirigentes vecinales, los voceros y la propia comunidad sean socios y actores del proceso y no meros objetos de asistencia. En caso contrario, volveremos a desperdiciar una coyuntura que vociferó enseñanzas a oídos despiertos y no a líderes incapaces, los que durante años han reproducido la exclusión, el desempoderamiento popular y la consiguiente frustración de las comunidades.

Los desastres naturales son acontecimientos eminentemente sociales, pues no llevarían el rótulo de catástrofe si no afectaran la calidad de vida de una población determinada. Por ello, los procesos de reconstrucción siempre son más exitosos cuando se realizan con el trabajo de las mismas comunidades, en la realidad que surge en torno a las escuelas, aldeas, sedes comunitarias, la cancha, el muelle, la esquina donde se reúnen los pescadores, etc. Es ahí donde con todo su peso se revela la importancia de las comunidades de Tubul y Llico, pues son las que mejor pueden determinar cuáles son las necesidades locales, quiénes son los más vulnerables y cómo debieran ser los nuevos espacios de convivencia. Si esta dinámica se materializa en el tiempo, luego de la crisis podremos ver comunidades más fuertes y resilientes a futuras dificultades de índole socio-natural.

ANEXO

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- **Libros**

- Aguirre Mercado, Luis. *Datos para una historia de Arauco*. Textos empastados. 1951.
- Aldunate del Solar, Carlos. *Cultura Mapuche*. Santiago. 1978.
- Astaburuaga Cienfuegos, Francisco. *Diccionario Geográfico de la República de Chile*. Santiago Chile. 1899.
- Casanova, Holdenis. *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*. Ediciones Universidad de la Frontera. Temuco. 1989.
- Donoso, R. y Velasco F. *El origen de la propiedad Austral*. Editorial ICIRA. Santiago. 1970.
- Encina, Francisco Antonio. *Historia de Chile*. Editorial Ercilla. Edición especial. Santiago. 1983.
- Faranda, Francesco y Parra, Oscar (Ed.). *Producción pesquera en la octava región: los aportes del golfo de Arauco y cañón submarino del río Biobío*. EULA. Universidad de Concepción. Monografías científicas. Vol. 14. 1993.
- González de Nájera, Alonso. *Desengaño y reparo de las guerras de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago. 1970.
- Ibacache, Juan Carlos. *Historia de la comuna de Arauco de la mano del carbón*. Chile. 2001.
- Instituto de Desarrollo Agropecuario. *Diagnóstico de la pesca artesanal chilena*. Subdivisión de Pesca. Chile. 1968.
- Mazzei de Grazia, Leonardo. *Orígenes del establecimiento británico en la región de Concepción y su inserción en la molinería del trigo y en la minería del carbón*. Revista de Historia de la U.C. Vol. 18. 1994.
- Moya Rossi, Alejandro. *Estudio de los daños del terremoto de Chillán de 1939*. Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. Universidad de Chile. 2000.

- Museo Histórico de Arauco. *Reseña Histórica de la Escuela de Tubul*. Revista de Historia. Año 1. N°2. Pp-47-49. 2002.
- Poniatowska, Elena. *Nada, nadie: las voces del temblor*. Editorial Era. México D.F. 1988.
- Risopatron, Luis. *Diccionario Jeográfico de Chile*. Imprenta Universitaria. Santiago Chile. 1924.
- Ruiz-Esquide Figueroa, Andrea. *Los indios amigos en la frontera araucana*. Editorial Universitaria. Primera Edición. Santiago. Chile. 1993.
- Sachs, Jeffrey. *El fin de la pobreza: cómo conseguirlo en nuestro tiempo*. Editorial Debate. Barcelona. 2005.
- Tesillo, Santiago de. *Guerras de Chile, causas de duración y medios para su fin*. Imprenta del Ferrocarril. Tomo V. Santiago. 1864.
- Torres Aillón, Luis. *Tradiciones de los lafkenches de Locobe*. Mineduc. Chile. 1997.
- Torres Aillón, Luis. *Diccionario Histórico-Geográfico de la comuna de Arauco*. Chile. 2006.
- Torres Aillón, Luis. *Arauco es Historia*. Chile. 2003.
- Universidad de Concepción. *Fauna del Humedal Tubul-Raqui, Provincia de Arauco*. Facultad de Ciencias Naturales y Oceanográficas Departamento de Zoología. 2008.
- Universidad de Concepción. *Revista Gayana*. Facultad de Ciencias Biológicas y de Recursos Naturales. Volumen 45. Números 1-4. Chile. 1988.
- Un Techo para Chile. *La reconstrucción como una oportunidad de integración*. Centro de Investigación Social (CIS). Santiago. Chile. Mayo 2010.
- Urrutia, Rosa y Lanza, Carlos. *Catástrofes en Chile 1541-1992*. Editorial La Noria. Santiago. 1992.
- Valderrama, Juan A. *Diccionario Histórico-Geográfico de la Araucanía*. Segunda Edición. Santiago Chile. 1928.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *La Guerra a Muerte*. Editorial Francisco de Aguirre. 3a edición. Buenos Aires. 1972.

- **Periódicos y medios digitales**

- El Mercurio
- La Tercera
- La Nación Domingo
- Las Últimas Noticias
- El Sur
- La Estrella de Concepción
- El Arauco (1878-1942)
- Portal Radio Bío-Bío

- **Lista de Entrevistados**

2010	Tubul		Llico	
Agosto	Alejandro Carrillo Bartolo Brenet Daniel Navarro Raúl Aravena José Eliano López José Luis Fernández Juan Ramírez Luis Becerra L. Raúl López	Mónica Ramírez Paula Catrileo Patricia Salazar Marta Salazar Ivonne Mancilla Karen Cisternas Susi Hollander Tuznelda Silva	Cipriano Orellana Hugo Sáez José Cisterna José Sánchez Juan Salas Ramón Carrillo Celina Melita Lidia Fernández Rita Fernández	
Septiembre	Orosman Navarrete		Enrique Salas Juan Martínez Rosa Mendoza Mario Pucheu	
Noviembre	Juana Benítez Luisa Parra Orfelinda Monsalve Margarita Contreras Adriana Lermanda María Cristina Peña		Lautaro Pereira Segundo Fernández Héctor Jerez Alder Carrillo Víctor Carrillo Francisco Denis Héctor Sáez	Catalina Mendoza María A. Peña Elsa Cisterna Mario Vidal Susan Saavedra Jocelyn Sáez Edith Romero
Total: 51	24		27	

